

LAURA NUÑO



*Elena
y su mundo en*

BLANCO Y NEGRO

ELENA
Y SU MUNDO EN
BLANCO Y NEGRO

LAURA NUÑO

CRÉDITOS

Título Original: Elena y su mundo en blanco y negro

©2019 Laura Nuño.

Depósito Legal: 1907081387367

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o prestamos públicos.

SINOPSIS

Me flipa mucho mi mundo en blanco y negro. Me hace sentir cómoda y tenerlo todo bajo control.

Claro, que eso fue antes de que Clara tuviera una cita muy desafortunada y fuera yo quien pagara las consecuencias, porque su cita era un loco. O eso, o estaba muy necesitado de sexo y a falta de la guapa se lanzase a por la amiga fea, o sea, yo.

Pues lo llevaba claro, porque la fea tenía dignidad y un orgullo que rozaba la cabezonería.

Por desgracia, él resultó ser más cabezón que yo y se empeñó en mostrarme su mundo en color.

Pero, a ver, ¿quién se creía que un tipo como él iba a preferirme a mí antes que a Clarita?

Y en el hipotético caso de que consiguiese convencerme, ¿cómo haría para atravesar mi telaraña de celos?

Y, más hipotéticamente aún, de derribar mis muros, ¿qué paleta usaría para darle color a mi mundo?

Pues oye, que el muchacho erre que erre. Tan contagioso era su entusiasmo, tanto apostó por nosotros, que casi me convenció.

Casi.

Como diría Clarita, había demasiadas incógnitas en esta ecuación; muchos celos por mi parte y demasiados secretos por la suya. Con este panorama, ¿qué probabilidades teníamos de ganar? ¿Eh, eh?

DEDICATORIA

A José, el hombre que pinta mi mundo de colores

ÍNDICE

[CRÉDITOS](#)

[SINOPSIS](#)

[DEDICATORIA](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[BIOGRAFÍA Y BIBLIOGRAFÍA](#)

CAPÍTULO 1

¿Qué puede haber más patético para una chica de veinticinco años que no tener plan un sábado por la noche? ¿Que tu compañera de piso, por ejemplo, esté cantando a viva voz *Because de night* de Cascada mientras se arregla para su cita?

Pues no.

El colmo del patetismo es que precisamente no tengas plan porque ella sí lo tiene; esto es: ella es tu único plan.

Conste que no me quejaba de estar más sola que la una, que un poco quizá sí, pues a antisocial no me ganaba nadie, pero lo cierto era que después de una semana del demonio tenía muchas ganas de salir. Pero no salir por salir, sino hacerlo a lo grande y hasta que el cuerpo aguantase, a destrozarme los pies bailando y a olvidarme de abogaduchos estirados por la mañana, de jefas de departamento que iban de listillas por la tarde y de noches de estudio para una tesis que no parecía tener fin.

Clara se vino arriba con el estribillo de la canción y se puso a berrear como si no hubiera un mañana. Hubiera llevado mejor su espontánea actuación si hubiera desafinado, pero encima lo bordó.

—¡Que va a llover! —grité a la vez que golpeaba la pared.

Sí, estaba verde de envidia, lo confesaba, pero ¿quién no lo estaría? Clara lo tenía todo: un cuerpo de escándalo, con su larga melena rubia, sus ojos verde-esmeralda, un pecho descomunal y una voz que ya la quisieran para sí los ángeles. Me hubiera quedado algo de consuelo si se cumpliera en ella aquello de “rubia y tonta”, pero es que, además, era superdotada, intelectualmente hablando. Ni en eso la superaba. Todavía recuerdo nuestra época de carrera, cuando yo tenía que dejarme los cuernos estudiando mientras a ella le bastaba con una lectura rápida la mañana del examen. Era muy frustrante saber que mientras yo aún estaba con la tesis de Biblioteconomía y documentación, Clarita acababa de licenciarse en su segunda carrera.

Daba un poco de asco la tía, pero aun así la quería un montón.

Todavía trataba de averiguar por qué. Tal vez porque era la única que me aguantaba. O porque hacía ya muchos años que ahondé en su interior y vi que

detrás de su cerebro de Einstein y de su cuerpo de Marilyn Monroe había un corazón de oro.

Sí, quería a Clara con locura, menos aquel sábado, que la odiaba con toda mi alma. Estaba siendo egoísta, lo sabía, pero me fastidiaba mucho que ella me hubiera dejado tirada por una cita a ciegas que le había planeado su colega de bufete. Ya me vengaría, ya... Pero, hasta que llegase ese momento, a mí no me quedaba otra que pasar la noche del sábado en casa, sin más cosa que hacer que releerme *La reina sin nombre* de María Gudin, mientras Adrian von Ziegler sonaba de fondo y hacía cuenta del Protos gran reserva del 2006, una añada inmejorable, que habíamos abierto ese mediodía para comer.

—¡Elena! —gritó Clarita.

No contesté, sino que, como venía siendo costumbre, esperé a que hiciera su aparición en el salón. Lo hizo ataviada con un vestido magenta con escote en uve y falda muy pero que muy mini.

—¿Qué, te mola?

Negué con la cabeza mientras aprovechaba la interrupción para rellenar la que sería la segunda copa de vino de la noche. Ya notaba sus efectos, sobre todo por el calorcillo en las mejillas.

—¿No? ¿Y por qué no mola, eh? —insistió.

—Porque pareces una fulana. Ponte el negro.

Su grito de indignación me arrancó una sonrisa. Y no, no se escandalizó por compararla con una pilingui, sino por haber usado la palabra prohibida: negro.

—¡Ni cuando me muera! ¡Prométemelo!

—Lo prometo.

Clara asintió y se miró en el reflejo de la vitrina.

—Pues yo creo que estoy estupenda.

Puse los ojos en blanco: ella siempre estaba estupenda.

—Ponte el Gucci de manga larga y escote en uve... El rosa palo —añadí rápidamente cuando recordé que tenía dos Gucci más de ese corte: uno fucsia y otro de un rosa inclasificable. A Clara le gustaba el rosa hasta rozar la obsesión—. Ya sabes, el que tiene un cinturón dorado y falda de vuelo. Pero cambia el cinturón por el ancho de terciopelo negro.

—Ese es muy bonito, pero un poco soso.

—Clara, tus tetas hacen que cualquier vestido sea de todo menos soso.

—Envidiosilla —se rio mientras comenzaba a desabrocharse el vestido.

—Y tú guarra.

Fue a su cuarto, enseñándome el dedo corazón antes de desaparecer por la puerta del pasillo. Aunque ya no podía verme, le saqué la lengua.

Me enfrasqué de nuevo en la lectura, tanto como para olvidarme momentáneamente del mundo. Siempre me pasaba con esa novela. Me sumergía entre sus páginas, atrapada irremediabilmente con la narración. Tan absorta estaba, que pegué un respingo cuando el timbre sonó.

Dejé a un lado el libro y fui corriendo a abrir la puerta. Miré por la mirilla y vi a un tipo alto vestido de negro.

La cita de Clara.

Me peiné con las manos, más que nada para estar un poco presentable, no por coquetería ni nada parecido. No lo tuve muy difícil, pues llevaba un pañuelo anudado muy al estilo pin up. Además, tenía el cabello muy liso y el corte que llevaba entonces no requería grandes cuidados: un corte en uve inversa, más largo por delante que por detrás, tipo Bob, y un flequillo largo que caía lacio sobre mi frente hasta rozar las cejas, que siempre llevaba arregladas. Creo que era por lo único por lo que me preocupaba, porque todo lo demás me daba siempre un poco igual. Total, ¿para qué? La única amiga que tenía era Clarita, y a su lado yo era totalmente invisible. ¿Qué probabilidades podía tener una morena de ojos castaños, rostro simplón, sin apenas curvas y más alta que la media, frente a Miss América? Clara, que además de Miss América era la diosa de la Estadística, tendría en cuenta todas las variables y se las apañaría para hacer un cálculo rápido y dar un porcentaje exacto, que curiosamente siempre resultaba positivo, pero yo, que de estadística no tenía ni idea, pues era de letras, directamente diría cero patatero.

No, no era una queja, ni una infravaloración; simplemente señalaba un hecho más que demostrado. Se calculase como se calculase, no tenía ninguna probabilidad frente a Clara.

Tal vez tardé más de lo acostumbrado en recomponerme, porque el tipo volvió a llamar al timbre.

Impaciente era un rato.

Pues lo llevaba claro con Clarita.

—Ya voy, ya voy... Qué prisas —susurré por lo bajo mientras abría la puerta, no tan bajo como para que no me oyera.

Lo hice a propósito, desde luego. Mi compañera de piso y yo teníamos un acuerdo silencioso de meternos con las citas de la otra. De forma sutil, claro.

Compuse una sonrisa desdeñosa, pero se me borró cuando vi al hombre.

Se me escapó una exclamación ahogada. Quizá hasta babeara.

Y no porque el tipo fuera guapo ni nada por el estilo, aunque atractivo no le faltaba pese a los defectos. Tenía la nariz demasiado torcida, el rostro demasiado anguloso y la boca muy grande. Bueno, todo él era grande. Me pregunté cuánto mediría. Metro noventa, por lo menos. Vestía de negro, un pantalón y un jersey de hilo ajustado de manga larga, que llevaba elegantemente remangada, y escote en uve, pero no la uve que tanto se estilaba, la de los *canis*, esa que dejaba tan poco a la imaginación, sino una uve discreta, tanto que resultaba intrigante. ¿Sería su pecho tan ancho como aparentaba? ¿Estaría depilado, o tendría algo de vello? Sí, era un espécimen digno de contemplar, pero no en ese momento, como me percaté al ver que me miraba con una ceja alzada, expectante.

Jesús, qué sobresalto me llevé al ver que tenía los ojos color ámbar.

—¿Clara? —preguntó.

Ahí fue cuando tomé conciencia de la realidad. De mi realidad. Corrección: de mi triste realidad.

No pude evitarlo, solté una carcajada irónica que reflejaba todo el cinismo y amargura que me carcomía aquel sábado noche.

—¿Quién, yo? Qué cosas tienes... No, majo, es tu noche de suerte y te ha tocado el premio gordo y no un simple reintegro. Pasa, le avisaré que has llegado.

El tipo parpadeó, confuso, pero pasó y me siguió al salón. Tomé el abrigo que llevaba doblado sobre el brazo y lo colgué en el perchero.

—Un segundo —pedí antes de desaparecer. Pude sentir su mirada dorada en mi espalda, así que, hasta que no desaparecí de su campo de visión, no corrí como una loca hacia el cuarto de Clarita.

—Madre mía, madre mía... Pedazo de tío.

—¿Sí?

—Por estas que son cruces. Recógete el pelo —decidí de pronto—. Te dará un aire más elegante.

—¿Tiene clase? —preguntó. Sí, además de bella e inteligente, Clarita pecaba de superficial. Quizá yo un poco también.

Fruncí el ceño, sopesando su pregunta. Aunque aparentaba informalidad y desarreglo, sobre todo por el desorden de su melena castaña, más larga que corta, me daba a mí que era un descuido muy deliberado. La clase se tiene o no se tiene, por mucho que trates de imitarla o de encubrirla, como era el caso.

—A raudales. Y no te pases con el *gloss* de purpurina, por favor...

Sabiendo que no me iba a hacer caso, aunque esperanzas no me faltaron

aquella noche, decidí hacer de anfitriona, pues sabía que aún le quedaba como poco media hora a Clarita.

El hombre había sido más que puntual.

Eso me gustó, pues por general soy una persona muy maniática con el orden, el control y, sobre todo, la puntualidad.

El tipo seguía parado en medio del salón, mirando a la nada, un poco perdido. Cuando entré, su mirada me atrapó. ¿Cómo podía una persona tener semejantes ojos?

—Cla-Cla... —Carraspeé, furiosa, cuando vi que estaba tartamudeando. ¿Qué narices me pasaba?—. Clara aún tardará un poco. ¿Quieres tomar algo? —pregunté mientras le señalaba el sillón ovejero.

El tipo seguía ahí parado, mirándome con una intensidad que no era normal. Su rostro mostraba una expresión de perplejidad y alerta que no me terminaba de cuadrar.

—Define un poco —dijo de pronto.

Pegué un respingo. Voz grave, baja, ronca. Voz de noche y de secretos.

—Pues un poco, en Clara, es media hora.

Me miró directamente a los ojos y una lenta sonrisa, que trató de encubrir con un fruncimiento de labios, se dibujó en su rostro.

—Perfecto —susurró. Luego añadió—: Agua, por favor.

Me costó Dios y un triunfo apartar mi mirada de la suya, tan atrayente era, pero al final lo conseguí.

Cuando regresé al salón estaba sentado, pero al verme entrar se levantó rápidamente. Todo un caballero. Eso también me gustó.

Le entregué un vaso y un botellín de cristal de Vichy catalán (exclusivo para las visitas ilustres) y ocupé mi sitio en el lado izquierdo de la cheslong, justo frente al hombre, que no apartaba los ojos de mí.

Le sonreí tímidamente (¡Yo, tímida!) y agarré el libro. Creo que con ese gesto declaraba que hasta ahí llegaba mi papel de anfitriona, pero por dos veces que alcé la vista le pillé mirándome.

Tenía la cabeza ladeada y los ojos entrecerrados, como si hubiera algo en mí que le intrigase.

No supe qué.

Tan insistente era su examen que le lancé una mirada enfurruñada.

A ver, era consciente de mi desaliño, del tomate del calcetín del pie izquierdo (que rápidamente oculté bajo el trasero), de lo piojoso de mi chaqueta y de que en ese momento era la antítesis del erotismo, pero tampoco

era para que él lo pusiera de manifiesto en cada alzamiento de ceja conforme iba descubriendo los defectos de mi persona y atuendo.

—¿Qué? —pregunté de malas maneras cuando sus ojos volvieron a posarse en los míos.

La diplomacia nunca había sido mi fuerte.

—¿Qué, de qué? —preguntó. Aunque no hubo inflexión alguna en su voz, pude percibir cierta burla.

—Que qué miras —espeté, barbilla alzada, dignidad fingida.

—A ti.

Eso era evidente.

—¿Por qué?

Miró a su alrededor y se encogió de hombros.

—En algo tendré que entretenerme mientras espero.

Entrecerré los ojos, pero me ahogué la réplica que pugnaba por salir de mis labios; yo no era un mono de feria, ni el divertimento de nadie, pero tampoco quería hacer enojar a la cita de Clara. ¡Cualquiera la aguantaba luego si se la estropeaba!

—Si quieres pongo la televisión —dije todo lo amablemente que pude.

Intento fallido. Mi voz sonó como la risa de una hiena.

—No, gracias.

—Pues lee. —Y le señalé la estantería.

Encerré la cabeza en la novela, tanto, que no quedaron dudas de que era mi deseo que no se me volviese a molestar, y eso incluía miraditas y cejas que se alzaban alternativamente.

Sentí, más que vi, que el hombre se levantaba y se dirigía a la estantería. Asomé la cabeza por el libro para ver qué hacía, pero, como si lo hubiera presentido, en ese instante se giró y me miró.

Aparté rápidamente la vista.

Estuvo unos segundos en silencio, pero luego le oí decir:

—Vaya, qué biblioteca más... variopinta. “La riqueza de las naciones”, “La sociedad opulenta”, “Astur”, “La novia cautiva”... “Historia de O”...

Se giró y esperó, como pidiendo una explicación. Temí que se hiciera una idea equivocada de roles.

—Los de la izquierda son de Clara y los de la derecha míos. Aquí la intelectual es ella —aclaré, por si no le había quedado claro que los tratados de economía, finanzas, derecho, el BOE y demás eran competencia de Clarita, mientras que las novelas de ficción, historia y, sobre todo, romántica eran de

mi propiedad.

Aguanté su mirada, dispuesta a echarle un discursito de los míos si se atrevía a meterse con la novela romántica, como últimamente siempre sucedía, pero salvo mirarme como si yo fuera una especie exótica, no dijo nada.

Me puso de una mala leche...

Por fortuna, dejó de evaluarme. Él volvió a ocupar su asiento y yo a mi novela.

—¿Qué suena?

Suspiré de resignación. No iba a dejarme tranquila, no.

—No creo que lo conozcas.

—Prueba a ver —retó con una sonrisa de canalla.

Uau. Hasta era guapo si se lo proponía. Agité la cabeza. No quería que me gustara.

—Adrian von Ziegler. Es un compositor de música celta épica.

—Ahhhh —Hizo un mohín con los labios y asintió con la cabeza—. Cierto, no lo conozco, pero está genial. Me gusta.

«Me alegro por ti, chaval», estuve a punto de decir, pero me contuve y volví, otra vez, a la novela.

—¿Y ahora qué lees?

—Eh... La reina sin nombre.

—¿De qué trata?

Oh, venga ya. ¿En serio?

—De una huérfana que es acogida por los albiones y aprende las artes de sanación de la mano de un druida...

—Los albiones era un pueblo íbero de origen celta, ¿verdad?

Me descolocó un poco que lo supiera. No tenía pinta de conocer a los albiones, ni siquiera a los celtas.

—Sí. ¿Sabes algo de historia?

Sonrió de medio lado, como el que guarda un secreto y se regocija en él.

—Algo. Continúa, por favor...

Los siguientes diez minutos le estuve contando un poco la novela. Bueno, creo que me explayé bastante en el resumen, en lo que me hacía sentir, en la impresionante maestría narrativa y descriptiva de la autora. Creo que me debió cambiar incluso el rostro, porque él me miraba totalmente obnubilado. O eso creí. El caso es que se le quedó un poco cara de tonto.

—Tiene buena pinta.

—Y es por eso por lo que la estoy leyendo —corté de una vez por todas.

Ya estaba bien de hacer el ganso.

—Estaba pensando... —Quise gritar de frustración. Se estaba poniendo muy cansino—. ¿No nos hemos visto antes?

Podía ser pesado, inquietante y mil cosas más, pero era de los tipos que no se olvidan. De haberle visto antes, lo recordaría perfectamente.

—No creo.

Arrugó la frente, confuso.

—Es curioso. Tengo la impresión de que te he visto antes. Y no una vez, sino...

—Buenas tardes, Perico. Disculpa el retraso.

Muy bien, la reina del baile acababa de hacer su aparición, y, tal y como había temido, se había pasado con el *gloss*. Aun así, estaba deslumbrante, aunque no sé si decir que pese al *gloss*, o por él.

Esperé impaciente la reacción del tal Perico (un nombre, por cierto, que no me gustó en absoluto), pero este se levantó con parsimonia. No parecía muy interesado en descubrir cómo era su cita a ciegas. Creo que los gustos literarios de Clara desinflaron un poco sus expectativas.

Sonreí con anticipación. Seguro que esa falsa calma se iría por el retrete cuando posara los ojos en Clarita.

Y en sus supertetas.

Para mi sorpresa, Perico no reaccionó de ninguna forma. Quizá una mirada apreciativa, pues sería de ciegos no reparar en la belleza de Clara, pero nada que indicara un interés que fuera más allá.

No, no miró a Clara de la misma forma que me miró a mí.

«Condenado vino... Me hace ver unas cosas...», me amonesté.

¿Sería una estrategia? «Nash, Nash», susurraron mis complejos.

—Encantado, Clara —saludó a mi amiga, al tiempo que le daba un par de besos en las mejillas—. Estás radiante.

Clara bailó la mano en el aire, restando importancia a su cumplido y sonriendo con frialdad. Creo que ella también captó el desapasionamiento de Perico, a tenor de su mirada especulativa.

—¿Nos vamos? —dijo mientras le daba el abrigo para que la ayudara a ponérselo.

Clarita aprovechó que le tenía de espaldas para hacerme una mueca. Yo me abstuve de reír.

—Pasadlo bien —dije antes de que abandonaran el salón.

Ya había abierto la novela y estaba cogiendo la copa cuando en ese

instante Perico asomó la cabeza por la puerta.

—Ya sé dónde te he visto antes —susurró.

Detuve el movimiento de llevarme la copa de vino a los labios y lo miré con sorpresa.

—¿Dónde?

Sonrió con una mezcla de timidez y travesura antes de confesar:

—En mis sueños.

CAPÍTULO 2

Soñé con él.

Me dio rabia que se colara en mis sueños, y más de la forma en la que lo hizo, totalmente en pelotas, el muy cerdo. Tal parecía que no importaba lo mal que había decidido que me cayera, estaba bueno y punto, y mi libido, que necesitaba muy poquito para alterarse, se desató aquella noche.

Y digo que me dio rabia no por el tipo en sí, al que tampoco conocía tan a fondo como para forjarme una opinión objetiva, sino porque sabía perfectamente cuál era su estrategia. De hecho, era una experta en la materia.

Clarita y yo en secreto llamábamos a este tipo de chicos “los Nash”, en honor al gran matemático estadounidense inventor del equilibrio de Nash y cuya teoría de juegos se aplicó tanto en el arbitraje mercantil. Creo que la idea de llamarlos así surgió después de ver la película basada en él, “Una mente maravillosa”, cuando Nash explica a sus amigos cual era la mejor estrategia para ligarse a la más guapa o, en su defecto, a alguna de sus amigas.

Pues conmigo lo llevaba claro. Yo no era, y no lo había sido nunca, el segundo plato ni el premio de consolación. Yo no era una opción: era el objetivo.

Pero, si era sincera, su último comentario me descuadró, porque una parte de mí, esa que de crédula era hasta tonta, se lo creyó a pies juntillas.

La noche al final no estuvo nada mal, porque por lo visto no era la única que no tenía plan, a juzgar por la que armamos en las redes sociales los pocos amigos virtuales que me aguantaban y yo.

Un consejo; el ron y el vino no hacen buenas migas, a no ser que queráis pillar la borrachera del siglo *ex profeso*, como fue el caso, así que aquella mañana, cuando comprobé que tenía muchas lagunas mentales, lo primero que hice, y mientras me tomaba el primer café del día, fue mirar el móvil.

Grité, y mucho, porque la había montado buena. Lo de meterme con toda la casta de políticos era hasta admisible. Lo de ponerme en plan borde con todos los que pululaban por twitter a esa hora dándoselas de profundos y *poetusos* entraba dentro de mi línea habitual, así que no le di mucha importancia, aunque mis tuits fueron más incendiarios que nunca.

Pero lo que resultó realmente patético fue cuando le pedí a Jon Kortajarena, el famoso y guapísimo modelo español, que se casara conmigo a

través de su cuenta de Twitter, ahí, para que lo viera todo Dios.

No quise reconocer que lo hice porque de algún modo me recordaba a Pedro (me negaba a llamarle Perico, porque me parecía un sobrenombre horrible). No, jamás confesaría nada ni remotamente parecido.

Borré hasta lo imborrable, avergonzada de mi conducta. No supe qué fue lo que me llevó a beber tanto. Bueno, sí lo sabía, pero tampoco iba a reconocer que había querido echar de mi mente a unos ojos ambarinos.

Eso tampoco lo confesaría jamás en voz alta.

—Café.

El graznido de Clara me produjo un dolor de cabeza de mil demonios. Hice una mueca y contuve un escalofrío cuando me acometió una arcada. Era lo que tenía la falta de costumbre.

Clara se dejó caer en la silla y desplomó la parte superior del cuerpo sobre la mesa. A veces era muy teatrera.

—¿Qué? ¿Tú también estás de resaca? —pregunté.

Clara levantó la cabeza y me miró asombrada. La muy condenada no tenía ni ojeras, ni ojos rojos ni nada que delatara una mala noche. Aunque, a juzgar por el rictus de mala breva de su boca, tampoco debió ser buena.

«¡Bien!»

—¿Cómo que también? —preguntó—. ¿Al final saliste?

—No. Me emborraché aquí, en casa. No vayas a reírte —advertí, aunque demasiado tarde. Clarita se estaba doblando de la risa.

—Patética.

—Del todo, pero no hace falta que me lo recuerdes. Bueno, ¿qué? ¿Te liaste mucho?

—Qué va. A las doce estaba en casa, cual Cenicienta.

Recordé que más o menos a esa hora fui a gatas hasta la cama y caí redonda. Solo eso explicaba que no la hubiera oído llegar.

—¿Tan pronto? ¿Y eso?

—Porque Perico tenía que madrugar. O eso dijo —añadió de malas maneras.

—Entonces, ¿qué tal fue la cita?

Me odié cuando detecté la impaciencia en mi voz. Le serví un café y me senté frente a ella.

—Patética —repitió.

Otra vez me odié cuando sentí que, en el fondo, y no tan fondo, me alegraba.

—¿Por? —pregunté entre risas, solo porque su tono de voz sonó enfurruñado.

—Porque es un gilipollas.

—Cuenta.

Y contó.

Me contó que el tipo no había mostrado ningún interés en ella, ni en su belleza ni en su intelecto. Me contó que apenas había hablado en toda la noche, que, salvo para bostezar, no había abierto la boca. Me contó que iba a matar a su compañero por haberle obligado a tener una cita con el hombre más sieso del mundo.

—Fíjate si es gilipollas; cuando llegamos a casa le pregunté si quería tomar un café, pero solo por compromiso.

«Lagarta. Tú lo que querías era comerle el morro», quise gritarle.

—No me puedo creer que rechazara semejante proposición.

—No, si no la rechazó —¡Toma jarro de agua fría!—, pero, tan pronto entró al salón y tras mirar el sofá, dijo que tenía que marcharse. Ni siquiera me dio un beso de despedida. No un beso de esos —añadió rápidamente, supongo que porque se me había desencajado el rostro—, pero qué coño, por lo menos en la mejilla. Ahora, que te voy a decir una cosa: este ya me ha visto.

—A lo mejor es su estrategia. Tiene toda la pinta de ser un Nash.

—¿Tú crees? —preguntó casi esperanzada.

Vaya, no esperaba que a Clarita le acabara gustando Pedro, como al parecer había sucedido. Eso me desinfló, porque si Clara entraba en escena, ya podía retirarme. Era imposible competir con su belleza. Si ya lo decía Dolly Parton... «¡Jolene, Jolene, Jolene! Vengo a rogarte que no te llesves a mi hombre...».

«¿Tu hombre? No eres más tonta porque no eres más grande», me dije.

—¿Me quieres responder!

Miré a Clara, que esperaba mi confirmación.

—Estoy totalmente convencida de que es un Nash.

—¿Por qué?

No quise contarle su extraño comportamiento, y mucho menos sus palabras antes de marcharse. No sé, pero me apetecía, en el hipotético caso de que hubiera sido sincero, que fuera algo privado, algo entre él y yo.

¡¿Pero qué me estaba pasando?!

—Sexto sentido —acabé contestando.

Clarita lo pensó unos segundos, pero luego negó con la cabeza.

—De todas formas, no voy a pensar más en ello. No creo que le volvamos a ver el pelo.

El pelo se lo vimos esa misma tarde, en el café que había en la Glorieta de Quevedo, donde vivíamos, el Caffè D'Italia. Formaba parte de nuestra rutina que los domingos de invierno por la tarde nos tomáramos un té de rosas tranquilamente, antes de ir a cenar al Ginos. Era algo tan típico en nosotras, que todos nuestros amigos y conocidos conocían la costumbre.

Fue Clarita la primera en verle.

Esa tarde estaba inusualmente callada, salvo las ocasiones en las que preguntaba si estaría perdiendo facultades.

—Es que ni siquiera parecieron impresionarle mis logros profesionales.

Bufé.

—Hombre, Clarita, es que cualquiera te soporta cuando te pones en plan empollona.

—A la mierda todo —dijo enfadada—. No puedo potenciar mi atractivo porque me tachan de superficial. Y si lo que resalto es mi cerebro, soy una pelma.

—No todo el mundo siente la misma pasión por la abogacía. Ni por los distintos tipos de acciones que hay en el mercado. Ni a cuánto está el IBEX 35. Ni por Smith, Nash, Keynes, Hayek, Luhmann...

—¡Toma ya, te has aprendido uno más!

—Calla y escucha, boba. Lo que quiero decir es que no tienes medida. Deberías encontrar la manera de equilibrar tus... dones. Que ninguno le reste importancia al otro.

—Lo que debería es encontrar a alguien que viera más allá de ellos.

Ahí tuve que darle toda la razón.

—Lo encontrarás, Clarita. O él te encontrará a ti. Pero aparecerá.

Nos estábamos poniendo de un sentimental que daba asco, por eso cambié radicalmente de tema y le conté lo de mi propuesta de matrimonio. Algunos tuits de la noche anterior no los borré, así que se los enseñé para que se riera un rato.

Estaba consiguiendo mi objetivo hasta que vio algo por encima de mi cabeza que hizo que se le salieran los ojos de las órbitas.

—¡Hostias! —exclamó en un susurro.

Miré hacia atrás.

Y se me cortó la respiración.

Ataviado con una cazadora de cuero marrón tipo aviador y una sonrisa que debía estar prohibida, entraba por la puerta como si fuera su territorio, en plan “quietos parados que aquí estoy yo”. De hecho, tan pronto entró, el local pareció empequeñecerse.

Eché un vistazo a su alrededor, hasta que nos vio. Sonrió de nuevo y se encaminó hacia nuestra mesa, en un rincón apartado. Nuestras miradas se encontraron, pero la aparté con celeridad para no caer en el embrujo de sus ojos ambarinos.

—Buenas tardes, señoritas.

Qué voz, por Dios, pero qué voz tan condenadamente sexy tenía.

Quise ojearle con disimulo, pero como el muy cretino no apartaba sus ojos de mí, me pilló.

—Hola, Perico —saludó Clarita alegremente. Se puso en pie y le soltó dos besazos en las mejillas. Pensé que no era necesario mostrar tanto entusiasmo —. ¡Qué sorpresa!

—En realidad, Javier me dijo dónde encontraros.

El regocijo de Clarita era tangible, tanto como para no advertir que había hablado en plural. Yo sí lo hice, pero no quise pensar nada al respecto.

Es más, por mi parte, cogí mi taza de té y me puse en pie. No estaba dispuesta a seguirle el juego.

—Será mejor que os deje a solas. Con vuestro permiso...

No había inflexión alguna en mi voz, por eso me molestó la mirada triste y compasiva de Clara.

A tomar leches mi domingo de té de rosas, de Ginos y de película romántica. Y todo porque al señor se le había ocurrido buscar a Clarita para, para... vaya Dios a saber para qué.

Me sentí un poco decepcionada, pues había resultado lo que me había imaginado: un Nash en toda regla.

Pero, entonces, ¿por qué había resaltado ese “encontraros”?

«Pues para qué va a ser, so boba; para teneros a las dos babeando».

No quería marcharme aún porque me acababan de traer el té y porque, qué narices, en el fondo quería cotillear un rato. Eso sí, lo haría discretamente, a escondidas desde el otro lado del local, desde donde podía ver sin ser vista.

Por desgracia, dos señoras se pusieron delante, tapando por completo el campo de visión, de modo que, con un suspiro, me dediqué a mirar por el

ventanal el ir y venir de la gente.

Fue toda una sorpresa cuando, a los cinco minutos escasos, y justo cuando estaba terminando mi té, distinguí entre la gente el abrigo rosa y la rubia melena de Clara. Golpeé el cristal, pero caminaba a toda prisa, como alma que lleva el diablo.

—Pero qué narices...

Cogí el móvil para mandarle un WhatsApp, avisándola que aún estaba en el D'Ita, cuando escuché un carraspeo a mi lado.

No levanté la cabeza, pero sí un poco la vista, lo justo para distinguir unos vaqueros lavados a la piedra y una cazadora de cuero marrón.

Al parecer, solo Clarita se había marchado del café.

CAPÍTULO 3

—Hola otra vez.

No sabía qué había pasado con mi amiga, pero desde luego, y a juzgar por su caminar airado, nada bueno. Ya me enteraría más tarde, pero ahora quería dejar bien claro que yo no era el segundo plato de nadie. Ni siquiera de un bellezón como Clarita.

—Adiós —espeté.

Seguí escribiendo, pero bien fuera por el corrector, bien fuera por el temblor de mis manos, no daba ni una.

—¿Puedo sentarme?

—No.

Alcé la cabeza durante un segundo, pero inmediatamente seguí con lo mío. ¿Dónde leches estaba la “p”?

—¿Y por qué no?

—¿Y por qué sí?

—Principalmente para que la gente deje de mirarnos.

Me fastidió que usara esa excusa. Era como si me conociera a fondo, porque si había algo que odiaba con todo mi corazón era ser el centro de atención. Creo que ese era uno de los motivos por los que me sentía tan cómoda con Clara: cuando ella estaba presente todo giraba en torno suyo, incluida yo misma.

Pero, tuviera o no razón, no quería claudicar.

No quería, y no entendía muy bien el por qué, ya que tampoco me había hecho nada el pobre hombre, tener nada que ver con él. Le quería fuera de mi vida, de mi entorno, y sobre todo fuera de mi mente. Creo que mi historial de desastres amorosos tenía algo que ver. O quizá solo fuera que, en cierto sentido, había algo en Pedro que me recordaba al innombrable; ambos tenían ese halo de misterio tan atractivo y peligroso a la vez.

Usé entonces la estrategia reservada a los Nash más insistentes: la operación cencerro.

—No creo que a Héctor le haga gracia que te sientes con nosotros — expresé con calma.

Pedro se irguió y parpadeó. Me hubiera encantado haberme echado a reír, pero eso hubiese tirado por tierra el juego.

—¿Héctor? ¿Qué Héctor?

Compose un gesto de perplejidad. Cuando me lo proponía era una actriz de primera.

—¿Cómo que qué Héctor? Pues... ¡Héctor! —exclamé, señalando la silla vacía que había frente a mí, esa que pretendía ocupar él.

Sus ojos fueron de mí a la silla y de esta a mí. Y otra vez a la silla. Mentalmente comencé a contar. Le quedaba muy poquito para echar a correr. Cinco, cuatro, tres, dos...

—Mucho gusto en saludarte, Héctor.

Quise gritar cuando, de pronto, extendió la mano y sonrió a la silla.

—Pero ¿qué haces? —murmuré, totalmente fuera de mí. La gente nos miraba como si fuésemos un par de locos. Quizá lo fuéramos.

—Mujer, ¿qué voy a hacer? Puesto que ya te has agenciado el papel de borde, a mí me toca el de educado.

Quise decirle que a él no le tocaba nada de nada, que se largara y no volviera más, pero la mandíbula se me desencajó cuando empezó a “hablar” con Héctor. Y no a hablar del tiempo, no. ¡Me estaba poniendo de vuelta y media! Que si había que disculparme que fuera tan arisca porque la naturaleza no había tenido a bien llamarme ese día, que si no sabía cómo me aguantaba, que si iba a tener que darme cariño del de sudar más pronto que tarde...

—¡Siéntate de una vez! —ordené.

—¿Y Héctor? —preguntó.

—Ambos sabemos que Héctor no existe —corté ya la paranoia del día.

Pedro ahogó una exclamación e hizo como que le tapaba los oídos a mi supuesto amigo imaginario.

—¿Cómo puedes ser tan insensible? —dijo con voz de falsete.

—¿Quieres dejarlo de una vez?!

Por fin se sentó y estiró las piernas por debajo de la mesa, invadiendo mi espacio. Me dio la gana darle una patada en la espinilla.

—¡Auch! No estás siendo nada amable, niña —regañó.

No supe por qué me dio un vuelco el corazón al escuchar su apelativo cariñoso, vuelco que se repitió cuando se quitó la cazadora y mostró lo que había debajo: una camiseta mostaza que se ceñía a un pecho escultural. Tal fue el impacto, que tuve que sacudir la cabeza para recordar la conversación.

—Que te entre una cosa en la cabeza: no hay ni una sola célula en todo mi cuerpo que sea amable. Soy la antítesis de la amabilidad. Soy borde, directa, sin ironías soterradas. Soy el Grinch de la amabilidad. Y ahora, ¿a qué has

venido? Y rapidito, que no tengo todo el tiempo del mundo.

—Las voces me han obligado.

—Estás loco —dije, un poquito asustada. ¿Realmente estaba teniendo esa extraña conversación con un completo desconocido?

—Y eso me lo dices tú, que me acabas de presentar a tu amigo imaginario.

—Yo no te he presentado. Has sido tú solito. Reitero: ¿a qué has venido?

Él pareció pensárselo. Arrugó los labios en un gesto que le hacía parecer más canalla —y atractivo— de lo habitual.

—La respuesta oficial es que quería pedirle disculpas a Clara por mi comportamiento de ayer y, de paso, preguntarte por el libro que me recomendaste, que se me ha olvidado el título.

—Cuando hablas de respuesta oficial, hablas de excusa —aventuré. Pedro se encogió de hombros—. Vale, entonces, ¿cuál es la respuesta... extraoficial?

—Cuando hablas de extraoficial, ¿te refieres a la verdad? —Asentí y él se inclinó un poco hacia adelante—. La verdad... No podrías soportar la verdad.

—Déjate de gilipolleces.

—Esa boca, por favor. No me digas que eres como tu amiga, que no sabe hilar una frase sin decir un taco.

Eso me molestó. Yo no era tan malhablada como Clarita. Bueno, nadie era tan malhablado como mi amiga.

—Como si tú no los dijeras —traté de defender a mi amiga, y quizá a mí también.

—Pues lo cierto es que no lo tengo por costumbre. Bueno, quizá cuando me pongo en plan guarrete sí se me escapa alguna barbaridad.

—Esa información era del todo innecesaria —amonesté.

—Mujer, yo lo digo a modo de advertencia. No vayas luego a escandalizarte y a decir que no te avisé.

—Eso no va a pasar.

Me miró con una extraña sonrisa, como si supiera un secreto y estuviera dudando si decírmelo o no.

—¿Apostarías tu vida? —susurró finalmente, de tal forma que toda yo me estremecí. Pepitilla incluida.

—¿Qué quieres? —dije entre dientes, molesta por las reacciones que me provocaba.

Volvió a pensar la respuesta.

—Es que si te lo digo me matas.

—Te voy a matar de todas formas, Pedro.

Ahí pegó un respingo.

—¿Pedro?

Fruncí los labios. Al llamarle así, delataba que había pensado en él y en unos términos totalmente distintos a los que quería dar a entender.

—Perico es Pedro, ¿no? —me justifiqué.

—Nadie me llama así, salvo... —susurró, alerta, confuso y un poco perdido, pero luego debió resolver algún tipo de conflicto interno porque su rostro se iluminó—. Me gusta que tú me llames Pedro. Me hace sentir... especial.

Ay, la madre, qué labia tenía. ¿Cómo había hecho para hacerme desear abrazarle y acunarle y decirle que todo estaba bien?

—No te motives, chaval.

—Aguafiestas.

Nos miramos a los ojos. Temí perderme en ellos.

—Ahora en serio, Pedro. La verdad.

Suspiró y se despeinó más todavía.

—Las voces.

—¿Las voces? ¿Qué voces?

—Las de aquí —dijo señalando su sien—. Es una de las tres cosas por las que he venido. Es muy raro que se pongan de acuerdo.

En qué embolado más raro me estaba metiendo al darle coba. Aun así, pregunté:

—¿Y en qué se han puesto de acuerdo las voces?

—En ti.

Era tal la cara de cordero degollado que puso, que me hizo sentir sumamente incómoda. No quería adentrarme por ese camino, así que cambié de tema.

—Voces aparte, has dicho que había otras dos cosas por las que querías verme...

Él pareció pensarse la respuesta.

—La principal mejor no te la digo, porque es algo que aún tengo que analizar y porque lo vas a poner en duda, así que esa parte me la reservo para más adelante.

Vale, si quería ser enigmático, lo estaba consiguiendo.

—No habrá más adelante —espeté, insistente en mi actitud cortante—, pero como quieras. ¿Y la, llamémosla, secundaria?

—Secundaria —repitió entre risas bajas y profundas—. Yo la llamaría

mejor: “apremiante”.

—Como gustes. Esa cosa secundaria y apremiante que te ha hecho venir hasta aquí es...

—¿Prometes no darme una patada en la espinilla? —Esperó a que yo asintiera y tomó aire. Luego, soltó—: Sexo.

Parpadeé. No me esperaba tanta sinceridad.

—Sexo.

—Sexo —confirmó asintiendo con la cabeza—. Duro, vainilla, tántrico, salvaje, pausado, rápido, con juguetes y/o sin ellos, por delante y/o por detrás...

Se me escapó. Juro que la pierna se me escapó. Fue una tremenda casualidad que encontrara su pierna.

—¡Lo prometiste!

—Me voy.

—No, espera... Por favor.

Había desesperación en su voz.

Me tapé los ojos con las manos.

—Acabemos con esto de una vez. El libro de ayer se titulaba *La reina sin nombre*, de María Gaudin. Si realmente te lo quieres leer te recomiendo que lo apuntes, porque no vamos a volver a vernos, al menos, no pienso perder más tiempo contigo. Me aburren los Nash.

—Siéntate, Elena —dijo poniendo su mano sobre la mía cuando empezaba a incorporarme, provocándome un respingo, tanto por el contacto, como por sus palabras.

—¿Sabes mi nombre?

—Clara me lo dijo anoche.

¿Cómo que Clara se lo dijo anoche? ¿Por qué? ¿Habían hablado de mí? ¿Y por qué Clara no me había dicho nada al respecto?

—¿En qué contexto?

—Después. Ahora quiero saber qué es un Nash.

Parpadeé, confusa.

—¿Un Nash?

—Ajá. Has dicho que te aburrían los Nash.

Como me interesaba saber qué había hablado de mí con Clarita, decidí hacerle esa concesión.

—A ver cómo te lo explico... ¿Te gusta el fútbol?

—Qué preguntas tienes... Pues claro.

—Bien, te voy a poner un ejemplo. Imagina que eres el dueño de un equipo de fútbol de primera y quieres renovar la plantilla. Por ejemplo, del Madrid.

—¿Por qué del Madrid? —quiso saber. Parecía muy atento a mis palabras.

—Porque es el mejor equipo del mundo. —Ignoré su sonrisa engreída y continué—. El caso es que el mejor goleador del mundo, llamémosle Alfa, ha declarado que quiere dejar su actual equipo, por lo que todos los grandes clubes le han enviado ofertas. ¿Qué haces tú? Envías tu contraoferta, por supuesto, pero al mismo tiempo dejas caer el rumor de que estás interesado en Beta, que es el segundo mejor goleador del mundo. Para hacer más creíble el rumor, engatusas a Beta, le prestas una atención que no le das a Alfa, a quien por otro lado le das una de cal y otra de arena, para que baje los humos. Es probable que Alfa, herido en su amor propio por el interés que muestras en Beta, acepte tu oferta. Pero, en el caso de que no lo haga, fichas a Beta como premio de consolación. Te sale la jugada redonda.

Pedro me miraba como si estuviera chalada, hasta que se restregó la cara con las manos.

—Madre mía, y toda esa parrafada para hablar del truco de acercarse a la amiga fea para conseguir a la amiga guapa.

Vale, vi que lo había entendido, pero me cabreó un montón que me llamara fea. Pero lo cierto era que todo se resumía tal cual lo había hecho él.

—Exacto —dije roja de rabia.

Soltó una carcajada que hizo que deseara soltar a mi vez la mano en su cara. Creo que mis intenciones se expresaron de algún modo en mi mirada asesina, porque él se obligó a mantener la compostura y negó con la cabeza.

—¿Y qué te hace pensar que quiero a la guapa?

—Por una cuestión de probabilidades. O, para ser más precisos, de improbabilidades.

Negó con la cabeza y sonrió de medio lado.

—Precisamente anoche Clara me hablaba al respecto, sobre la paradoja de la probabilidad de lo improbable. Una teoría de lo más interesante, por cierto... Lo único que me gusta de tu ejemplo es que me hayas comparado con el Madrid, “el mejor equipo del mundo”. Gracias. —¡Esa no había sido mi intención! Menuda forma de darle la vuelta a la tortilla—. Por otro lado, tu teoría estaría bien formulada si no fuera porque no has tenido en cuenta dos variables que hacen que la ecuación dé una solución no esperada.

—Que son... —animé a que continuara. Me daba que el tipo no tenía ni idea de lo que estaba diciendo.

—La relatividad de la belleza y la subestimación de ambición por parte del sujeto.

Pues sí que sabía lo que estaba diciendo. En cambio, yo estaba un poco perdida, aunque creía entender por dónde iban los tiros.

—No sé en qué mundo vives tú, pero en el mío, y en el del resto, la belleza de Clara es innegable. No hay relatividad que valga.

—Bueno, lamento discrepar contigo. Uno de los pintores más codiciados es Picasso y, perdona que diga esto, no es de mi predilección. Soy capaz de reconocer la maestría, la belleza de los colores, de descubrir un secreto en cada curva y ángulo... Pero no. Nunca compraría uno, porque no es mi estilo.

Me dejó un poco descolocada. A continuación, hizo una mueca de disgusto y se peinó el pelo hacia atrás.

—En cuanto a la segunda variable... No me gusta nada que me creas tan patético como para usar una estrategia de perdedores. Yo, Elena, soy el number one, el ganador, el que se lleva el premio gordo, el que cuando quiere algo, lo consigue. No hay segundas opciones ni premios de consolación. Soy el que en una subasta va a dejar pasar al Botticelli porque no le interesa lo más mínimo y sin embargo va hacer la puja más alta por el Vermeer. —Ahí me perdí un poco, pero cuando iba a preguntar sacó el móvil del bolsillo interno de su cazadora. Arrugó el ceño a la vez que comenzaba a levantarse. Se había puesto realmente serio—. No, no me interesa la voluptuosidad y sensualidad del Nacimiento de Venus, sino la enigmática serenidad de La Muchacha del Turbante. —Me miró y entrecerró los ojos—. Lo que algunos consideran premio gordo para mí no es más que un reintegro, y al revés. He de irme, Elena. Hasta que nos volvamos a ver, te espero en mis sueños.

Y se marchó.

CAPÍTULO 4

Su marcha dejó muchos interrogantes en el aire. De hecho, si tuviera que dar un resultado en el juego Preguntas versus Respuestas, la victoria irrevocable sería para las Preguntas.

Necesité toda la fuerza de voluntad para no echar a correr detrás de él, tal fue la sensación de pérdida que sentí cuando, desde mi privilegiado lugar, le vi meterse en el metro.

Me quedé un rato allí, muy confusa, muy perdida y muy... muy.

Una parte de mí, la coherente, la que normalmente llevaba las riendas de mi vida, la que se regía por el control, el orden y la objetividad, sabía que tenía que darme dos guantadas por pava, levantarme de la silla, buscar a Clara, obligarle a seguir nuestra rutina dominical y olvidarme del asunto. Pero la otra parte, la ñoña, la emotiva, la que veía a escondidas Annie para darse un atracón a lágrimas y la que soñaba con el Príncipe Azul, me obligaba a seguir allí sentada, en el D'Ita, con la vista clavada en la boca del metro de Quevedo con la esperanza de que volviera a aparecer.

Pero no apareció, ni al minuto, ni al cabo de cinco, tiempo que estimé oportuno pagar la cuenta, abandonar el local y mandarle un WhatsApp a Clara para ver dónde estaba.

«En el Ginos. El Lambrusco te envía recuerdos».

Tan solo tenía que cruzar la calle, así que al minuto estaba allí. Clara me esperaba en nuestra mesa de siempre. Tal y como había temido, había hecho cuenta del Lambrusco y de los colines. No entendía cómo no engordaba, con todo lo que comía.

Nada más sentarme comenzó el tercer grado: que por qué había tardado tanto, que si le había puesto en su sitio, que si menudo gilipollas, que si lo que se merecía eran un par de hos...

—Para, para —corté entre risas y mientras alzaba la mano para llamar al camarero.

Estaba famélica, cierto, pero la excusa me servía para pensar las respuestas. O, mejor dicho, para eludir las.

—Buenas, chicas —saludó cantarín el camarero. Ya no despegó los ojos del escote de Clarita—. ¿Qué será hoy?

—¿Patate con Salmone como entrante para las dos y Milanesa de segundo?

—aventuró Clara. Sí, esa noche parecía querer comer hasta reventar.

—Demasiada patata por la noche —negué—. Para mí de segundo Rigatoni al Forno.

—Siempre pides lo mismo de segundo —se quejó Clara.

—Soy de ideas fijas... Eh... Eh... Ehhhhh —grité al camarero, que seguía allí de pie, mirando el escote de Clara. Tuve que chasquear los dedos delante de sus narices para que reaccionara—. Ah, has vuelto. Anota: Patate con Salmone para las dos, Milanesa y Rigatoni de segundo y postre... Ehhh, aquí, a mis ojos. Buen chico. De postre un Cioccolatissimo para compartir.

—De eso nada. Uno para cada una.

—Venga ya... ¿En serio?

—Totalmente en serio.

Sí, Clara se sentía muy deprimida. Quizá un poco yo también, porque acepté el desafío.

—Y trae una botella de Lambrusco. De litro —aclaré. Por norma general pedíamos la de medio. El tipo seguía allí parado, lerdito perdido—. ¡Largo!

Lo siento, tuve que hacerlo; era vergonzoso verle allí parado, babeando sobre las tetas de mi amiga.

—Más borde y no naces —masculló Clarita entre risas.

—Solo he evitado que continuara haciendo el ridículo. Tendría que agradecerme. ¿Por qué te has ido corriendo del D'Ita?

Clara puso cara de sorpresa.

—¿Para qué me iba a quedar? Para chula yo, no te jode.

—Esa boca —regañé—. Pero, ¿qué te ha dicho?

—Tonterías. Que si lamentaba haber sido tan poco comunicativo la noche anterior, que es que ese día se había llevado una sorpresa al encontrarse cara a cara con un sueño, que si...

—¿Eso dijo? —corté, muerta de amor.

Qué pava me ponía a veces... Para darme de tortas.

—Sí. ¿Sabes a lo que se refería? —Me encogí de hombros. Agradecí que el móvil de Clara emitiera un sonido que la distrajo momentáneamente. Lo cogió y siguió hablando mientras miraba la pantalla—. Que si no había sido por mí, que la culpa había sido suya... Pues claro que la culpa fue suya. Anda, mira, han subido un punto las acciones de la empresa de Teleco que te dije el mes pasado. Acabamos de ganar un pastón. Espera, que voy a venderlas antes de que empiecen a bajar.

Hacía mucho tiempo que le confié a Clara unos ahorros (muy pocos,

porque yo era muy previsora) para que hiciera su magia particular. En un par de años, había hecho maravillas. Pero aquella noche no me interesaban las ganancias.

—¿Y no te dijo nada más? —insistí cuando por fin dejó el móvil a un lado —. Porque algo ha debido decir para que te marcharas tan molesta.

—El rechazo, que es un cabrón de mucho cuidado. Cómo duele el puñetero.

—Vuelve, Clara, que te pierdes.

—Pues eso, que me rechazó. Verás, para darle la oportunidad de compensar su falta, le propuse volver a tener una cita.

—Y te rechazó.

—Con todas las letras.

—¿Y no te dio ninguna explicación?

—Tampoco se la pedí. Su «No funcionaría» lo dejó todo muy clarito. Además, no me dio opción a preguntarle por qué estaba tan seguro, porque inmediatamente después añadió que tenía que preguntarte por el título de una novela. Por cierto, ¿cuál era?

—La reina sin nombre.

—Ostras, tu favorita.

—Sí, la estaba relejendo anoche. Me preguntó por ella, así que le conté un poco de qué iba.

—Con razón parecía tan interesado. El entusiasmo con el que hablas de esa novela es contagioso. Pero tanto como para mostrar tantísimo interés en ella... Qué cojones —susurró, seria de pronto y algo recelosa—... ¡Estaba interesado en ti!

Si algo había primado siempre entre Clarita y yo había sido la verdad. Nuestro historial de amistad no tenía mácula alguna en ese aspecto. Para bien, para mal, para peor, siempre la verdad.

—Cre-creo que sí —admití.

Clara arrugó el ceño, pero luego su rostro se iluminó y, con la velocidad de un rayo, agarró el móvil y se puso a trastear. Estuvo deslizando el dedo por la pantalla hasta que agrandó los ojos desmesuradamente.

—Ay, la leche, si es igual que tú.

—¿Quién es igual que yo?

—La chica Vermeer —respondió mostrándome el móvil.

Ante mí apareció una foto del cuadro “La joven de la perla”. Recordé entonces sus últimas palabras.

—No sabía que se refería a esa pintura —susurré. Realmente tenía un aire a la muchacha del cuadro—. Él lo llamó de otra forma.

—La Muchacha del turbante.

—Sí, así. ¿Acaso él te habló del cuadro?

—Ahora no sé cómo salió el tema, la verdad. Creo que fue cuando le pregunté si le gustaba leer. Justo ahí fue cuando empezamos a hablar de ti, porque me dijo que se había olvidado el nombre de la novela que le recomendaste.

—¿Y ahí fue cuando preguntó mi nombre?

Negó con la cabeza.

—No, creo que fui yo quien lo dijo después, no lo recuerdo. Estaba bastante tensa, la verdad, no prestaba mucho interés en lo que decía. Ya sabes lo que me pasa cuando estoy nerviosa, que me pongo a hablar y...

—El nombre, Clara —corté temiendo que volviera a desvariar.

—Ah, eso. Pues debí nombrarte por algo, así que él preguntó que quién era “Elena”. Cuando le dije que mi compañera de piso, la de la novela, sonrió y dijo: Ahhh, la chica Vermeer, la muchacha del turbante. Tal vez se refería a esto —concluyó señalando el móvil.

Miré a Clara y evoqué el cuadro del Nacimiento de Venus. Realmente tenían parecido.

—Menudo ojo tiene. Creo que a ti te comparó con Simonetta Vespucci.

—¿La musa de Botticelli?

Asentí. Clara arrugó la frente, pensativa.

—¿No será un Nash profesional?

Podía tener razón, claro que sí, pero por una vez me fastidió que pusiera en duda que un chico, aunque solo fuera uno, se sintiera atraído por mí en vez de por ella.

Clara seguía mirándome a los ojos, con la boca abierta, aguardando que dijera algo.

—Ay, madre —dijo al cabo de un rato, en vistas de que yo seguía sumida en mi silencio. Creo que mi rostro encendido de rabia también influyó en que sacara la conclusión que a continuación sacó—. Te gusta...

¡Bingo!

«De bingo nada. *Pais, pais*, largo, chucho...», me dije. No me gustaba que Pedro me gustara.

Bufé. Por desgracia, me salió demasiado poco natural.

—Apenas lo conozco... Y hablando de conocer, ¿qué sabemos de él, eh,

eh?

Clara esbozó una media sonrisa y se reclinó en el asiento, una copa en la mano y una pose algo chulesca que me hizo desear darle un sopapo.

—Poco. Es hermano de la nueva novia de Javier. Por lo visto se acaba de trasladar a Madrid y no tiene apenas vida social. Le debía un favor y de los gordos a Javier, que me chantajeó todo lo que quiso y más para que aceptara la cita con el sieso de su cuñado.

Analiqué rápidamente sus palabras: si tenía una hermana, no podía ser mala persona, y menos un loco peligroso. La familia se daría cuenta de un problema así, ¿no? Por otro lado, me molestó que lo considerase un sieso. No era tan aburrido como aparentaba.

—Pero, ¿en qué trabaja?

—Ni idea. Mi compañero dice que trabaja mucho y por eso apenas sale, pero no me especificó en qué.

Podía ser cualquier cosa. Hasta un asesino. Pero los asesinos no tenían hermanas, ¿no?

—¿Y ya? ¿Eso es todo lo que sabemos de él? ¿Ni edad, ni si está casado, o soltero, o divorciado?

—Un momento, ¿desde cuándo hemos pasado de ser yo la que pregunta a hacerlo tú?

—Desde he confesado que me gusta.

—No lo has hecho.

Me repateaba cuando usaba el tono de la victoria conmigo, el cantarín sabelotodo.

—Sí lo he hecho. Lo acabo de hacer. Ahora mismo. Pero —dije rápidamente, antes de que metiera baza—, eso no quiere decir nada.

—¿Nada?

—Nada.

—Ya.

—¿Ya, qué?

Clara rellenó nuestras copas y se colocó la servilleta en el regazo justo en el momento en el que el camarero trajo el primer plato. Agarró los cubiertos y con sonrisa traviesa dijo:

—Que sueltes prenda.

Y la solté.

CAPÍTULO 5

Cinco días es tiempo suficiente para poner las cosas en su sitio, para pensar, recapacitar y ver las cosas de otra forma. Para tomar, en fin, el control.

Después de aquella conversación con Clarita, en la que confesé más de lo que quería admitir y más de lo que ella debía saber (porque estuvo machacándome durante más de tres días con el de “los Palotes”, como le gustaba llamarle), me liberé hasta cierto punto. Al ponerle voz a las dudas algunas se disiparon, otras se aclararon y las que aún persistieron fueron acalladas con la vuelta a la realidad.

Y la realidad era un trabajo de media jornada como recepcionista en el bufete de Clarita, otro por las tardes de becaria en la Biblioteca de la Facultad de Derecho y una tesis muy interesante —al menos para mí— sobre la Digitalización y su influencia en la Biblioteconomía.

Sí, realmente el paso del tiempo te hace ver las cosas de otra forma, de una manera más objetiva.

Que me gustaba era un hecho. Que no era para mí, también. Y no porque yo no pudiera aspirar a alguien como él, sino precisamente porque no debía aspirar a alguien como él. Cierto que era muy atractivo, que su altura era la ideal para mí nada corriente metro setenta y nueve, y que su presencia, y su recuerdo, me hacían vibrar como nadie lo había hecho, pero no era yo de Física o Química.

Bueno, de hecho, sí lo era, y precisamente por eso me había ido como me había ido en el aspecto sentimental, o sea mal. Creo que fue hace un par de años, con mi último desengaño amoroso, que me juré y me perjuré no fiarme de las apariencias ni permitir que las hormonas tomaran el control, promesa que había llevado a rajatabla hasta esa semana.

Sin embargo, tenía que reconocer que con Pedro intervenía algo más que la Física y la Química. Tal vez Filosofía. O Metafísica. O incluso la Espiritualidad. Y ahí era precisamente donde peligraban todas mis defensas. Porque, ¿qué sabía de él? Nada, salvo que tenía conocimientos de Historia, que le gustaba el arte (de hecho, le tenía por un entendido), el fútbol, que era del Madrid, y que, en general, tenía pinta de loco.

Por lo tanto, y en vistas de que mis sentimientos estaban tomando unos derroteros prohibidos, decidí controlarlos poniendo un candado para no

dejarme llevar por la fantasía.

Y para no caer en las garras de un tipo como el innombrable.

Por desgracia, la esperanza era muy puñetera, y aquellas tardes que me tomaba un café en el D'Ita antes de subirme a casa, me mantenía con la vista clavada en la boca del metro.

Pensé, y mucho, en todo lo sucedido entre la noche del sábado y el domingo por la tarde. Por norma general soy una persona objetiva y pragmática. Así, el pragmatismo y la objetividad me decían que el único camino posible era el del olvido.

Olvidar sus ojos ambarinos y su cabello castaño y desordenado. Olvidar su voz baja y ronca. Olvidar que me gustaba. Olvidar esos sueños de futuro.

Olvidar, en fin, porque en realidad no había nada merecedor de ser recordado.

Creía haberlo conseguido ese viernes, o al menos lo conseguiría tan pronto me librara de la bruja de los libros.

—Elena, has olvidado dejar este ejemplar en su sitio.

Estuve a punto de soltarle un impropio de los de Clarita, porque el ejemplar al que se refería mi “jefa” era de su competencia. Quería el trabajo, de verdad, que si no otro gallo hubiera cantado y le hubiera dedicado un repertorio de tacos que hasta Clarita se sentiría avergonzada.

La semana había sido horrible en general, así que me faltaba muy poquito para explotar. Ayudaba algo saber que esa tarde Clara y yo íbamos a quemar la noche. Ya solo me faltaban dos horas para acabar y luego a perrear como si no hubiera un mañana al ritmo de reggaeton en cualquier bar cutre o dance en el New Garamon. Descontrolarme, al fin y al cabo, pero hacerlo yo, porque así lo quería; no porque un pirado se empeñase en descabalar mi mundo.

—¡Vamos, que es para hoy! Qué chica más ociosa.

Miré con odio a mi jefa y eché el libro en el carrito con el resto de pendientes para colocar en su lugar correspondiente.

En ello estaba cuando alguien se acercó a mí. Bueno, la expresión correcta sería pegarse a mí.

Qué narices, me acorraló contra la estantería.

—Buenas tardes.

Ni siquiera se molestó en susurrar; su tono de voz ya era bajo de por sí. Poco a poco alcé la vista de su pecho a su rostro, temiendo, y rogando, estar equivocada. Pero no.

Ahí estaba Pedro. Era real. O eso, o un holograma muy logrado.

Parpadeé, confusa, mirando su sonrisa traviesa como una tonta, hechizada por sus ojos dorados, perpleja con su presencia.

—¿Qué... qué haces aquí? —pregunté a media voz. No, no lo hice por respeto al lugar en el que nos hallábamos, sino porque me había quedado sin habla. No sabía si era por la impresión, o porque su pecho oprimiendo el mío me impedía respirar.

—Obvio.

—Define obvio.

Él se rio suavemente, una risa que reverberó en su pecho y que yo pude sentir en el mío.

—Obvio es lo que se encuentra o se pone delante de los ojos.

Acercó su rostro al mío (más) y me miró a los ojos. El muy pavo agrandó los suyos. Luego, se apartó y me señaló mientras insistía:

—Obvio. —Me miró de arriba abajo y su sonrisa se torció. ¡Qué pinta tenía de canalla en ese momento!—. ¿Bibliotecaria?

—No vayas a burlarte si no quieres quedarte eunuco.

—¿Burlarme? Al contrario. Me encantas —susurró. O ronroneó. O yo que sé... El caso es que me puso como una moto. Agradecí que se limitara a mirarme y que se apartara. O no. No tuve del todo claro si me gustó o me molestó que me dejara desprovista de su calor.

—¿Quién te ha dicho que podías encontrarme aquí?

—Clara.

—Imposible. Clara jamás daría ese tipo de información.

Dibujó una sonrisa de canalla, mientras ponía una mano en la estantería, junto a mi cabeza, y la otra en la cadera.

—Puedo resultar muy... persuasivo.

No me gustó la forma que tuvo de pronunciar la última palabra, ni lo que estaba ideando mi imaginación. A veces resultaba un tanto masoca.

—Define per...

Una mano me impidió seguir hablando. Menos mal. Empezaba a ser repetitiva. Solía pasarme cuando no sabía muy bien qué decir. O cuando me entraba la paranoia celosa.

—Hay que ver lo que te gusta la Lengua... Mmmm.

De primeras, su gemidito me puso como una moto. De segundas, le di un manotazo.

—Déjate de “Mmmmm”. Estoy en el trabajo. Vete.

—Vale. ¿A qué hora te recojo?

Ya había demostrado ser persistente hasta la saciedad, así que darle un *no* de poco iba a servir. ¿Única opción para quitármelo de encima? La mentira.

—A las nueve.

Alzó las cejas, sorprendido por mi rápida respuesta.

—Hasta entonces, pues —dijo sin mucha convicción.

Suspiré cuando le vi marcharse. Gracias a mi director de Tesis había conseguido que me dieran el horario de cuatro a ocho, ganándome con ello el odio de por vida de mi jefa, que tenía que aguantar hasta las nueve.

Sentí una punzada de remordimientos por la mentira, pero Pedro no me convenía en absoluto. Me hallaba en un momento de mi vida en el que lo único que me interesaba eran mis dos trabajos, la Tesis y pasármelo pipa los fines de semana con Clara.

Y ni siquiera un guaperas con pinta de pirado iba a tirar por tierra los planes de esa noche.

—No regalas ni un minuto —dijo con desagrado la arpía cuando a las ocho en punto cogí mi abrigo y mi bolso.

—Ni uno —apunté—. Buen fin de semana.

Ella no contestó, claro. La amabilidad no era lo suyo. Tampoco lo mío, pero hay normas de educación que ni siquiera yo era capaz de trasgredir.

Salí escopetada, no porque tuviera prisa, pues nunca salíamos de casa antes de las diez y yo no era de las de tirarme horas y horas arreglándome, pero yo no sé qué tenían los viernes que parecía que me habían metido el turbo, porque iba corriendo a todas partes, como si el peso de la semana de pronto se hubiera esfumado con la promesa de una noche de desenfreno.

Iba tan deprisa que choqué con un tipo tan pronto salí al exterior. Hubiera caído al suelo de no ser porque él me agarró.

—¿Ibas a algún lado?

La disculpa murió en mi garganta cuando reconocí la voz del hombre que no solo se limitaba a sostenerme: me estaba apretujando contra él.

—¡Suéltame!

Y eso hizo.

Sinceramente, no me lo esperaba, por ese motivo me tambaleé cuando obedeció a mi orden, tanto que tuve que buscar apoyo. Su brazo —su duro e impresionante brazo— fue lo primero que encontré. Ya no lo solté.

—Déjame adivinar: tu jefa te ha dejado salir antes.

—Cállate. No tenías que estar aquí.

—Pues yo creo que sí. Habíamos quedado, ¿recuerdas?

Me llevé una mano a la frente. Se me estaba poniendo un dolor de cabeza tremendo.

—¡Pero te dije que vinieras a las nueve!

—Sí que lo dijiste. Pero es que, perdona que te lo diga, mientes fatal. Te pones roja como un tomate.

—Idiota —dije, tratando de pasar a su lado.

No tuve éxito, pues me agarró del brazo.

—Espera, Elena, déjame acompañarte.

No vi ningún mal en ello, de modo que me encogí de hombros y eché a andar. Por norma general el trayecto hasta casa lo hacía andando, ya que no había más de quince minutos a paso ligero, a no ser que lloviera, que entonces cogía el metro o el autobús. Hacía un frío que pelaba, así que le hice saber que iríamos caminando, con la esperanza de que cambiara de parecer.

Él pareció la mar de contento con la decisión.

—Bueno, ¿qué? ¿Qué planes tienes para esta noche? ¿Vamos al cine, a cenar?

—Espera, espera... Que te deje acompañarme a casa no quiere decir que tenga que aguantarte durante toda la noche.

—¿Llevo una semana esperando a verte para que ahora me digas que no?

Su pregunta me mató de amor, pero rápidamente resucité y tomé el control.

—Verme, lo que se dice verme, me has visto.

—Sabes a lo que me refiero.

Me detuve para mirarle a los ojos.

—No, no sé a lo que te refieres. ¿Qué quieres de mí, Pedro?

Entrecerró los ojos y me miró como si estuviera resolviendo algún acertijo.

—No sé cómo haces para que mi nombre suene diferente.

Puñeteras mariposas. Cómo revolotearon con sus palabras.

—No cambies de tema.

—No lo hago. —Me tomó de la mano y la metió en el bolsillo de su abrigo de paño gris a la vez que echaba a andar de nuevo. No me quedó más remedio que seguirle—. Pero me parece absurdo contestar a algo que ya sabes.

—Sexo.

—Sexo, sí. Entre otras cosas —precisó.

Negué con la cabeza.

—No me voy a acostar contigo. No soy de las que se acuestan con el primero que hace que le tiemblen un poco las piernas.

—¿Solo un poco? —quiso saber.

Era un truhan de cuidado, sobre todo cuando sonreía de esa forma torcida.

—Sabes a lo que me refiero —espeté, usando sus mismas palabras.

—Sí, lo sé. Lo que no entiendo es tu negativa.

—¡No te conozco!

—Eso no es cierto. Ya no hemos visto más de una vez. En realidad, esta sería nuestra tercera cita.

¡Estaba loco!

—La cita era con Clara, no conmigo, así que no cuenta. Y la segunda y la tercera han sido un asalto en toda regla.

—Visto así, tal vez tengas razón. Pero sigo sin comprender tu rechazo, pues es obvio que te gusto.

Obvio...

—Claro, claro. Y a esa conclusión has llegado porque...

—Porque te hacen chiribitas los ojos cuando me miras. Elena, esas cosas se saben. Hay infinidad de señales. Del mismo modo que yo no puedo disimular que me vuelves loco.

—Loco estás, y no por culpa mía.

—Créeme, sí es por culpa tuya. Yo estaba tan tranquilo en mi mundo, soñando con un imposible, cuando de pronto apareciste tú.

O sea... Venga ya...

—Repito: no te conozco.

—Ah, pero para eso estoy aquí, para conocernos.

—Para conocernos ¿cómo? —pregunté con recelo.

Me miró de medio lado. Algo relampagueó en sus ojos.

—A fondo.

Su respuesta no me valía, o quizá sí, porque yo sabía cuál ere ese “fondo” al que él quería llegar, así que resoplé y traté de sacar la mano de su bolsillo. No pude hacerlo; él se la había agenciado.

—Quiero que quede clara una cosa. No me dejo llevar por mis instintos. No habrá conmigo un revolcón de una noche y luego si te he visto no me acuerdo. No lo he hecho nunca y no voy a empezar a hacerlo contigo...

—Bla, bla, bla —me interrumpió el muy cretino—. Que sí, que ya lo he pillado, que quieres ir poco a poco. Por mí perfecto. No vayas a pensar que pretendo llegar y besar el Santo. Y hablando de besar...

Esperó a que el disco se pusiera en verde y cruzó hacia Guzmán el Bueno. Luego siguió caminando, sin hablar.

Me repateó que me dejara con la intriga.

—Decías algo de besar.

—¿Ya quieres que te bese? —preguntó mirándome de reojo. Mi mano seguía dentro de su bolsillo, así que no pude golpearle en el hombro con ella, y con la otra agarraba el bolso con fuerza, como era costumbre en Madrid.

Ante la imposibilidad, grité.

—¡No! ¡Eras tú el que decías no sé qué de besar!

—Ah, sí, ya recuerdo.

Torció en Francisco Ricci, una calle menos concurrida, se detuvo en un punto y me puso de espaldas a la pared. Él se cernió sobre mí.

—A mí eso de conocernos me parece bien, y avanzaremos según el ritmo que marques.

—No te enteras de nada. No quiero conocerte. No quiero avanzar. No me interesas en absoluto.

—Mentirosilla —dijo acercándose un poco más a mí—. Ya estás otra vez roja como un tomate. Propongo una cosa.

Qué mal me olió aquello.

—A ver, sorpréndeme.

—Propongo que nos besemos, aquí y ahora. Si veo que mi beso te deja indiferente, me largo y no vuelves a verme más.

Le miré con recelo.

—¿Y si no lo hace?

—En ese caso, corrección: en ese probable caso, no te librarás de mí.

Dudé unos segundos. A ver, me apetecía ese beso. Aunque solo fuera ese. ¿Podría ser capaz de fingir? La fría siempre había sido Clarita. Yo era más visceral; la diplomacia y el disimulo no eran lo mío. Si algo me gustaba, se me notaba. Si algo me repelía, también. Pero, por otro lado, cabía la posibilidad de que a mí, o a él, o a ambos no nos gustase el beso, lo que supondría el fin de la historia.

—Hecho.

Pedro dio un paso hacia atrás, atónito.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

Repuesto de la primera sorpresa, se rio por lo bajo y se acercó a mí de nuevo. O mejor, se pegó a mí.

—No sabes en el lío que te estás metiendo.

—Por una vez debo darte la razón —susurré.

Algo dentro de mí se movió cuando él agachó la cabeza.

Pero no me besó. Se quedó ahí, mirándome, con un gesto de confusión.

—¿A qué esperas? —pregunté, echando un poco la cabeza hacia atrás para facilitarle el acceso.

—No tengas prisa, mujer. Este va a ser nuestro primer beso y hay que hacerlo bien. —Se irguió y alzó las cejas—. ¿Qué prefieres, beso empotramiento de pared, beso desmayado o beso dulce y tierno?

¿De verdad estaba preguntándome eso?

—Bésame y ya —protesté, echándole las manos al cuello del abrigo para acercarle a mí y ser yo quien empezara con aquella locura.

Pero él agarró mis manos y, raudo, me empujó contra la pared, a la vez que me subía las manos sobre la cabeza y se pegaba a mí. Su respiración se descontroló totalmente, al igual que la mía.

Iba a protestar, o a gritar, o a decirle que el empotramiento me parecía bien, ya no recuerdo, cuando su boca tomó la mía. Sus labios estaban fríos, pero esa impresión desapareció cuando su lengua rozó los míos en un tanteo que exigía que me entregase a un beso que estaba cargado de húmeda calidez y de aterciopelada suavidad.

Besaba bien. Más que bien, era el rey de los besos. Fue apasionado y contenido, brutal y suave a la vez.

Me dio todo lo prometido y algún truco más que se sacó de la manga.

Aunque hubiera querido fingir indiferencia, me hubiera sido imposible. Estaba presa de él, de su beso, de su lengua arremetiendo contra la mía, de sus dientes mordisqueando mis labios, de sus gemidos, de los míos, de sus manos descendiendo por mis brazos para atrapar mi pecho, de las mías, libres al fin, buscando sus hombros. Presa de su pelvis presionando la mía, de su calor fundiéndose con el mío, de la mano que me estrujó el trasero para que el contacto entre nuestros cuerpos fuera el máximo.

Agradecí tener el apoyo de la pared a mi espalda, y su cuerpo pegado al mío, porque las piernas se convirtieron en gelatina. Despertó algo en mí, algo dormido, un deseo desbocado desconocido para mí, un fuego en el que me consumía, un hambre insaciable de él, de su beso, de sus caricias.

Mi respuesta sexual siempre había sido satisfactoria, pero jamás había llegado a esos extremos, un extremo que me llevó a olvidarme del lugar en el que estaba.

Por suerte, él sí fue consciente, pues dejó de besarme, aunque no me soltó. Sus ojos estaban fijos en mis labios. Había hambre en esa mirada, pero luego,

cuando levantó la vista, pude ver la sorpresa y la perplejidad en su rostro. Supongo que él también había sentido lo mismo que yo, la sensación de que detrás de ese beso había algo más.

—Uau —susurró.

—Define ua...

Y volvió a besarme, un beso al que correspondí ya sin ningún tipo de reservas, en el que de presa me convertí en depredador.

Pero él se apartó y encerró el rostro en la curva de mi cuello.

—Te libras porque estamos en la calle —susurró junto a mi piel. Su aliento cálido me produjo un escalofrío de placer indescriptible. Acompañó sus palabras restregando su erección contra mí. Yo me derretí. Alzó la cabeza y buscó mis ojos—. Ahora ya sí que no te vas a librar de mí.

Pero sí lo hice, porque algo comenzó a vibrar entre nosotros. Con un rugido y una maldición, sacó el móvil del bolsillo. Volvió a maldecir cuando descubrió quién le llamaba.

Descolgó de malas maneras y espetó un: ¡Espera! Luego, se volvió y me miró con pesar.

—He de irme, Elena. Mañana te busco.

Me acogotó y me dio un fuerte pero rápido beso en los labios.

¡Y se fue!

CAPÍTULO 6

Entré a casa hecha una fiera, tanto que Clara, que se estaba pintando las uñas en el salón, me miró asustada.

Reconozco que fui un poco teatrera, que cerré la puerta con demasiada brusquedad, que por poco rompí la mesa de cristal al dejar caer toda la ristra de llaves de golpe y sin miramientos y que casi tiré un jarrón por los aspavientos que hice mientras me quitaba el abrigo. O tal vez pronuncié su nombre en un tono demasiado alto para lo que tenía por costumbre.

—Voy a matarte, Clara —sentencié.

Ella me miró con los ojos muy abiertos y con cara de incredulidad.

—No me lo puedo creer... ¡Te ha encontrado!

—¿No me digas? Pues claro que me ha encontrado, por tu culpa. ¡Judas, traidora!

No supe por qué, pero Clara, para mi sorpresa, comenzó a reírse y a saltar en el sofá.

—¡Madre mía, madre mía, está loco!

—A ver, Clara, ¿de qué hemos estado hablando toda la semana? Precisamente de eso: de que el tío está como una regadera. Y vas tú y no se te ocurre otra cosa que mandármelo al trabajo. ¡A mi trabajo, Clara!

—Yo no le he mandado a tu trabajo —dijo entre risas. Parecía muy satisfecha de sí misma.

—Cito textualmente: Clara me lo dijo.

—Yo nunca diría algo así —exclamó un poco ofendida. Solo un poco. En el fondo, se lo estaba pasando de fábula a mi costa.

—Eso mismo le dije yo.

—Gracias por la confianza.

—Más que confianza, es un hecho demostrado, hasta esta tarde.

—Bueno —sucumbió, soplándose una uña y con cara de circunstancias—. Quizá sí que le haya dicho algo.

—¿Ves?! —grité, un dedo acusatorio señalándola. Me sentó fatal que se riera en mi cara—. ¡Serás guarra! ¡Lo has hecho a propósito para fastidiarme!

—¿Un viernes por la tarde? ¿Para que me amargues la noche? Ni loca. Fue su culpa, que me enredó de la peor de las maneras, el muy cabrón.

—Sí, él dijo que había usado ciertos métodos de persuasión. ¿Cuáles? —

exigí saber.

Clara rio por lo bajo.

—Deja ese tonito de celos conmigo, señorita.

—¡Yo no estoy celosa!

Aunque un poco sí que estaba.

—Sí lo estás. No me besó, si es lo que estás pensando.

—Pues a mí sí —dije a la defensiva. Luego me percaté de lo que acababa de confesar.

Clara abrió mucho los ojos al principio, pero luego se levantó y comenzó a aplaudir.

—¡Ay, madre, en qué lío te estás metiendo! ¡Me encanta! ¡Al final se atrevió a hacerlo!

Y empezó a reírse con unas ganas que no eran normales. Entonces caí en su última frase.

—¡Serás pu...!

De haber tenido menos años encima, probablemente a esa altura ya le habría tirado del pelo, pero ya teníamos una edad en la que teníamos que comportarnos como adultas y...

Al carajo.

—¡Vale, vale, Elena, por favor, que me vas a dejar calva!

—¿Vas a dejar de reírte?

Ella pareció pensárselo. La tenía casi a la altura del suelo. Como no contestaba, le di otro tirón.

—¡Sí! —gritó, pero cuando la solté, echó a correr a la otra punta del salón, muerta de risa.

Corrí tras ella, pero la condenada saltó sobre el sofá y fue derecha a su cuarto. Yo la seguí, pero no llegué a tiempo y consiguió cerrar la puerta.

—¡Abre!

—¡Ni muerta!

Empujé la puerta, pero había echado el pestillo. La condenada se moría de risa.

—Clara... —pedí en un tono conciliador.

—No funciona. Sigues enfadada, lo noto en tu voz.

—¡Pues claro que sigo enfadada! ¿Por qué lo has hecho?

—¿Me prometes que si abro la puerta no vas a tratar de sacarme los ojos?

—Lo prometo —respondí con un suspiro.

—¿Por Terry?

Sonreí sin poder remediarlo. Terry fue el protagonista de la serie de dibujos animados Candy, Candy, el moreno canalla que robó el corazón de todas las niñas. Otras juraban por Snoopy. Nosotras, por Terry. Era nuestro Dios, nuestra Biblia.

—Por Terry.

—¿Y prometes que no me vas a gritar?

—No pidas tanto...

Clara abrió la puerta. Sus ojos chisporroteaban de travesura.

—Vete a por un par de Buds mientras me arreglo esta uña. Si es que eres más bruta...

Hice lo que me pidió y volví rápidamente al salón.

—Empieza.

—Vale. A ver, gran parte de culpa —enfaticó la palabra e hizo el signo de las comillas con los dedos—, la tiene mi compañero, Javier. Al parecer, el Palotes estuvo indagando y preguntando sobre ti a mi compañero, porque esta tarde se ha presentado en el curro. Javier debió decirle que trabajabas allí, pero omitió que lo hacías solo por la mañana.

Clara hizo una pausa para darle un trago a la cerveza. Por temor a que se pusiera desvariar si hacía preguntas, opté por el silencio y la espera.

—Qué rica. Ya voy, no me mires así... Te juro que he creído morirme cuando le he visto aparecer, pues ya sabes lo estrictos que son en el bufete. Menos mal que no estaba el jefe, que si no a ver cómo justificamos su presencia allí, que ya sabes que cuando recibimos visitas personales se pone hecho un energúmeno...

—Clara, que te pierdes.

—No me pierdo, porque ese es el quid de la cuestión, pues ¿a que no sabes a quién ha ido derecho a preguntar?

Negué con la cabeza.

—A la recepcionista de la tarde.

—¿A Loreto?

—A la puta, sí.

Loreto era una mala ramera que hacía mucho tiempo que quería el puesto de mañana y estaba esperando que hiciera la mínima para ir con el cuento al jefe.

—Le habrás interceptado a tiempo.

—Por poco, pero sí. Me he tenido que inventar que era un mensajero que venía a por unos documentos.

Pensé rápidamente.

—No se lo ha tragado, seguro. Somos nosotras las que llamamos a los mensajeros. Todos tienen que pasar por nosotras, y con la manía que nos tiene Loreto a las dos va a levantar la caza. Te puedes meter en un lío.

—Me la suda. Tu culo está a salvo, y el mío me sacará de esta. Ya sabes que soy el ojo derecho del jefe.

Por cosas así era por las que quería a Clara con locura. No le di un achuchón porque no era mi estilo.

—El caso es que me amenazó con quedarse hasta que le dijera dónde encontrarte. Y créeme, lo decía totalmente en serio.

—Y se lo dijiste.

Clara entrecerró los ojos.

—Sí y no. Creo que aceptó mi explicación de por qué no podía darle la dirección exacta, pues no le conocemos tanto y puede ser un sicópata de esos. En el fondo le agradó que no fuera divulgando ciertos datos, porque manifestó que estaba totalmente de acuerdo conmigo en ese aspecto. Es más, me felicitó.

—Vale, aguarda un momento. O sea, que primero le sueltas un discursito sobre seguridad y bla bla bla, y luego le animas a que me bese.

—Créeme, él estaba más que animado. Jesús, te las vas a ver y a desear para poder quitarle las manos de encima.

Me exasperaba cuando se iba por la tangente.

—Has dicho textualmente: se atrevió a hacerlo. O sea, que le retaste. Confiesa, bellaca.

—Oh, está bien, pesada —claudicó bailando la mano en el aire—. Al hilo del tema de la seguridad, le pregunté hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

—¿Y qué dijo?

—Que iba a por todas, aunque eso era algo que ya sabía. Buah, Elena, no pongas esa cara de lerda, que no te pega nada.

—¡No pongo cara de lerda!

—Lo que tú digas —dijo con sorna antes de dar un trago—. En el fondo me dio pena, porque a veces eres muy cabezota y ya son unos cuantos los tipos a los que se las has hecho pasar canutas, así que le dije que para que no perdiera el tiempo contigo, tenía que besarte. Si le soltabas una hostia, le indiqué que no tenía nada que hacer contigo. Por el contrario, si le devolvías el beso, tenía muchas probabilidades de que accedieras a salir con él. ¿Qué hiciste?

Me mordí el labio inferior.

—Le devolví el beso. Es más, no me lo comí ahí mismo porque se marchó.

Clara abrió mucho los ojos.

—Te encanta, confiesa.

No lo hice. No podía. No quería. No debía.

Me aterraba decir en voz alta lo que estaba empezando a sentir por un tipo al que apenas conocía, un hombre al que había visto tres veces y que me recordaba demasiado a...

—Él no es como ÉL—dijo Clara, que a veces tenía el poder de leerme la mente.

Como no quería ir por esos derroteros, volví al tema inicial: por qué me había mandado al lobo feroz.

—¿Entonces no le diste la dirección?

—Ni por asomo. Pero sí le dije que trabajabas en una de las bibliotecas universitarias de la zona Moncloa-Aravaca.

La mandíbula se me desencajó y el corazón dejó de latirme. Algo, no supe qué, una emoción extraña, una loca alegría, me impedía hablar, moverme... respirar, incluso.

—¿A qué hora fue todo esto, Clara?

—A las cuatro. ¿A qué hora te encontró?

Meneé la cabeza con incredulidad.

—Poco más tarde de las siete.

Cuando Clara vio que yo había captado lo que eso implicaba, hizo un brindis con la cerveza y dio un trago.

Yo también bebí, aunque solo fuera para deshacer el nudo que se me había formado en la garganta.

—Menuda paliza se ha dado el pobre hombre. Tres horas enteras buscándote... Sabes lo que eso significa, ¿verdad?

Sí, lo sabía, pero necesitaba oírlo de labios de otra persona, así que negué con la cabeza.

—Pues, significa que el tipo, tal y como dijo, va a por todas.

—Pero, ¿por qué yo?

Clara me colocó el pelo detrás de la oreja y me sonrió con afecto.

—Porque ya te toca ser feliz, zorri.

Estuvimos calladas un rato, ella mirándome sonriente y yo, la verdad, un poco perdida. Cuando regresé lo primero que vi fue mi reflejo en la vidriera del mueble. Y sí; tenía cara de lerda.

Volví a dar otro trago, esta vez más grande, para aclararme la garganta y poder decir:

—Está loco.

Porque había que estar muy, pero que muy mal de la cabeza para recorrerse las más de cuarenta bibliotecas que había distribuidas en Ciudad Universitaria solo para ver a una chica y robarle un beso.

—¿Qué vas a hacer en Nochebuena al final? —preguntó Clara nada más salir del New Garamond.

Sin mirarla me encogí de hombros. No quería pensar aún en ello, aunque apenas quedaban quince días.

—Puedes venirte a cenar con nosotros. En el fondo hasta nos harías un favor, así alguien rellenaría esos silencios tan incómodos —apuntó Clara.

Nos sonreímos.

Ni ella ni yo estábamos en buenos términos con nuestros progenitores, cada cual por un motivo; ella, porque durante toda la vida sus padres la habían utilizado. Yo, porque había sido totalmente ignorada.

Clara y yo en el fondo éramos niñas de Papá, ricas en muchos sentidos, muy pobres en lo importante. Aunque de niñas vivíamos relativamente cerca —yo en Majadahonda y ella en Las Rozas—, nos conocimos en el Real Colegio Alfonso XII, uno de los colegios con más prestigio. Pronto nos hicimos inseparables, hasta el punto de no saber dar un paso la una sin la otra.

Fui yo la primera en abandonar el nido. Supongo que mi madre se sintió muy aliviada cuando se lo comuniqué, tanto como para ayudarme a levantar el vuelo, pues nuestra relación se volvía cada vez más incómoda con los años y la carga de reproches que pendían sobre nosotras.

Clara no tardó ni dos meses en hacerme compañía.

Elegimos la zona de Quevedo porque quedaba cerca de nuestros respectivos campus universitarios y al mismo tiempo de la zona centro, aunque el alquiler no era nada barato, pero nada que no pudieran costear nuestros padres, al menos durante el primer año, porque luego a Clara le dio por jugar a la Bolsa y hacer maravillas con nuestra asignación, hasta el punto que desde los diecinueve años éramos totalmente independientes de nuestros padres, tanto en el aspecto material como afectivo.

Clara aún tenía cierta relación con ellos, y había ciertas fechas en las que se esperaba contar con su presencia. Yo, en cambio, no era bienvenida en ninguna parte, y mucho menos en esas fechas, cuando los nervios parecían

estar más a flor de piel que nunca, cuando o una u otra saltaba a la mínima y comenzábamos con una guerra de reproches que no tenía nunca fin.

—Prefiero quedarme en casa.

Clara aceptó rápidamente mi decisión. Ya eran demasiados años de amistad como para saber cuándo desistir.

—En el fondo me das envidia. Ahora, cuéntame lo del beso —pidió Clara.

La verdad es que esa noche no estaba a la altura de las circunstancias, y reconozco que quizá mi actitud taciturna y, no voy a engañar a nadie, arisca, no era la mejor de las compañías.

Pero, ¿qué era de esperar? Tenía la cabeza hecha un cacao, porque por mucho que ciertas actitudes de Pedro me molestaran, luego había otras cosas, como la de recorrerse todo un complejo estudiantil para buscarme, que me derretían.

Clara, siempre tan perspicaz, se dio cuenta que necesitaba hablar, o al menos reponerme de la impresión, porque en vez de llamar un taxi para ir a otra disco, me obligó a caminar por Capitán Haya.

—Ya te lo dije. Hicimos un trato. Pensé que a lo mejor así me lo quitaba de encima.

—No sé cómo se te ocurre, con lo mal que disimulas.

—Vale, lo confieso, quería que me besara.

—Lo sabía. Estás loquita por él.

—¡No digas tonterías! No es para tanto la cosa.

—Vale, entonces, si no es para tanto la cosa, supongo que su beso te ha sido totalmente indiferente y que no le volveremos a ver. ¿Cierto?

Solté una maldición. Cuando quería, Clara era una auténtica arpía. Esa noche por lo visto era uno de esos días en los que disfrutaba atormentándome.

—¿Cierto, Elena? —insistió en tono cantarín, confirmando mi teoría.

—¡No, joder! —grité. Si usé un exabrupto fue porque estaba muy enfadada, muy perdida, muy confusa y muy cansada. Ya quería irme a casa. No me lo estaba pasando nada bien, y menos con Clara en plan agente de la Gestapo.

Clara tiró de mí y me obligó a sentarme en un banco. Eran las tres de la madrugada y hacía un frío que pelaba, pero ni a ella ni a mí parecía importarnos.

—¿Qué pasa, Elena?

Me revolví en el banco.

—Que me gusta. Me gusta mucho. Puñetas, me gusta una barbaridad. Fíjate si estoy moñas por él que de un momento a otro me voy a poner a vomitar

arcoíris.

—¿Y qué problema hay?

Negué con la cabeza.

—No lo sé. Es que se comporta de una manera tan extraña...

—¿Como qué?

—A ver, nena, ¿qué chico se recorre un campus entero para buscar a una tía a la que acaba de conocer? Nadie en su sano juicio hace cosas así. Ni presentarse en el trabajo, ni... Por cierto; el lunes Javier me va a oír. ¿Quién es él para ir dando información sobre mí?

—Ahí está la cuestión, Elena. Si Javier se ha tomado la libertad de hablarle de ti es porque estima que es un tipo de fiar.

—Javier lo que ha estimado es que si quiere mojar el churro tiene que hacerle la pelota al cuñado.

Clara rompió a reír. Dos tipos que pasaban nos miraron e hicieron amago de acercarse a nosotras. Clara les ignoró. Yo les gruñí.

—Por lo que sea —siguió Clara—. No es un mal tipo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, deseando que tuviera la respuesta.

—Esas cosas se sienten. Ahora en serio, ¿a qué tienes miedo?

Miedo. Esa era la palabra. Más que miedo, pánico. A salir lastimada. A equivocarme. A que todo fuera mentira. A convertirme en todo aquello que siempre había despreciado. A meterme en un camino de espinos y no poder, ni querer, salir.

—A que sea como... él.

Hala, ya lo había dicho.

Clara suspiró y me miró con cariño. Creo que mis ojos reflejaban pánico, porque me pasó un brazo por los hombros y me acercó a ella.

—No veas fantasmas donde no los hay. No te ha dado muestras de que sea como... el innombrable. Dale una oportunidad. Dale una oportunidad.

CAPÍTULO 7

Decidí dársela, pero el sábado no se presentó. Ni el domingo, ni el lunes.

Era tal mi desesperación, que pensé en acorralar a Javier para someterle a un interrogatorio, pero no tenía tanta confianza con él. En realidad, Javier era colega de Clara y un estirado de narices que miraba al resto del mundo como si fuéramos menos que estiércol. Después de todo, yo en el bufete no era más que la chica que cogía el teléfono.

Pero, qué narices, él había empezado todo esto, estaba donde estaba porque tenía la lengua muy larga, algo que pensaba aprovechar. Ese martes me dije que al día siguiente, o el jueves a más tardar, o tal vez el viernes (cuando reuniera el valor, vamos), me iba a plantar en su despacho y a obligarle a que soltara prenda.

¡Me lo debía!

—¿Quieres que hable yo con él?

No me di cuenta que había estado desvariando en voz alta, así que miré a Clara sin saber a qué se refería.

—Javier. Soltar prenda. El de los Palotes —me recordó.

—No lo llames así. Se llama Pedro.

Clara se rio.

—Bueno, ¿quieres o no quieres que hable con Javier?

—Ni hablar. Ya hay demasiados terceros por medio.

Debí de decirlo de muy malas formas porque Clara arqueó una ceja y me miró asombrada.

—¿A qué terceros te refieres?

No quería. De verdad que no quería ponerles palabras a mis dudas.

—Pues... tú y Javier.

Clara cerró el portátil y se cruzó de brazos. Me miraba muy seria, muy quieta y muy... muy.

No podía con ella cuando se ponía así.

—¡Deja de mirarme de esa forma!

—Lo haré cuando me cuentes lo que te estás callando. ¿Qué otra tercera persona?

Suspiré al tiempo que me dejaba caer en el sillón, a su lado.

—No sé. Supongo que la que le llama por teléfono —susurré.

Clara me miró sin comprender.

—¿Has dicho la que le llama por teléfono?

—Esa, sí.

—Uy, uy, uy... Eso no me lo has contado.

Me mordí el labio con saña.

—Es que... No estoy segura. Solo sé que las veces que le he visto ha salido echando leches cuando le han llamado.

—Pero, ¿era una mujer?

—¿Y yo qué sé? Pero vamos a ver, que otra explicación no hay. ¿Qué tipo deja de besar a una chica por una llamada de teléfono? Porque le llama otra. Porque seguro que hay otra. O cientos de otras. Espera, no... ¡carajo, a lo mejor yo soy la otra y no la una!

Clara me miró boquiabierta, pero luego negó con la cabeza y cogió el mando de la tele.

—Me aburres cuando te pones en plan paranoica.

—¡No estoy paranoica! Si lo piensas fríamente, solo hay una razón por la que sale corriendo, y es porque le llama su novia, o su mujer.

Alzó las cejas y me miró de arriba abajo.

—¿Pero tú crees que Javier me hubiera programado una cita a ciegas de haber estado casado? ¿Estás tonta o qué?

Me negué a dar mi brazo a torcer.

—Casado a lo mejor no, pero quizá tenga novia.

—Lo mismo es.

—Pues no, porque a lo mejor él todavía no le ha dicho nada a su hermana y...

—Hale, hale, lo que digas.

—¿Estás pasando de mí? —pregunté con escepticismo cuando encendió la tele y se puso a cambiar canales.

—Totalmente.

Me quedé ahí, viendo cómo me ignoraba mientras cogía una patata frita y buscaba en la programación qué ver.

—Anda y vete a la mierda —mascullé enfadada.

Muy enfadada. Joder, es que por una vez que me atrevía a decir en voz alta lo que me carcomía, ella pasaba de mí.

—Yo también te quiero. Anda, mira, echan In time. ¿La vemos?

—¿¡Quieres prestarme atención de una puñetera vez!?

Clara bufó y dejó el mando a un lado.

—Yo te presto toda la atención que quieras siempre y cuando dejes a un lado esa actitud derrotista, extremista y obsesiva.

—Yo no soy nada de eso.

—Lo eres. No todo es blanco o negro.

Me erguí, muy digna.

—Me gusta mi mundo en blanco y negro.

—Y así te va —masculló.

La miré atónita, pero al cabo me cabreeé.

—Me piro —anuncié poniéndome en pie y dirigiéndome al perchero para ponerme el abrigo.

—¿Dónde vas, loca?

Me puse la bufanda y le enseñé el dedo corazón, justo antes de irme, portazo incluido.

En realidad, fui un tanto teatrera, porque en realidad ya tenía planeado salir, pues esa tarde jugaba el Madrid la Champions con el Copenhague.

Clara odiaba el fútbol casi tanto como yo lo amaba, así que después de echarlo a cara o cruz y perder, me tocaba buscarme la vida para ver el fútbol.

Por suerte, calle abajo había un bar que tenía una peña madridista. Me gustaba porque eran gente muy formal que no buscaba follones, salvo gritarle al árbitro, a las faltas del contrario y a los errores de los jugadores. En mi caso concreto, a las cagadas de Benzemá.

Precisamente estaba hablando de un fuera de juego del francés cuando alguien se sentó a mi lado.

—Buenas tardes, chica Vermeer.

Casi grité de indignación.

No tenía ningún derecho a hacer eso; ir y venir a su antojo, desaparecer y volver luego como si tal cosa, y mucho menos parecer más guapo que nunca.

Vale, cierto, mis ojos veían belleza donde no la había, porque tenía pinta de guarro. No supe si era por la barba de tres o cuatro, o quizá más, días, o por sus ojeras, más acusadas que nunca. El cabello debía de haber tenido algún tipo de discusión con el peine, tal era la maraña que se gastaba ese día. Y su ropa... Sí, su camiseta también estaba a malas con la plancha.

Iba a decirle algo, pero descubrí que me había quedado sin palabras. A orgullosa no me ganaba nadie, por eso, para no delatar el estado de nervios en

el que me acaba de poner, decidí darle la espalda y seguir a lo mío.

De pronto me puse a gritar por una falta muy evidente del contrario a...
¿Quién era ese?

—¿No eras del Madrid? —preguntó Pedro.

Le miré por encima del hombro, pero rápidamente centré la atención en el televisor.

—¡Mamones!

El camarero me miró con el ceño fruncido, y uno de los habituales, el más pacífico, susurró algo así como que me quitaran la cerveza.

—Esto... Yo que tú no diría esas cosas aquí.

—Digo lo que me da la gana.

—Muy bonito, sí, señora. Ya veo lo poco que te importa que me partan la cara.

Me giré a mirarle.

—¿Y por qué te iban a partir la cara?

—Por defenderte.

—¿A mí? —pregunté con escepticismo antes de ponerme a bufar—. Aquí todos son del Madrid.

Él se rio por lo bajo y se acomodó en la barra. Luego, se inclinó y me susurró al oído:

—Cariño, los de naranja, esos que estás poniendo a caldo, son los del Madrid. Están jugando con otra equipación porque el Copenhague viste de blanco.

Pegué un respingo. ¿Tan nerviosa me ponía Pedro hasta el punto de no poder distinguirlos, cuando hasta el momento no había tenido ningún problema?

—Ya lo sé —dije cuando pude reaccionar, haciéndome la digna y dándole la espalda.

Escuché su risa baja, y luego el sonido de una banqueta. Supuse que era él, así que no me giré y me concentré todo lo que pude en el partido, algo del todo imposible, ya que no hacía más que pensar que él estaba tras de mí.

Hasta mí llegó su olor, una mezcla de perfume del caro y ¿trementina? Sin embargo, la combinación no era desagradable, en absoluto. Lo que me molestó no fue el olor en sí, sino lo subyugante que resultaba, hasta el punto de ansiar pegarme a él, hundir la nariz en su cuello y tirarme la vida entera ahí pegada.

—Tonto l'haba —mascullé.

—¿A quién le dices?

Sufrí un escalofrío, porque su aliento acarició mi oreja. ¿Tan cerca estaba de mí? Me tragué las ganas de darme la vuelta para comprobarlo, pero lo cierto era que podía sentir su calor.

No respondí, sino que seguí con los labios apretados y los ojos clavados en la pantalla, aunque toda mi atención estaba puesta en él. Gracias a Dios que Modric metió gol y pude salir de su embrujo, pero fue un momento efímero. Porque, lo cierto, a partir de entonces, el partido dejó de tener importancia.

Él acaparó toda mi atención.

No sé cómo fue que, de pronto, sentí que mi trasero encontraba su muslo y allí decidió acoplarse. Mi mano también fue por libre, pues sin permiso mediante se apoyó en su rodilla. Supongo que tuvo algo que ver su aliento cálido, el calor de sus dedos, que se habían colado dentro de mi camiseta y acariciaban mi cintura de forma distraída, como al descuido. Por un segundo lo miré de reojo, pero él tenía los ojos clavados en la pantalla, concentrado en el juego.

Quise reprenderle, pero era tan agradable la sensación, tan mágico ese momento, que me relajé. Al parecer lo hice demasiado, porque solté un largo y profundo suspiro. Sentí que su pecho se hinchaba y, tal y como hiciera yo, exhaló con lentitud.

Y no, tampoco supe por qué, en ese mismo instante, parcialmente sentada en su regazo y arropada por sus brazos, vi el mundo de otra forma. Todavía faltaba mucho para verlo en color, pero comencé a vislumbrar esos matices grises que Clara se empeñaba en mostrarme.

Asustada, me aparté de él, y, sin poder mirarle, por miedo a caer en su embrujo, me dirigí al camarero.

—Miguel, dime qué te debo.

—Nada, Elena. Ya está pagado.

Apreté los labios, rabiosa. Con los ojos entornados, y ahora ya sí segura de que iba a poder enfrentarme a él, lo miré.

—¿Has sido tú?

—Claro —respondió con una sonrisa de pirata.

—No tenías derecho.

—Ninguno. Pero me apetecía hacerlo.

—¿Por qué? ¿Eres uno de esos tipos que se ven en la obligación de pagarle todo a una dama, por la cosa de que ella no tiene recursos y tal, o acaso de esos otros que piensan que por el simple hecho de abrir la cartera tiene ciertos privilegios? Y cuando hablo de privilegios, lo hago con todo el doble sentido

del mundo.

—Te refieres al sentido sexual, ¿no?

—Exacto.

Se rio en mi propia cara. Mucho. Y muy fuerte. Y con muchas ganas. Las mismas que me entraron a mí de partírla suya.

—Ni una cosa ni otra, niña. Sé que eres una chica de recursos e independiente, y desde luego no te veo abriéndote de piernas por un par de cervezas. Si fuera así, te aseguro que yo no estaría aquí.

—Entonces...

—Podría decirte que lo he hecho porque me apetecía y punto, que también, pero en realidad todo se debe a un maquiavélico y nada altruista plan.

Me crucé de brazos y lo taladré con la mirada.

—A ver, sorpréndeme.

—Pues verás; como sé que orgullosa eres un rato, ahora te sientes en deuda conmigo y vas a querer devolverme la pelota. ¿A que sí? —No respondí, pero comencé a gruñir—. Sí, ahora querrás ser tú la que pague otro día, aunque solo sea para quedar por encima de mí. —Dio un trago a su cerveza y me miró de soslayo—. Y yo feliz porque así me aseguro otra cita contigo.

Rechiné los dientes, porque el muy bribón tenía más razón que un Santo, aunque, desde luego, no iba a dejarle ganar. Ah, no.

—¿Tienes hambre? —pregunté de malas maneras.

—Un poco —respondió encogiéndose de hombros.

—Perfecto. Miguel —llamé, aunque sin dejar de mirar a Pedro—, una de bravas, una tabla de ibéricos de las tuyas y dos cervezas cuando puedas.

Sin esperar la reacción de Pedro, me fui a sentar a una de las mesas. Me senté muy digna e ignoré la risilla que le acompañó hasta la mesa. Cuando se sentó, se cruzó de brazos y me miró. Tenía cara de pilluelo.

—No has tardado nada en devolverme la pelota.

—Quiero acabar de una vez. Con esto. Contigo. Con todo.

Su mirada, de habitual risueña, se ensombreció.

—¿Por qué, Elena?

Miré al techo y luego a él.

—Porque no me gusta tu actitud. No admites un no, aunque lo tengas delante de tus narices, aunque te lo grite a la cara. Y eso no me gusta, como tampoco me gusta el papel de acosador que te traes.

En esta ocasión no solo sus ojos se apagaron; todo él pareció desinflarse, además de ponerse mortalmente pálido e inusualmente serio.

—¿Acosador?

Hasta que no lo pronunció él no me di cuenta de la connotación negativa que yo le había dado a la palabra.

—Me refiero a...

—¿Acosador? —repitió, triste y, al mismo tiempo, enojado—. ¿En serio me ves como un acosador? —No pude responder, ni mirarlo a los ojos, así que bajé la mirada y tragué saliva. Cuando habló de nuevo, lo hizo en un susurro suave y apenado—. Dime la verdad, Elena, ¿me tienes miedo? ¿Crees en verdad que podría hacerte daño?

No supe qué responder. Él no me asustaba. Y no, no creía que pudiera hacerme daño, al menos físicamente. Me asustaba el desconocimiento, la situación, lo que estaba sintiendo, salir escaldada, un desengaño amoroso...

—Si es así —continuó al ver que yo seguía presa de la mudez—, dímelo ahora mismo y me voy.

Ahí sí lo miré, para comprobar que se había puesto de pie, dispuesto a irse si mi respuesta era afirmativa. La congoja me atenazó ante la posibilidad de no volver a verlo. Y eso sí me aterró.

—No —murmuré. Escuché su suspiro de alivio al tiempo que volvía a sentarse. Sin embargo, quise dejar clara mi postura—. Pero debes entender que tu comportamiento no es muy normal.

—¿En qué sentido? —Aunque se había relajado, percibí que seguía molesto.

—A ver, Pedro, no es muy normal que te presentes de golpe y sin avisar al D'Ita, ni a mis dos trabajos, ni... aquí. Sobre todo, cuando en más de una ocasión te había mostrado mi negativa a verte.

—Yo a eso lo llamo insistencia. Cuando una chica te gusta, tratas de averiguar todo lo que puedas sobre ella para verla. En cuanto a tu negativa, ¿realmente ibas en serio? ¿No querías volver a verme? La verdad, Elena.

—¡Sí quería, pero no debía!

—¿Por qué? —preguntó de forma dulce. ¡Tan dulce!

—Porque me gustas.

—Gracias —dijo con una enorme sonrisa.

—No te motives, Pedro. Me gustas, sí, y mucho, pero no sé nada de ti, no te conozco en absoluto y presiento que voy derecha al desastre. Eres una complicación que ahora mismo no necesito.

—Eso no lo puedes garantizar. Te empeñas en creer que soy el veneno, pero ¿y si fuera el antídoto? ¿Por qué no me dejas demostrarlo?

Sabía que, de alguna forma, él me estaba doblegando, algo que me ponía de muy mala leche y me aterraba. Me sentía acorralada, por eso me negué a dar el brazo a torcer. Llámalo cabezonería, estupidez o cobardía, pero en ese momento necesitaba mantenerme firme o sabía que terminaría sumando uno más a mi larga lista de desastres amorosos.

—Como diría Clarita, faltan muchos datos para resolver esta ecuación. Incluso para plantearla siquiera.

—Datos.

—Datos —reafirmé.

Asintió, conforme.

—Estoy de acuerdo. A ver, ¿qué datos necesitas?

Necesitar los necesitaba todos, pero de momento me bastaba con los más básicos.

—Tu nombre completo, por ejemplo.

Se sacó la billetera del pantalón y, tras buscar su documento nacional de identidad, me lo tendió.

Y yo me reí.

—¿Pedro Hidalgo Caballero? ¿En serio?

—Cosas más raras se han visto —respondió encogiéndose de hombros—.

Fíjate que tengo un amigo que se apellida Cuadrado y su novia Redondo.

—Qué calamidad —me reí mientras revisaba su documento de pe a pa—.

Oh, vaya, eres géminis.

—¿Y?

—Por norma general, los géminis y los piscis son enemigos declarados.

—No creo en esas cosas.

—Yo sí. ¡Ostras, tienes treinta y dos tacos!

Frunció el ceño.

—¿Y tú tienes...?

—Veinticinco.

—Son solo siete años. Además, dado que yo aparento menos y tú más, se compensa la cosa.

Me salió de forma involuntaria un gritito ridículo de indignación.

—¡Yo no aparento más!

—Ya te digo yo que sí. Te echaba, al menos, veintiocho años, que son, por cierto, los que aparento yo. ¿Ves? Compensado. ¡Auch! —protestó cuando le incrusté la punta del pie en su espinilla—. Tienes que hacer algo con ese pie, en serio. Ese tic nervioso no le viene nada bien a mis piernas.

—No es un tic nervioso, ha sido adrede, por llamarme vieja.

—Yo no te he llamado vieja. Solo he dicho que aparentas más edad de la que tienes, y eso está bien, porque se te ve más madura, más mujer, más...

—Más vieja —corté, enojada. Miguel vino en ese instante con la comanda, por lo que esperé que dispusiera los platos antes de dirigirme de nuevo a Pedro—. Si quieres que nos llevemos bien, nunca, jamás de los jamases vuelvas a decir que parezco vieja.

—Vale, para ti la perra gorda —protestó a la par que le metía mano al jamón.

Le miré enfurruñada antes de continuar con el carnet.

—Aquí pone que vives en Toledo.

—Vivía —corrigió de malas maneras.

—Sí, recuerdo que Javier le dijo a Clara que te acababas de mudar a Madrid.

Me miró con recelo.

—Eso dijo, ¿eh?

En esa ocasión, fui yo la que me puse en guardia.

—Sí. ¿Acaso no debería haberlo mencionado?

—¿Qué más dijo? —preguntó a la defensiva.

—Poco más. Que eras el hermano de su novia y que apenas salías porque no tienes amigos y acabas de mudarte.

—¿Que yo tengo pocos amigos? —Y se echó a reír—. Desde luego, muchos más que él, y de los buenos, de los de toda la vida y de los incondicionales.

—¿Entonces por qué dijo eso?

Se encogió de hombros.

—Supongo que porque pretendía darle lástima a Clara para que aceptara la cita y así garantizarse una noche a solas con mi hermana. Ya sabes para qué.

—Pues lo consiguió. Al menos, lo primero.

—¡A Dios gracias! Al menos, lo primero. Para lo segundo...

Fue tal la cara que puso que no pude menos que reír. Fue cuando dejó de hacer el ganso y me miró con ternura.

—Estás preciosa cuando ríes, Elena. El mundo se llena de color cuando lo haces —añadió en un susurro ronco que provocó que algo dentro de mí se rompiera. Mi obstinación. Mis muros. Mis miedos. Mi cordura.

—Ñoñerías las justas —dije con desdén, una pose que se fue por el retrete cuando noté cómo mi rostro se ruborizaba por momentos por el cumplido.

—Pues no me provoques —protestó, herido en su orgullo. Tomó el carnet cuando se lo devolví y me señaló con la cerveza—. ¿Algo más que quiera saber la señorita?

—Estaría bien echarle un vistazo a tu declaración de la renta —bromeé, pero al ver que me miraba con suspicacia me avergoncé—. Disculpa, eso ha sonado muy superficial.

—Un poco.

Me coloqué el pelo tras las orejas y resoplé.

—A ver, un poco superficial sí que soy, o al menos precavida. Más que si tienes o no dinero, me interesa saber qué planes de futuro tienes, si eres un buscavidas o un vendedor de humos. Tengo claro que no voy a ser la mantenida de nadie, pero tampoco me interesa mantener a nadie.

Terminó de masticar y asintió.

—Tal y como has dicho, precavida, no superficial. Pues a ver, te cuento un poco por encima. Eventualmente vivo con mi hermana y mis sobrinos hasta que vendamos la casa en Toledo y pueda comprarme un apartamento. Ya le tengo echado el ojo a uno; te va a encantar, ya verás. En cuanto a mis ingresos, actualmente y de forma esporádica me llaman para tasar alguna obra de arte o validar su autoría.

—¿Eres experto en arte? —pregunté, aunque ya lo había imaginado.

—Bueno, me licencié en Bellas Artes y mi padre era anticuario, así que lo he mamado desde pequeño y durante unos años me dediqué a eso. Supongo que hasta que consiga mis sueños tendré que volver a hacerlo.

—¿Y cuáles son esos sueños?

Sus ojos relampaguearon de dicha.

—Dedicarme única y exclusivamente a pintar y tener mi propia exposición.

—Va-vaya... —exclamé, asombrada—. Así que eres pintor. ¿Y eres bueno?

—Pues, como experto en arte debo confesar que... Sí. Soy condenadamente bueno.

—Vanidoso —me reí.

—Realista —corrigió. Se miró el reloj y frunció el ceño—. Vaya, qué tarde es. ¿Algún dato más?

—Tu teléfono.

—Apunta —pidió.

Busqué el móvil en mi cazadora y anoté los números que me iba dictando. Después de escribir su nombre, lo miré con malicia y le di a llamar. Al

instante un móvil sonó. Él no hizo movimiento alguno, salvo sonreírme de forma traviesa y guiñarme un ojo.

—Vale, te tengo fichado.

—Y yo a ti, Elena. Y yo a ti.

Me di cuenta que era cierto. En todos los sentidos.

—Supongo que puedo llamarte a cualquier hora.

Negó con la cabeza.

—Si lo haces por la noche probablemente lo tenga apagado.

Me tragué la réplica, porque era muy directa y agresiva, así que decidí tantearle de forma más sutil.

—Para no molestar a tu hermana y a tus sobrinos, ¿no?

De tonto no tenía ni un pelo, así que sonrió y pinchó una patata.

—Por ejemplo —respondió.

Era una evasiva en toda regla.

—¿Y a nadie más?

Me miró fijamente mientras se metía la patata en la boca.

—¿Como a quién?

—A la que te llama por teléfono —respondí, ahora sí, de forma directa. Era tarde y estaba cansada de evasivas. La sutileza nunca había sido mi fuerte.

—¿La que me...? ¡Joder, cómo pica! —Le dio un gran trago a la cerveza y se abanicó la boca. Pensaba que iba a eludir mi pregunta, pero me sorprendió cuando dijo—: ¿Te refieres a la que me llamó el otro día?

—A esa, sí —respondí titubeando por su franqueza.

—Bah, no te preocupes. Es una tocapelotas, nada más.

Negué con la cabeza y me limpié la boca con la servilleta, que dejé de malas maneras sobre la mesa y con un suspiro de resignación.

—Ya lo decía yo: complicación.

—No te montes películas, Elena. De complicación nada. Es algo así como mi jefa, algo relacionado con mi vida profesional. Esta —dijo moviendo la mano de mí a él—, es mi vida personal, y una no debe interferir en la otra. Fácil. Simple.

—Pues no es tan simple cuando te marchaste corriendo cuando nos estábamos comiendo la boca.

Torció la parte nombrada con desagrado.

—Y yo te prometo que eso cambiará dentro de poco. No debes preocuparte por ella.

—¿Puedes jurarme, aquí y ahora, que no tienes novia?

—Mmm, no sé. ¿Eres mi novia?

—¡No!

—Entonces sí, juro que no tengo novia. Todavía —me advirtió.

—Vale. Tendré que creerte. ¿Y follamigas?

Alzó las cejas.

—Qué palabro más desagradable... No. Yo tengo amigas y tías a las que me follo. No me gusta mezclar churras con merinas.

—Vale. Y esas tías a las que te follas, ¿son ocasionales o hay alguna fija?

—Alguna fija sí que tenía. Tres o cuatro, creo. —Morí de celos, lo prometo. Y sí, también me puse roja de rabia. Él puso su mano sobre la mía y me miró con ternura—. Fíjate que he dicho tenía. Pasado.

—¿Cuánto de pasado?

—Desde que te conocí.

Gruñí por lo bajo, porque si lo que pretendía era enternecerme, lo estaba consiguiendo, y eso me ponía de mal humor.

—¿Se supone que tengo que caer desmayada a tus pies?

—No, por favor —pidió entre risas—. Me desagradan las princesitas. Yo soy más de guerreras. Como tú.

Y dale...

—Tampoco voy a echarme encima de ti.

—Lo sé. Al menos aquí. Aunque debo decirte que, si quieres, el baño está a un paso...

Suspiré de desilusión.

—Y todo se reduce a eso: a sexo.

—Como te dije en su día, no solo a sexo. ¿Que me muero por hacerlo contigo? Toma, pues claro. Sería un jodido mentiroso si dijera lo contrario. Pero quiero algo más.

Una parte de mí le creía. Otra no. La que mediaba entre ambas insistía en poner paz, sin éxito.

—Algo más, ¿como qué? —pregunté en un susurro cansado.

—No lo sé, niña. Pero quiero averiguarlo. ¿Y tú?

Suspiré entrecortadamente.

—Sí —me oí decir.

Él sonrió. Lejos de ser una sonrisa victoriosa, era una sonrisa cálida, tierna y, por qué no decirlo, un pelín asustada también.

—Entonces, ¿vamos? —insistió tendiéndome la mano para que se la cogiera.

Titubeé, pero era esta tan grande y firme, tan acogedora, que, con lentitud, se la agarré. Y aunque sabía que me estaba metiendo en un campo de espinos, dije:

—Vamos.

CAPÍTULO 8

Eran cerca de las doce cuando salimos del bar. Lo hicimos en silencio, sin prisa, con mi mano aferrada a la suya y dentro del bolsillo de su abrigo, algo que, presentía, se iba a convertir en una costumbre.

Era una noche despejada, pero gélida, una noche callada que invitaba a la reflexión.

Le miré por el rabillo del ojo, para encontrármelo con una expresión meditabunda y la mirada perdida en la nada, pero debió intuir que lo estaba mirando porque en ese instante ladeó el rostro y nuestros ojos se encontraron.

Él sonrió.

Yo bufé y clavé la vista al frente.

Porque sí, había aceptado su desafío, pero no había abandonado mis recelos. De hecho, estaba más en guardia que nunca.

—Estaba pensando —le oí decir al cabo de pocos segundos—, ¿qué haces este fin de semana?

—Cenas de empresa.

—¿Cenas? ¿En plural?

No pude menos que sonreír.

—Es lo que tiene ser multiempleada.

—Ah —exclamó con desilusión, pero luego me miró esperanzado—. ¿Y te acostarás muy tarde?

Me encogí de hombros.

—El viernes lo dudo, pues es la cena de las chicas de la biblio. Ahora, la del sábado, como iré con Clarita, acabaré a las mil. —Le miré de reojo—. ¿Por?

—Básicamente porque desde la tarde del viernes y hasta el sábado por la tarde lo tengo libre, por si te apetecía que nos viéramos.

Apetecerme me apetecía. Y mucho. Tanto como para plantearme mandar al cuerno la cena del viernes, pero bastante tensas estaban las cosas como para hacerles el feo.

—Bueno, como te dije, dudo que la cena del viernes se alargue. Si quieres podemos quedar el sábado para comer y...

—Quiero —expresó con ardor y deteniéndose. Se giró hacia mí. Pareció incluso tímido—. ¿Te apetece pasar el día en Toledo?

El pecho se me hinchó.

—¿Por qué Toledo?

Eché a caminar de nuevo, prácticamente cabizbajo.

—Bueno, llevo mucho posponiendo un asunto y creo que sería más fácil si tú estuvieras a mi lado.

—Ah —exclamé, pero luego carraspeé—. ¿Tan chungo es ese asunto?

—No, no. Es algo tan fácil como llevar las llaves de la casa de Toledo a la inmobiliaria. Mi hermana se encargó de ponerse en contacto con ellos para la venta, pero no ha tenido tiempo de ir a llevarles las llaves. Y yo... —Miró al suelo y luego a mí, para acabar susurrando—: Me aterra.

Asentí al creer su tesisura.

—Porque no quieres desprenderte de ella, ¿verdad?

Para mi sorpresa, negó con la cabeza.

—Yo soy el más interesado en venderla. No hay nada que me ate a ella, salvo muchos malos recuerdos.

Sentí que su voz se quebraba, así que le apreté la mano. Él sonrió.

—¿Ves? Te ha bastado con eso para darme ánimos. Sí, contigo será muchísimo más fácil. Así, de paso, te enseñé un poquito la ciudad. La verás como nunca antes la habías visto.

Me reí por lo bajo.

—Será la primera vez que la vea.

—¿Nunca has estado allí?

—Nunca. Y mira que Clara y yo lo hemos hablado mil veces, pero siempre nos han surgido otros planes.

—Pues entonces será doblemente especial. —Su rostro cambió de forma radical y una enorme sonrisa barrió la desolación que instantes antes le había atenazado—. Vas a conocer Toledo desde la perspectiva de alguien que ha vivido allí, que ha mamado su historia y que, además, al ser experto en arte, te va a poder ilustrar. Te enseñaré el Alcázar, y pasaremos por el barrio judío. Te mostraré el rincón donde besé a mi primera chica, y el bar donde me destrozaron el corazón por primera vez. Esta vez lo haré con una sonrisa, porque ya no será más que una anécdota que contar. Ah, y subiremos a la torre desde donde, de chicos, tirábamos globos de agua a los turistas.

Me reí con él. Y me di cuenta de lo agradable que era cuando conversábamos de esa forma, sin recelos, sin muros de por medio, sin preguntas que peligraban aquello que habíamos iniciado, se llamase como se llamase.

—Seguro que eras el peor de todos.

—¡Pues claro! —confirmó entre risas—. Era el más gamberro, el más fuerte, el más guapo, el que más ligaba, el más...

—Vanidoso.

—También. —Pese a la afirmación, lo dijo con humildad—. Estaba pensando que, si no te acuestas muy tarde, podríamos ir temprano, así nos da tiempo a ver más cosas, y luego comer tranquilamente. —Se relamió de una forma que me hizo vibrar. No sé por qué pensé en ese instante que me encantaría formar parte del menú—. ¡Qué ganas tengo de comer perdiz estofada, arroz a la toledana o carcamusas! Hace siglos no los pruebo.

Ahí fruncí el ceño.

—¿No decías que te acababas de mudar a Madrid?

—Sí, pero antes de venir no vivía en Toledo capital, sino en Ocaña —respondió con rapidez, demasiada, y con un tono de voz demasiado seco, tanto como para que, de nuevo, mis recelos regresasen. Pensaba que no iba a darme ningún tipo de explicación, por eso me sorprendió cuando continuó hablando—. No piso Toledo desde hace tres años, cuando murió mi madre.

—Lo siento —atiné a pronunciar.

Él respiró con dificultad, pero luego se recompuso y me apretó la mano.

—Gracias. Entonces, ¿te apuntas? Anda, por favor... —pidió como un niño.

—Qué remedio —claudiqué con un suspiro de fingido cansancio—. Si me lo pides así...

—Yo te lo pediría de otra forma —dijo lanzándome una mirada tímida y peinándose hacia atrás con la mano libre—, pero no quiero presionarte.

—Vamos, con lo que me viene ahora el señor —reprendí entre risas y mofándome un poquito de él. Necesitaba que volviera a ser el hombre risueño y borrar la sombra de tristeza que todavía nublaban su mirada por el recuerdo de su madre muerta—. Eres experto en presionarme, y a las pruebas me remito.

Chasqueó la lengua.

—Ya, pero eso fue antes de que me llamaras acosador.

—Y dale... No vas a olvidarlo, ¿verdad?

—Pues no. Voy en serio contigo, Elena, pero, hasta que no esté seguro, no daré ningún paso en falso.

—O sea, que si hay algún tipo de acercamiento, seré yo la que tenga que tomar la iniciativa, ¿me equivoco?

—Exacto. Al menos, hasta que esté convencido de que luego no me darás un guantazo, o un empujón, o me pegues una patada por debajo de la mesa o me llames acosador. Tengo que tener muy claras las señales para ser yo el que dé el primer paso.

Gruñí, porque yo era muy orgullosa. Asquerosamente orgullosa, lo sabía, pero a veces es muy difícil luchar contra la naturaleza de cada uno.

—¿Cómo de claras tienen que ser esas señales?

—Hasta que tenga tu lengua metida hasta mi campanilla. O eso, o un luminoso en la cabeza que rece: “Vía libre” en color verde.

Nos sonreímos.

El resto del camino lo hicimos prácticamente en silencio, yo pensando en mi lengua en su campanilla y él... Vaya usted a saber en qué estaría pensando. En nada bueno, a juzgar por su sonrisilla, que aumentó cuando llegamos a mi bloque de pisos y se detuvo frente a mí. Alzó la vista hacia nuestra ventana y luego la clavó en mí. Había intensidad en sus ojos ambarinos.

—¿Quieres subir? —me oí decir.

Para mi desilusión —y mi cabreo—, negó con la cabeza.

—Es tarde ya.

Fruncí los labios, molesta. ¿Acaso no era eso una señal?

—Entonces, buenas noches.

—Buenas noches, Elena.

Y se quedó ahí, erguido, mirándome, a la espera.

Y así estaba yo también. Erguida. Mirándolo. A la condenada espera.

Y supe que iba en serio, así como que, si se lo proponía, podía ser muy cabezón. Tanto como yo orgullosa. ¿Tanto? Imposible.

—Hasta el sábado —fueron mis últimas palabras, antes de girar sobre mis talones y perderme en el portal.

El conserje me saludó, a lo que yo respondí mascullando. Entré en el ascensor como un tropel, y justo cuando se cerró la puerta, cuando estaba a punto de pulsar el botón del sexto piso, mi orgullo se vino abajo.

—Mierda —murmuré al tiempo que dentro de mí se libraba una batalla: las ganas de imponerme a él y las de besarle.

—Mierda, mierda, mierda —repetí un segundo antes de lanzar un rugido exasperante y empujar la puerta del ascensor para ir en su busca.

Fue curioso; no sentí que estaba perdiendo la dignidad, ni vi mi orgullo mancillado. Al contrario, cuando salí a la calle y giré la esquina y lo vi bajando las escaleras del metro, sentí una loca alegría por no haber perdido

—aun— la oportunidad de besarle.

—¡Pedro! —llamé.

Él alzó la cabeza y, al verme, sonrió de oreja a oreja. Subió los escasos peldaños y se quedó a la espera de que yo llegara. Y, cuando lo hice, me quedé paralizada, sin saber qué decir. Sin saber cómo romper el hielo. No sabía si besarle directamente o...

—Dime, Elena —fue el primero en hablar. Y volvió a quedarse ahí plantado. Siempre a la expectativa.

—Pues... —Me retorcí las manos, ignoraba si por el frío, o por los nervios—. No hemos concretado la hora.

Me felicité por la respuesta, algo que, por otro lado, era cierto.

—Es cierto. Si por mi fuera quedaríamos a las diez, para estar allí a las once y que nos diera tiempo de ver más cosas. Pero quizá es muy pronto para ti.

—A las diez está bien.

—Genial. Entonces, hasta el sábado.

—A las diez.

—En eso hemos quedado.

Apreté los labios con fuerza cuando vi que no hizo ningún amago de acercarse; ni una inclinación hacia mí, ni una mirada golosa sobre mis labios... Nada de nada.

—No me vas a besar, ¿verdad?

Pareció meditar la respuesta.

—No seré yo quien lo inicie.

—Oh, por Dios, eres exasperante —dije antes de pegarme a él, ponerme de puntillas, agarrar el cuello de su abrigo y obligarle a que agachara la cabeza.

Justo antes de que nuestros labios se encontraran, sonrió. Era la suya una sonrisa victoriosa, algo que, contra todo pronóstico, no me molestó. No, porque en esa batalla de voluntades ambos habíamos salido ganando, porque nuestro fin era el mismo. No, en ese momento no éramos enemigos; éramos aliados.

Y cumplió lo prometido, pues se mantuvo inmóvil hasta que mi lengua rozó la suya, momento que perdió el control y me estrechó entre sus brazos y me besó como si ese día fuera el fin del mundo.

Nos separamos al mismo tiempo, conscientes del lugar y de que estábamos a un parpadeo de perder el control. Su boca se despegó de la mía, pero no su

cuerpo, que insistía en retenerme un instante más.

Jadeando, nos miramos a los ojos, donde vimos ganas de mucho más.

—Buenas noches, Pedro —atiné a pronunciar.

—Ahora sí que lo son.

Me dio un suave beso en los labios y se apartó de mí, reticente. Viendo que era inútil alargar el momento —no, sin perder la compostura—, carraspeé y di un paso hacia atrás.

—Dulces sueños —dije antes de echar a andar.

Por dos veces miré hacia atrás, para encontrármelo ahí parado, con el vaho saliendo de su boca de forma entrecortada y las manos en los bolsillos. Cuando giré la esquina y me metí en el portal, tuve una extraña sensación de pérdida.

Y lo peor fue descubrir que lo que estaba perdiendo era, en realidad, una parte de mí.

Que le había dado algo que sabía que nunca, jamás, podría recuperar.

¿Qué? Lo ignoraba. Pero acojonaba. Y mucho.

CAPÍTULO 9

Me moría de nervios.

Mi cuarto desordenado y con miles de prendas sobre la cama era la prueba de ello. Apenas eran las nueve y media, pero yo llevaba levantada desde las siete, cuando estimé que dormir era una pérdida de tiempo con todo lo que tenía que hacer. Por supuesto, ignoré a esa voz de marisabidilla que me hizo ver, cerca de mil veces, que estaba tardando más en arreglarme para esa cita que para la cena de la noche anterior.

De hecho, recalcó, más que para cualquier evento que hubiera tenido jamás.

—¡Madre, qué leonera tienes aquí liada! —exclamó Clara entrando al cuarto y tirándose sobre la cama, sin importarle la montaña de ropa que había sobre ella, con ese aire despreocupado que la caracterizaba, hasta que sus ojos se toparon conmigo—. ¿Pero dónde vas así vestida, insensata?

Me miré y luego a ella.

—¿Voy muy mal?

—Brutal para una cita cualquiera. ¿Pero para visitar una ciudad en la que hace un frío que pela? Inapropiada. ¿Cómo se te ocurre ir con falda? ¿Y con esos botines!?

Me desinflé, porque me había costado mucho elegir el modelito. De hecho, la friolera de una hora.

—Es que, para una vez que salgo con un chico mucho más alto que yo, quería aprovechar la oportunidad de ponerme tacones —me excusé sentándome junto a ella—. Además, quería que me viera bonita. Sexy —recalqué.

—Otro día. Hoy es día de ir cómoda, pero con glamour. Informal, sí, pero sin perder la clase.

—¿Vaqueros? —aventuré. Me los había probado todos y ninguno me había convencido.

Clara lo estuvo pensando un rato, hasta que se levantó de golpe y fue al armario.

—Qué soso. Pero qué soso todo. A ver si alguna vez te animas con algo de color —regañó—. ¡Ah, esto es perfecto!

La miré, maravillada. Había elegido unos pantalones de estampado vichí

en blanco y negro y con pelo por dentro, un jersey de lana negro de cuello tortuga y unas botas Wellington.

—Esto te lo pones con la cazadora de ante y borreguito por dentro y la boina y la braga de lana blancas y lo dejas muerto. Estás muy tonta —regañó—. No sé ni cómo no ha sido en lo primero en lo que has pensado.

En eso tenía razón. Era siempre yo la que asesoraba a Clara, menos en el color: para ella todo era rosa, y de ahí no la sacabas. Al ver la ropa sobre mi cama y ver que todo era en blanco y negro, me dije que yo también era de ideas fijas. Quizá, alguna vez, debería salir de mi zona de confort y aventurarme con algo de color. Me prometí hacerlo la próxima vez que saliera de compras y convencer también a Clara.

Me reí por tamaño absurdo, hasta que un pitido de mi teléfono hizo que diera un respingo. Prácticamente me abalancé sobre él.

—Puñetas, es Pedro. Dice que cuando llegue me da un toque al telefonillo, pero que no sube para no tener que aparcar, que me espera abajo en... ¡cinco minutos!

—Pues que espere.

La amonesté con la mirada. Para mí era impensable llegar impuntual a una cita. Era una falta de respeto que no soportaba, ni en los demás, ni en mí misma.

Me dispuse a desvestirme para ponerme el conjunto que Clarita había elegido, pero con las prisas la cremallera del vestido se me quedó enganchada en el pelo y por poco me quedé calva de los tirones que di. No tenía tiempo para chiquilladas —ni para nada en general—, por eso no maté a Clara cuando comenzó a reírse de mí sin ninguna intención de ayudarme. Es más, cuando sonó el telefonillo, ni me despedí, sino que cogí el bolso, metí los guantes y salí disparada.

Antes de salir del portal, me obligué a tranquilizarme y a aparentar una indiferencia que estaba muy lejos de sentir, intento que se fue al traste cuando salí y lo vi frente a la puerta, apoyado en un Renault Scenic rojo y con una sonrisa de pirata.

—Hola —saludé cuando llegué a él.

Y dudé. ¿Qué hacer? Darle dos besos me pareció ridículo, y uno en los labios muy atrevido por mi parte.

—Qué guapa —dijo mirándome de arriba abajo—. Pero qué guapa estás.

Me mordí las mejillas por dentro para no sonreír como una idiota por el cumplido. Contra el rubor de mi rostro no pude hacer nada. Deseé que él lo

achacara al frío, porque sí, estábamos cerca de bajo cero. Pero no, mis deseos fueron ignorados, porque él sonrió aún más y sus ojos chisporrotearon de malicia.

—¿Nos vamos? —pedí de malas maneras.

No pude evitarlo; siempre que me ponía nerviosa, o me sabía pillada, me defendía de la mejor forma que sabía: siendo desagradable. Más de lo que tenía por costumbre.

Me abrió la puerta del copiloto y esperó a que subiera. Mientras me ponía el cinturón él ocupó su asiento y puso el coche en marcha.

—¿Qué tal ayer? —fue lo primero que preguntó, supongo que para romper el hielo.

—Bien. Al final hasta me lo pasé bien.

—¡Milagro! —se guaseó.

—Y tanto. Pero oye, cómo cambia la gente con un par de copas de vino. Mi jefa, que por norma general es una arpía amargada, fue la reina de la fiesta.

—Supongo que para eso son este tipo de cenas; para conocerse un poco mejor y limar asperezas.

Chasquéé la lengua.

—No soy tan ingenua como para creer que ahora seremos amiguísimas de la muerte. Es más, me aventuro a decir que después de la que montó se volverá aún peor para borrar la imagen de descerebrada que dio, sobre todo si recuerda lo del *boys*.

—¿Hubo *boys*? —quiso saber.

—¿Celoso?

—Pues no —confesó con un encogimiento de hombros—. No estarías aquí si alguno te hubiera hecho tilín.

—Y que tilín —repetí entre risas—. Mira que eres antiguo. Pero no, lo cierto es que a mí eso de ver un musculado contoneándose como que no me pone.

—Vale, entonces tendré que tachar de mi lista lo de hacerte un *estriptis*.

—Se te vería ridículo —me reí, pero cuando me lo imaginé, fruncí el ceño. No supe por qué, pero carajo, qué condenadamente sexy lo vio mi lasciva mente.

—Entre otras cosas, porque se me da fatal bailar.

—Disculpa, ¿el señor Vanidad está confesando un defecto o son imaginaciones mías?

Me miró de reojo y sonrió.

—Error. Bailar es un arte, que se tiene o no, pero no una virtud, por lo tanto, no puede considerarse un defecto. Es solo un... ¿impedimento?

—Incapacidad, más bien. Me gusta eso.

Frunció un poco el ceño.

—¿Que sea incapaz de bailar?

—No. El buen uso que sueles hacer de la Lengua.

—Joder —susurró—. ¿Sabes lo condenadamente sexy que ha sonado eso?

Demasiado tarde me di cuenta del doble sentido de mis palabras, sobre todo cuando él sonrió como un canalla y chasqueó la lengua.

—Me encantas —susurró mirándome y sacando levemente la punta.

Malditas las ganas que tuve de besarle en ese mismo instante. Maldito el semáforo que aprovechó para ponerse en verde. Y maldito mi orgullo que me impedía rogarle que parase y así desayunármelo entero.

Porque no, no había desayunado, y mis tripas aprovecharon ese instante para protestar por haberme olvidado de ellas, de una forma tan escandalosa que hasta yo pegué un respingo. Pedro me miró perplejo. Yo comencé a toser para disimular.

—Eh... ¿ponemos música? —solicité, muerta de vergüenza y todo lo dignamente que me permitió la situación.

Pedro suspiró y me miró de reojo antes de darle al play del reproductor del coche. Tan pronto lo hizo, y dado que mis tripas estaban montando su concierto particular, me apresuré a subir el volumen, porque lo tenía muy bajito. Cuando reconocí al cantante, alcé una ceja, escéptica.

—¿Bisbal?

—Es el coche de mi hermana —me informó—. Así que esto es lo que hay, porque la radio no funciona.

—No, si a mí Bisbal me gusta. A ratos. Algunas canciones. Dos —precisé.

—Bueno, podemos poner si quieres grandes éxitos infantiles volumen uno y dos, si lo prefieres. Creo que está en la guantera.

—Me quedo con Bisbal. Qué remedio.

De soslayo lo vi sonreír, pero luego agrandó los ojos cuando vio algo, no supe qué.

—¡Cojonudo! —exclamó.

Iba a preguntar cuando de pronto dio un volantazo que me arrancó un grito, se colocó en el carril de la derecha y dio un frenazo que me impulsó hacia delante.

—¡¿Pero qué haces?! —grité, asustada cuando el coche se detuvo.

Él se había quitado el cinturón y había empezado a abrir la portezuela.

—Ahora vuelvo.

Y me dejó allí, con el coche en doble fila y sin saber por qué había salido corriendo ni adónde había ido. Estuve buscándolo con la vista durante un buen rato, pero no había ni rastro de él. Comencé a ponerme nerviosa, sobre todo porque había dejado el coche plantado casi en mitad del carril y entorpecía la circulación y no hacían más que pitarnos.

El colmo llegó cuando un señor con cara de muy malas pulgas gritó que moviese el coche porque tenía que salir —cito textual— echando leches.

Yo lo hubiese movido encantada, solo por no escucharle vocear, pero había un problema: no sabía conducir.

—Disculpe, mi amigo no tardará en llegar —le informé, pero el tipo no atendió a razones, porque se puso a gritarme yo que sé de poco civismo y de avisar a la policía. Y ahí me entró el pánico.

—Espere, hombre, si me dice cómo hacerlo yo lo muevo.

El hombre bufó, pero realmente debía tener prisa, porque se puso a darme instrucciones.

Hecha un manojo de nervios, me coloqué en el asiento del conductor, haciendo malabarismos para no darle a la palanca de cambios, y me dispuse a seguir sus indicaciones. Ya había pisado el embrague cuando la puerta del conductor se abrió de golpe.

—¿Qué haces? —preguntó Pedro al verme allí sentada.

El suspiro de alivio que solté fue chico.

—Iba a mover el coche para que aquí el colega pudiera salir —informé al tiempo que me cambiaba a mi asiento—. Menos mal que has venido. Anda, vámonos antes de que el energúmeno este llame a la poli.

Pedro se puso ligeramente blanco, pero, tras alzar la mano hacia el hombre en señal de disculpa, se metió en el coche y me tendió una bolsa que olía maravillosamente bien y que desprendía calor.

—¿Qué es esto? —pregunté abriéndola ligeramente mientras él se ponía en marcha.

—Yo alimentar hembra —dijo cual cavernícola.

Ahí empezamos a reírnos los dos, pero entonces descubrí el mayor de los tesoros: una taza humeante de chocolate y cerca de media docena de churros.

—Y así es como se conquista a una dama —confesé antes de meter mano a mi desayuno.

Pedro se golpeó el pecho y lanzó un alarido, cual Tarzán, momento que

aprovecharon mis defensas para venirse abajo.

El viaje fue corto y un tanto... mmm... picante, porque Pedro no paraba de tirarme pullas de índole sexual. O eso, o yo estaba tan necesitada de sexo que tenía la mente más verde que una Heineken y no cesaba de caer en su juego de palabras, sobre todo cuando llegamos a Toledo y en el Parking me hizo ver que tenía la boca machada de chocolate. Rauda, cogió un clínex y, cerniéndose un poco sobre mí en el asiento, comenzó a limpiarme.

Lo hizo de forma tan dulce y cuidadosa, y tan provocativa —sobre todo cuando jugó con mis labios—, que me estremecí y me enternecí al mismo tiempo.

—Gracias por el desayuno. Estaba buenísimo.

—Y tanto que debía estarlo. Anda que me has dejado un churrito —se quejó en broma.

—Estaba famélica —me excusé, aunque inmediatamente me retracté—. Bueno, por eso y porque soy de buen comer, sobre todo el dulce.

Sus ojos chisporrotearon de malicia.

—Si es así, tengo algo para ti que te va a gustar —ronroneó acercándose más a mí y a un suspiro de mis labios—. ¿Te hace una chupadita?

—¡Pedro! —amonesté al tiempo que le empujaba.

—¡Elena! —imitó él mi tono de voz agudo e indignado.

—Eres un guarro —insistí yo mientras me removía muy digna en el asiento.

—¿Por qué? —preguntó con enojo simulado.

—No creo que tenga que responder a eso. —Miré por la ventanilla y resoplé—. Todos sois iguales. Andáis como locos porque os coman la polla.

Pedro tosió de forma fingida y me miró escandalizado.

—¡La po...! —Volvió a toser y compuso un gesto enfurruñado—. Pero qué mente más sucia tienes. Me refería a esto.

Se metió una mano al bolsillo y sacó una piruleta en forma de corazón.

—Idiota —regañé arrebatándosela y prácticamente desgarrando el envoltorio.

Salimos del coche, él riéndose y yo rumiando mi piruleta. Pedro continuó regañándome entre risas y yo ignorándole, muy feliz con mi piruleta, mientras subíamos por una calle empinada, tanto que agradecí mentalmente a Clarita su elección de calzado.

Lo primero que hicimos fue ir a la inmobiliaria, donde una chica nos recibió con un grito de dicha y una sonrisa de oreja a oreja.

Eso no me molestó.

Que espachurrara a Pedro, hasta el punto de incrustarle sus tetazas en el pecho, sí.

Creo que él fue consciente de mi descontento, porque me miró y me guiñó un ojo.

—Joder, Peri, qué abandonados nos tienes —estaba diciendo la chica—. ¡Ya era hora de que te viéramos el pelo! Por cierto, ¿qué te has hecho? Me gusta. Y esa barbita de guarro te queda ideal. ¡Verás cuando te vean los chicos! ¿Les has avisado que ibas a venir? Seguro que no, con lo que te gustan a ti las sorpresas. Y hablando de sorpresas, ¿sabes quién se casa? Flípallo, Fer. ¡Joder, no me puedo creer que estés aquí? Cuando dijiste que ibas a entregar las llaves pensé que las enviarías por mensajero, así de despegado eres. Esto hay que mojarlo, ¿eh? Pásate luego a la una por el bar del Tuerto, que hemos quedado ahí. —De pronto pareció reparar en mí por primera vez, porque frunció el ceño, pero luego sonrió ladinamente—. ¿Y esta quién es?

—Elena —dijo Pedro, que parecía inmune al acoso y derribo de la muchacha, pero entonces me agarró de la mano. Creo que eso puso nombre no a quién era yo, sino a lo que era para él.

—Encantada, Elena —dijo ella dándome dos besazos y un abrazo afectivo—. Yo soy Paula. Te llevas buena pieza. No hagas caso de las habladurías.

Fui consciente de la mirada de advertencia que Pedro le lanzó, a la que Paula reaccionó con un carraspeo y un ligero sonrojo.

—¿Qué habladurías? —quise saber.

—Ya sabes; cosas de barrio. Probablemente hoy oirás muchas burradas de él, pero ninguna se acerca a la verdad.

Pedro meneó la cabeza, casi con resignación.

Casi con miedo. Y eso me alarmó.

De forma algo brusca, un tanto cautelosa, Pedro se la llevó a un aparte y comenzaron a tratar el tema de la casa. Cuando le entregó las llaves, prometió pasarse por el Tuerto y se despidió con un par de besos y un abrazo.

Ya cuando salíamos, la vi mirarle con tristeza a él y con esperanza a mí. No supe qué pensar de ello.

Tampoco del hecho de que Pedro se quedara inusualmente callado mientras caminábamos, tanto que, en esa ocasión, me resultó incómodo.

—¿Todo bien? —pregunté.

Él pareció volver de algún sitio lejano, porque tan pronto sus ojos se posaron sobre mí su rostro se iluminó.

—Nostalgia, nada más.

—Se la ve buena chica —sondeé.

Él asintió.

—La mejor. Excluyendo lo presente —añadió rápidamente. Al fin vi la risa bailar en sus ojos ambarinos.

—Eso lo dices para quedar bien. Parece que estáis muy unidos.

En esa ocasión sus labios se ladearon en una sonrisa canalla.

—Hubo un tiempo que en el pleno sentido de la palabra.

Ya dije que soy espontánea por naturaleza, por eso no pude detener el gritito indignado que me salió de lo más profundo de mis entrañas.

—¡Te la follas!

Pedro chasqueó la lengua.

—Escuchas lo que quieres, Elena. He dicho: hubo un tiempo.

—Pero te la follabas —insistí, muerta de celos sobre todo cuando recordé sus tetones aplastando su pecho en un abrazo demasiado íntimo para dos amigos.

—A todas horas —pinchó, agravando mis instintos asesinos, más cuando pareció regocijarse en el recuerdo—. En esa época estaba un poco salido.

—Como si ahora no lo estuvieras.

—No tanto como entonces. El despertar del sexo es muy jodido para un adolescente.

Entrecerré los ojos.

—¿Cómo de adolescente?

—No sé. Dieciséis o diecisiete años. Comenzamos a salir muy jóvenes.

—Ah...

Sonrió cuando vio que yo me relajaba. Algo. Siempre he pensado que mis celos podían resultar enfermizos.

—Ella fue la primera en todo; la primera a la que besé, la primera con la que acosté y la primera que me rompió el corazón.

Le miré asombrada.

—Pues no lo parece. Tenéis muy buena relación.

Asintió.

—Eso es porque me hizo ver que lo nuestro era más amistad que amor, aunque al principio dolió como mil demonios.

Me quedé pensativa.

—Así que todo Toledo te recuerda a Paula —musité, decaída.

Pedro se detuvo y me obligó a enfrentarlo. Me acarició la mejilla y me miró con ternura.

—A partir de ahora me recordará a ti. —Hizo amago de besarme, pero pareció recordar su promesa y se apartó, no sin cierta reticencia. Fue solo un instante, porque al segundo sus ojos brillaron con malicia—. Claro, que molaría más si alguno de esos recuerdos tuviera banda sonora propia.

—¿Como cuál?

—Tus gemidos, mis gruñidos, algún ¡Oh, Dios, sí!, alguna burrada de las mías... Ya tú sabes.

—Siempre estás pensando en lo mismo —regañé entre risas.

Me atrajo más hacia él, meloso.

—Piénsalo. Tú, yo, las torres de la Reina y...

—Turistas —añadí—. Va a ser que no.

—¿Ni siquiera un besito? —pidió, zalamero.

—Tal vez si te portas bien.

Me apretujó más y miró mis labios. En esa ocasión, fui yo la que busqué los suyos, pero fue un beso muy breve, pues estábamos en plena calle y la gente nos miraba.

—¿Con lengua? —insistió.

—Claro —asentí rozando de nuevo su boca con la mía. Me moría por besarle.

—Y... ¿toqueteo?

Rompí a reír.

—No puedo creer que estés pidiéndome permiso para meterme mano.

—¿Lo tengo?

—Sí —dijo mi subconsciente antes de que pudiera refrenarlo.

Pedro fingió estremecerse, pero luego sonrió. Tiró de mí y comenzó a caminar de nuevo.

—¿Sabes qué, Elena?

—Dime, Pedro.

—Tú también tienes permiso para meterme mano. —Me miró de soslayo y puntualizó—: Cuando quieras, donde quieras, como quieras.

—Tú nunca paras, ¿no? —regañé.

Él negó con la cabeza y me miró muy serio.

—No. No lo haré hasta que te desnudes para mí.

Hubo algo en su voz que me hizo preguntarme si estaba hablando de sexo o de algo más profundo. Y cuestionarme eso me resultó peligrosísimo, porque temía que la respuesta me llevase a un descubrimiento poco alentador: estaba perdiendo la chaveta por él.

Y ahí fue cuando me puse lívida, cuando, sí, reconocí que la atracción que sentía por él iba mucho más allá de lo que quería admitir. Y me entró el pánico, al que eché con un enérgico movimiento de cabeza.

—Te ha llamado Peri —comenté de golpe, solo para cambiar de tema y alejar mis dudas y mis miedos.

—Todo el mundo me llama así, salvo unos pocos conocidos que me llaman Perico.

Hice un mohín con los labios.

—Peri me gusta. Perico no. —Sonreí de forma traviesa—. Clarita te llama el de los Palotes.

—Qué cruz, por Dios. Qué cruz —gruñó con desagrado, pero luego suspiró—. Pero fíjate que prefiero que me llamen así a que me llamen Pedro.

Pegué un respingo.

—Yo te llamo Pedro.

En esa ocasión, sonrió de oreja a oreja.

—Ya te dije que me gusta que tú me llames así. Cuando lo haces me siento especial, no como cuando me lo llamaba...

Agitó la cabeza, pero se detuvo de golpe y sus ojos se enturbiaron.

—¿Quién, Pedro?

Sin mirarme, señaló con la barbilla al otro lado de la calle. Ante mí vi una casa de dos plantas, cerrada a cal y canto. En la parte inferior había un comercio, clausurado también, con un letrero en fondo negro y letras en color oro que ponía: “Antigüedades Hidalgo. Desde 1880”.

—Mi padre —le escuché decir después de una eternidad, con una voz rasgada y llena de desprecio que me asombró.

Le miré. Su semblante parecía esculpido en mármol, rígido. Sus ojos, por norma general de un color ámbar brillante, estaban apagados, viendo algo que solo él veía; quizá un pasado non grato. Quizá reviviendo un mal sueño.

Tragué saliva con fuerza, porque no me gustaba verlo así. Le apreté la mano y busqué sus ojos.

Era increíble el poder que yo debía ejercer sobre él, porque tan pronto me vio, salió de su pesadilla particular y sus ojos volvieron a tener ese fulgor cálido y acogedor que tanto le caracterizaba.

—Ya pasó. Ya todo está bien —dijo correspondiendo al apretón de mi mano—. ¿Ves? Sabía que contigo sería todo más fácil.

—¿Quieres hablar de ello... de él?

Pedro negó con la cabeza.

—Hoy no. Hoy es día de pasear por mi amada Toledo, comer hasta reventar y esperar a cada instante que mi chica se digne a besarme.

Y ahí fue cuando lo besé.

Y ahí fue cuando, sin pretenderlo, le entregué mi corazón.

CAPÍTULO 10

Clara tendía a decir que yo misma boicoteaba mis instantes de felicidad, y en el fondo sabía que tenía razón, porque pese a las risas, a la charla animada y la espléndida compañía yo me sentía en guardia. Era como si no me creyera que aquello fuese real, que alguien tan imperfecto fuera tan perfecto para mí, como si esperase que, de un momento a otro, Pedro cometiese un error para poder decirme a mí misma: «¿Ves? Lo sabía.»

Y juro por Dios que una parte de mí, la romántica, la ingenua, la niña de ocho años que aún vivía en mí, deseaba darme un zas en toda la boca, que el cuento de hadas que me había creado tuviera un final feliz con perdices.

Sí, por una vez me hubiera gustado contagiarme del rosado mundo de Yupi de mi amiga Clara, pero a veces una frase lo tira todo por tierra.

Fue en el bar del Tuerto.

Nada más traspasar la puerta fui testigo del cariño que le tenían a Pedro, pues se pusieron a gritar y a abrazarlo. Pronto todos sus amigos —la friolera de veinte—, le hicieron un corrillo y comenzaron a hablar a la vez. Pedro disfrutó del momento, y por un momento pareció olvidarse de mí, pero no me importó. Tenía los ojos nublados por la emoción y una sonrisa de dicha que no había visto antes en él. Entendí que hacía tiempo que no los veía y que ese era su momento, así que me quedé al margen y dejé que disfrutara de sus amigos, pero él me vio en ese instante e hizo que me adelantase para presentarme.

—Chicos, este pibonazo es Elena.

Veinte pares de ojos se posaron en mi persona, haciéndome sentir muy incómoda. Uno a uno fueron presentándose, dándome dos besazos demasiados efusivos para mi gusto.

—¿Es tu novia? —preguntó uno de los chicos, uno muy bajito comparado con Pedro, pero desde luego mucho más atractivo. Me prometí hacérselo saber luego a Pedro solo para pincharle.

—Pues no sé —respondió Pedro, para mi disgusto—. Elena, ¿ya sí eres mi novia?

Gruñí, por ponerme entre la espada y la pared. Me sonrojé, sobre todo cuando vi que todos esperaban mi respuesta. Lo hice más aún cuando, ante mi tardanza en responder, algunos me miraron con malas pulgas. Y aumentó mucho más cuando vi que Pedro esperaba mi respuesta con una sonrisa de

pirata que me puso de muy mal humor.

—Ya veremos —me oí responder.

—Eso es un sí —dijo un rubio de cuyo nombre no me acordé.

—Es muy guapa —dijo otro moreno.

—¡Y muy alta! —dijo el pequeñajo.

—A mí me recuerda a alguien, pero no sé a quién —apuntó otro.

—A la joven de la perla —oí una voz femenina a mi espalda. Cuando me giré, vi que se trataba de Paula, que por lo visto ya había terminado su jornada laboral y que tal y como hiciera en la inmobiliaria nos abrazó a Pedro y a mí —. ¿A que sí, Peri?

—Igualita —confirmó mirándome con intensidad.

—Brutal —dijo el pequeñajo, que justo recordé que le llamaban el Picachu—. Estás totalmente pillado, Peri.

—Ya me tocaba —respondió Pedro con resignación, tanta que le amonesté con la mirada, pero entonces Paula comenzó a hablarme y perdí la ocasión.

Creo que ya no pude decir nada, tal era el torrente de palabras que salían de la boca de Paula, tanto que me volvió loca, saltando de un tema a otro y hablando de gente que no conocía. Sin embargo, debo confesar que con su cháchara me sentí integrada al grupo, aunque apenas dije esta boca es mía. La cuestión fue que, pese a ser una mera espectadora, disfruté del momento, hasta que escuché dos palabras que lo cambiaron todo.

Aproveché que Paula me dio un respiro para ir al baño. Cuando volví, Pedro estaba detrás de mí, hablando con un tal Quico, que parecía ser de todos su más mejor amigo.

—¿Lo sabe? —estaba preguntando Quico.

—No —fue la seca, y categórica, respuesta de Pedro.

Quico en ese momento me vio y cambió radicalmente de tema, pero ya había activado todas mis alarmas.

¿Qué era lo que tenía que saber? ¿Y por qué Pedro no quería que lo supiera? ¿Lo sabría algún día?

Alguien me puso una cerveza en la mano, no supe quién. Airada, prácticamente me la bebí de un trago. Creo que Pedro se percató de mi estado nefasto estado de humor, porque me miró y se excusó de sus amigos diciendo que tenía reserva a las dos. Tan pronto salimos, espeté:

—¿Qué tengo que saber?

Era un actor de primera, porque me miró como si no supiera a lo que me estaba refiriendo.

—¿Qué cosa?

—No sé. Oí a Quico preguntarte que si lo sabía.

El muy cretino se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea a lo que se refería.

—Pues para no saber has respondido muy rápido que no.

—Para quitármelo de en medio. A veces en un poco cansino. Mira —dijo de pronto y señalándome una pared—. Eso lo hice yo.

Iba a amonestarle por cambiar de tema cuando mis ojos se toparon con la pared y con la maravillosa obra de arte que habían pintado en ella: un atardecer en el Alcázar al más puro estilo impresionista.

—Oh, vaya... —musité, impresionada—. ¿En serio lo pintaste tú?

—Ya te dije que soy muy bueno —replicó con orgullo.

—Muy bueno —confirmé acercándome a la pared—. ¿Cuándo lo hiciste?

—En mi época de grafitero. No sé, con trece o catorce años.

Me giré hacia él, sorprendida.

—¿Trece...? Joder...

—Qué le vamos a hacer... Soy un superdotado —. Mi miró con picardía y alzó repetidamente las cejas. Yo bufé.

—Cuando lo vea lo creeré —repliqué.

—Si Dios quiere pronto lo verás.

—Hablamos de tu obra, ¿no?

—También —respondió entre risas—. Y debo avisarte que lo vas a flipar. Y no solo hablo de mi obra.

—Eres de un engreído que da asco. Y no cambies de tema. ¿Qué es lo que no sé? —insistí.

Me miró enfurruñado.

—¿Y quién dice que estábamos hablando de ti?

—Ops...

Ahí tuve que darle la razón. Bien podían estar hablando de mí como de... vete tú a saber de quién.

—Intuición —me defendí.

—Yo lo llamaría mejor curiosidad. Ojito con ella. Ya sabes que mató al gato.

Me detuve y lo enfrenté.

—¿Sabes qué otra cosa mata, Pedro? La falta de confianza.

—Bueno saberlo. —Me dio un beso en la nariz y sonrió—. Y vámonos ya a comer. Me muero de hambre.

Comencé a andar, negando con la cabeza.

—Algún día tendrás que hacerlo, Pedro.

—¿El qué?

—Confiar en mí. No puedes pedirme confianza si no me la profesas.

—Y lo haré.

—¿Cuándo?

Me guiñó un ojo.

—Cuando te desnudes para mí.

Resoplé de puro cansancio.

—Y todo se reduce siempre a sexo.

—Mmm... Creo que no hablamos en los mismos términos. Entonces, ¿qué? ¿Te ha molado mi obra de arte?

Juro por Dios que quería pasar un buen día, y solo por eso dejé pasar el tema, pero las dudas siguieron ahí, planteándome mil preguntas, a cada cual más descabellada, odiándole a él por ser tan enigmático y a mí por ser tan paranoica.

Pedro se puso a hablar entonces de la arquitectura de la ciudad, del Greco, de la técnica del claro-oscuro que empleaba, de sus obras favoritas y de las ganas que tenía de poder hacer una exposición.

—Ya tengo nombre y todo.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

—Sorpresa.

Sonreí, pese a mis reticencias.

—Sorpresa —repetí—. No sé qué pensar de ello.

Él me miró sin comprender.

—¿Eh? No, no, el nombre no es sorpresa. Digo que es una sorpresa.

Me sentí un poco tonta, pero lo disimulé con un ataque, como era habitual en mí.

—Pues deberías planteártelo. “Sorpresa” suena bonito, evocador, atrayente. Claro, que sin ver tu obra tampoco puedo opinar mucho.

—Esa sí qué será una sorpresa.

Hice un mohín con los labios.

—Pues ya es mala leche la tuya. Podrías, qué menos, que enseñarme alguna de tus obras.

—Aún no.

—O lo haces tú, o lo hago yo por mi cuenta.

En esa ocasión se rio por lo bajo.

—¿Y cómo lo harías?

—Pues... Lo típico. Te busco en Facebook o en Instagram y cotilleo tus fotos.

—No tengo nada de eso.

Me detuve, asombrada.

—¿No tienes redes sociales?

—Qué va. —Habíamos llegado al restaurante, por lo que se calló hasta que estuvimos sentados—. A mí eso del mundo virtual no me va mucho.

—Pues deberías planteártelo. Si lo enfocas desde un punto de vista profesional, puedes llegar a mucha gente. Si no conoces el mundillo puede resultar aterrador, pero una vez lo controlas es pan comido.

—No, si razón no te falta. Pero tengo la impresión de que debe ser un engorro. A mí me gusta más el tú a tú. No sabría cómo promocionarme. Me sentiría como pez fuera del agua.

—Pues deja que alguien lleve tus redes por ti. Siempre puedes tirar de comodín y buscarte un community manager.

—¿Tú?

Sonreí cuando lo pidió de esa forma tan sexy.

—Solo si pagas bien.

—Ah, ¿que eso se paga?

—Y muy caro. De hecho, has de saber que es una de las salidas de mi carrera.

Pedro pareció pensárselo. En ese momento apareció el camarero para tomarnos la comanda.

—Pon precio —me dijo tan pronto se fue.

—Ya lo hablaremos más despacio. Por lo pronto, para aceptar el trabajo, tendría que ver algunos de tus trabajos. No me voy a comprometer a darme la currada del siglo creando perfiles para que luego la obra promocionada no me guste. Tengo mis principios, ¿sabes?

—Ya has visto mi grafiti.

—No me basta. Necesito algo más.

Pedro aceptó el reto y prometió enviarme fotos de algunas de sus obras. El resto de la comida la pasamos hablando de él, de mí, de lo que nos gustaba y de nuestras manías, de su exposición, de mi sueño de conseguir un trabajo a jornada completa en una biblioteca y dejar de ser una simple becaria, de sus virtudes, de mis defectos... De todo y de nada.

Estábamos con el postre cuando Clarita me mandó un mensaje. Al parecer

tenía fiebre y estaba pensándose si asistir a la cena de empresa.

Y a mí me dio la excusa perfecta para llevar a cabo lo que mi cabeza había estado rumiando durante todo el día.

—Oye, Pedro, ¿tienes planes para esta tarde?

—Planes, lo que se dice planes, no. Tengo que estar a las ocho en un sitio, eso sí.

—¿Y luego? —insistí.

—Luego nada. A currar un poco y a la piltra.

Sonrió de forma irónica. No supe por qué.

—Entonces... —¡Joder, qué mal me sentaba cuando me entraba la vena tímida!—, ¿tienes la noche libre?

Para mi desconcierto, negó con la cabeza.

—No. No tengo la noche disponible.

—Pero has dicho que, salvo esa cita que tienes a las ocho, no tienes que hacer nada.

Pedro apretó los labios, con fuerza, con rabia. Sus ojos refulgieron de ira. Yo empecé a verlo todo un poco más negro que de costumbre.

—Así es.

Detuve el movimiento de llevarme el café a los labios para mirarlo, totalmente perdida.

—No lo entiendo. ¿No podremos vernos después de la cita?

Pedro se limpió los labios y prácticamente tiró la servilleta sobre la mesa.

—Para empezar, no es una cita. Es una obligación ineludible que, además, me impide hacer planes para después.

—Háblame de ello.

—No.

Su rudeza hizo que yo pegara un respingo.

—¿No me vas a decir de qué se trata esa... obligación?

—No. Ahora no. Hoy no.

—¿Tiene que ver con tu padre? —aventuré.

Pedro apretó la mandíbula y miró hacia otro lado.

—En parte.

—¿Está enfermo?

—Está muerto.

Lo dijo entre enfadado y aliviado.

—Lo lamento.

—Yo no.

En esa ocasión, fui yo la que apretó los labios con fuerza.

—Ahora estás enfadado.

—No contigo.

—Pero lo estás pagando conmigo. Estás a la defensiva. ¿Por qué?

Se peinó hacia atrás y me miró. Había mil disculpas en sus ojos.

—Porque haces preguntas muy inoportunas.

—Datos, Pedro —repliqué, haciendo alusión a nuestra conversación el día del partido—. Solo estoy pidiendo eso; datos.

Pedro pareció desinflarse y compuso un gesto lastimero.

—¿No podemos simplemente disfrutar del día, Elena? Te tengo para mí hasta las siete de la tarde. ¿Por qué te empeñas en estropearlo con preguntas tontas?

—¿Mis preguntas te parecen tontas? ¿O peligrosas?

—Ambas cosas —confesó.

—Uy, eso sí que ha sonado peligroso, porque es una muestra de que me estás ocultando algo.

—No oculto. Simplemente no hablo de cosas que creo que no necesitas saber.

—Eso es según tú. Según yo, o me dices la verdad o la cosa se acaba aquí.

—¿Qué verdad quieres saber?

—Por qué no puedes salir esta noche.

—¿Y qué más da, Elena? —replicó, enjaulado—. Tú tienes tu cena de empresa y yo no saldré. Y no, Elena, no se trata de otra mujer. Ni de lejos.

—No estaba pensando precisamente en otra mujer —confesé, y, para mi asombro, me di cuenta que era verdad. Era su férreo empeño en ocultarme las cosas lo que estaba tirando por tierra lo que, hasta entonces, había sido un día memorable—. Además, es probable que no vaya a la cena porque Clarita se ha puesto mala y sin ella no voy ni muerta, por lo que había pensado en quedarnos aquí en Toledo a pasar la noche o, en su defecto, en Madrid.

Pedro se restregó el rostro con las manos, frustrado.

—No va a poder ser, Elena. Por más que me joda, y me jode y mucho, no puedo.

—¿Por qué? —insistí con terquedad.

Me asombró que Pedro descargara su puño sobre la mesa.

—¡No quiero mentirte, Elena!

Asustada, me encogí un poco, pero al verlo impotente y acorralado me repuse.

—Pues dime la verdad.

—Tampoco puedo, Elena.

Inhalé y solté el aire despacio, para detener el torrente de improperios que pugnaban por salir de mi boca. Dejé la taza con parsimonia sobre la mesa y enlacé mis dedos, cual maestra dispuesta a dar una cariñosa regañina a un mal estudiante.

—La omisión es casi tan dañina como la mentira, Pedro. Denota una falta de confianza por tu parte que no estoy dispuesta a tolerar. —Él me miró muy serio, y un tanto pálido. Supongo que sospechó lo que vendría a continuación —. Una relación se basa en la confianza, en la verdad. Si no existe, la relación se viene abajo.

—¿Estás terminando conmigo?

¿Lo estaba haciendo? En parte sí. ¿Era lo que quería? ¡Maldición, no!

—Estoy haciendo un impás. Solo cuando estés dispuesto a abrirte a mí, retomaremos esto. Y ahora, ¿me puedes llevar a casa, por favor?

CAPÍTULO 11

—¡Elena!

Me desperté sobresaltada, para ver a Clarita sobre mí con cara de pánico.

—¡Joder, Clara, qué susto me has dado!

—Para susto el que tú me has dado, ahí, con la boca abierta y las manos cruzadas en el pecho, cual Tutancamón.

—Estoy un poco momia, sí —me excusé, incorporándome y bostezando al mismo tiempo—. ¿Qué hora es?

—La hora de levantar el culo y salir pitando. Vas a llegar tarde al trabajo. —Miró la hora en el móvil y comenzó a gruñir—. Y yo también. Vamos.

Pude levantarme gracias a ella. En todos los sentidos.

La semana había sido especialmente jodida, entre el catarro de Clara y mi pésimo estado de humor por culpa del Innombrable Dos.

Le había puesto ese apodo a aquel sábado, cuando, nada más traspasar la puerta, Clara me preguntó por la cita. Al llamarle así, Clarita supo lo que tenía que hacer: callar y esperar que la tormenta pasase.

Pero era viernes y la tormenta no había amainado.

Después de pagar la cuenta, Pedro y yo salimos del restaurante con gesto adusto, las manos en los bolsillos (cada cual en los suyos) y sin mirarnos a la cara. El viaje fue eterno, como eterno fue el silencio.

Ni siquiera nos despedimos cuando me dejó en mi portal. Claro, que tampoco le di oportunidad. Creo que mi portazo dejó bien clara mi postura.

Su acelerón, también.

Pero, pese a mi orgullo, pese a mi tozudez, me pasaba las noches en vela, mirando el móvil y revisando el WhatsApp a la espera de que él diera el paso, hiperventilando cuando veía que estaba en línea y maldiciendo cuando dejaba de estarlo.

Esa semana no bebí ni un sorbo de alcohol. Temía que, envalentonada, fuera yo la que le escribiera, vaya usted a saber qué; porque bien podía llamarle cabronazo como suplicarle que viniera a mi casa y hablar del tema.

Pero, hablar ¿de qué? Él había dejado claro que no quería mentirme, pero tampoco quería contarme la verdad, dejándome con un regusto amargo de derrota e intrigada a más no poder.

—¡Elena, coño! —me apremió Clarita al verme parada frente al espejo,

perdida no sabía si en mis pesadillas o en una realidad indeseable.

—Voy, voy.

Eran las tres y media de la tarde, por lo que tenía muy poco tiempo para arreglarme, así que me limité a lavarme los dientes, a ponerme un vestido cualquiera, mis zapatos tipo Monk y a peinarme con las manos. Pilar, otrora la bruja de los libros, no me regañó cuando llegué la friolera de diez minutos tarde, sino que me miró como una madre debía mirar a una hija con el corazón roto. Y no, no le había contado nada, pero tal debía ser mi cara para que la buena mujer se percatara de ello.

Porque sí, repito, estaba hecha polvo. Tenía una lucha interna que cada día me resultaba insostenible, donde cada batalla ganada por el orgullo me sabía a derrota, donde cada súplica del corazón era amonestada por una mente demasiado desconfiada y con demasiado tiempo libre, porque en esas fechas, y más un viernes por la tarde, los estudiantes no pisaban una biblioteca ni aunque les pagasen, así que ahí estaba yo, deambulando por los pasillos como un alma en pena unas veces, como un ente maligno otras, gruñendo y despotricando contra los hombres en general y contra Pedro en particular.

Por norma general solía estar colocando los libros o en el archivo, pero como había acabado ya, decidí ir al mostrador con Pilar.

A punto estuve de gritar cuando lo vi.

No supe qué fue mayor; la alegría por verle, o la rabia al verle allí, tan pancho, charlando amigablemente con mi jefa, que estaba roja de indignación.

—Lo siento, no puedo ayudarle —estaba diciéndole.

—¿No? ¿Seguro? ¿No le importa mirar?

Airada, llegué hasta ellos y, sin dignarme a mirarle, me dirigí a Pilar.

—¿Puedo ayudarte, Pilar?

Negó con la cabeza y se llevó una mano a la frente.

—No te preocupes, Elena. Ya le he dicho al joven que el libro que busca no lo tenemos.

Pedro se medio giró entonces y me miró. De arriba abajo. Y de abajo arriba. Puede notar el brillo de regocijo que recorrió sus ojos ambarinos.

—¿Qué libro es? —susurré, intrigada.

Pilar bufó.

—Cincuenta sombras de Grey.

Agrandé los ojos, atónita, pero me recompuse y carraspeé. Eché mano de todo mi control para no echarle las manos al cuello.

O para besarlo hasta desfallecer.

—Aquí solo tenemos libros de consulta académica —informé todo lo profesionalmente que pude.

—Eso mismo le he dicho yo —secundó Pilar.

Pedro fingió pesar y confusión.

—Bueno, les pido disculpas. Verán, es que me han dicho que este libro tiene locas a todas las mujeres, así que he pensado que quizá ahí estaba la clave para reconquistar a mi chica.

Alcé las manos al cielo, exasperada.

—Por Dios...

Pilar debió intuir que la chica de la que hablaba Pedro era yo, porque sonrió de medio lado y nos dejó a solas. Yo aproveché para cogerle del brazo y llevármelo de allí.

—¿Dónde vamos?

—Tú a la calle.

Se detuvo y me miró con condescendencia.

—Disculpa, este es un lugar público y no puedes echarme.

—No, no puedo. Pero sí puedo darte una patada en los huevos.

—¿Aunque te cueste el trabajo?

—Aunque me cueste el trabajo. —Habíamos llegado a la puerta, donde lo enfrenté—. ¿Grey, Pedro? ¿En serio?

Recorrió mi cuerpo con lentitud, casi saboreando cada vistazo. Me sentí desnuda. De hecho, me hubiera gustado estarlo.

¡Agg, malditas contradicciones las mías!

—¿Miércoles Adam, Elena? —preguntó él a su vez. Y añadió—: ¿En serio?

Supe que hacía alusión a mi vestido, de corte colegiala en negro con el cuello y los puños en color blanco. Solo me faltaban las trenzas, porque la cara de mala leche venía de serie.

—¿Qué pasa? Me gusta.

—Y a mí, y a mí —susurró, relamiéndose.

Agité la cabeza, solo para apartar la imagen de su lengua lamiendo sus labios y su mirada golosa deslizándose sobre los míos.

—Estás muy equivocado si crees que vas a encontrar la solución a nuestros problemas en ese libro. Precisamente, no en ese libro.

En esta ocasión, su pesar me resultó muy sincero.

—Yo solo quería verte. —Miró al suelo y luego a mí. Había mil disculpas en sus ojos—. Lo del libro no era más que una excusa.

—Lo había supuesto. Pero ya habías podido elegir otro libro, pero ¿Cincuenta sombras? No, amigo.

—Todas mis amigas hablan de él, así que pensé que tú... quizá... Además, creía que el tema iba contigo.

Ahí lo miré con incredulidad, tanta que se me escapó una pequeña carcajada.

—¿Que el BDSM va conmigo?!

Pedro se encogió de hombros.

—Si mal no recuerdo, en tu parte de la estantería vi *Historia de O*. Y ese es un referente en el mundo BDSM, según tengo entendido.

—No me gusta el BDSM. Lo odio. Lo detesto. —Cerré los ojos cuando los recuerdos, uno en concreto, hizo acto de presencia. Temblé, tanto que me enfurecí por hacerlo, por permitir que aún me afectara de esa manera—. Si lo tengo es porque en su momento necesitaba respuestas.

—¿A qué preguntas? —quiso saber.

Apreté la mandíbula con fuerza.

—Eso es privado.

—¿Privado? —insistió, aparentemente confundido, una confusión que me resultó muy fingida.

—Privado. Secreto.

—¿No vas a contármelo?

—No —dicté, tajante.

—¿Por qué?

—Porque no te incumbe. Es algo muy íntimo.

—Vale. Lo entiendo. —Como ya venía siendo habitual, su móvil sonó y lo miró enfurruñado—. He de marcharme ya. Me alegro de verte. —Hizo amago de besarme, pero debió recordar su promesa, porque se irguió y me tocó la punta de la nariz—. Para mí nada ha cambiado. Tú sigue con tu impás, que, por mi parte, estaré pendiente de cualquier señal. Cuándo, cómo y dónde quieras, Elena. Solo una señal y vendré corriendo.

En esa ocasión me besó la frente y giró sobre sus talones. Antes de atravesar la puerta, se volteó y me miró. Había travesura en sus ojos.

—¿Lo ves, Elena? Todos tenemos secretos que no nos atrevemos a desvelar.

Apreté los dientes con fuerza, tanto que los sentí rechinar, pero al segundo, tan pronto desapareció de mi campo de visión, me desinflé.

Porque me acababa de dar el “zas en toda la boca” de mi vida.

CAPÍTULO 12

¡Qué mierda de Nochebuena!

Sin Clara. Sin familia. Sin amigos. Ni siquiera conocidos.

Sin Pedro.

Sola.

Condenadamente sola.

Tal vez, en otro momento de mi vida, en otras circunstancias totalmente distintas, hasta hubiera disfrutado del momento, pero no era el caso.

Yo no sé si será cierto eso que dicen que la nostalgia suele ser el invitado en discordia en las Navidades, ni tampoco si es cierto que los martes estaban regidos por el dios romano de la guerra, Marte, porque lo cierto era que pasaba de estados bélicos a estados de tristeza sin motivo aparente. Bien podía estar bajo el influjo de ambos o bien estaba perdiendo la chaveta y tenía un serio problema de bipolaridad.

Había decidido no hacer nada especial; nada de vajilla de diseño, ni entrantes, ni langostinos ni cochinillo. Solo restos de la comida que habíamos disfrutado ese día Clara y yo y vino a mansalva.

Decidí irme pronto a la cama, sobre las diez, para no tener que enfrentarme a una Nochebuena sola, pero no hice más que dar vueltas y vueltas, hasta que terminé por levantarme y darme una pechá a llorar con Annie, que ya hay que ser masoca, pero no había nada que me diera más ánimos que ver a Annie sonriendo y anunciando que mañana el sol brillará.

Porque sí, incluso en invierno, había mañanas en las que el sol salía y su luz nos impulsaba a afrontar un nuevo día con una sonrisa, esa que hacía días que había desaparecido de mi rostro.

Mi madre me mandó un mensaje a eso de las once. Era parco, como solía ser ella, hiriente en su simpleza. Un “Feliz Navidad, Elena” que me hizo torcer la boca en una mueca de desagrado. Nada de hija. Nada de tu madre te quiere. Nada de cariño.

Elena.

Ahí, cuidando las formas. Manteniendo las distancias. Y sí, cierto que yo insistía en pedirle que para dirigirse a mí lo hiciera por mi nombre, porque llamarme hija le quedaba grande, pero, ¡joder!, aunque fuera por una vez, una noche, precisamente una Nochebuena como esa, podría saltarse las reglas y

demostrarme algo de afecto.

O, qué menos, cercanía.

Borré el mensaje, porque dolía.

Y, sin querer, comencé a escribir otro.

«Feliz Navidad, acosador».

Sonreí por la travesura, pero entonces vi que estaba en línea y me entró el pánico. ¿Y si estaba viendo que estaba escribiendo?

—Ay, mierda, mierda —bramé mientras, con manos temblorosas, comenzaba a borrar el mensaje.

Por desgracia, los nervios no ayudaron —o quizá sí—, porque en vez de hacerlo, en vez de darle para atrás, le di a enviar.

—¡No, no, no! —grité. Arrojé el móvil a la otra punta y me tapé los ojos con las manos, como si así pudiera deshacer lo hecho o, qué menos, olvidarlo.

Durante varios segundos estuve así, a la espera de una señal.

Pero la señal no llegó.

Con el alma en vilo recuperé el móvil para ver si lo tenía en silencio y por eso no había escuchado su respuesta, pero no.

Ni lo tenía en silencio, ni me había respondido.

Me había dejado ahí, en visto, el muy cabrón.

Me metí en la conversación para ver si seguía en línea, pero no, ya no estaba.

—¡Te odio, Pedro Hidalgo Caballero!

Pensé, y mucho, durante la siguiente hora. Pensé que debía mandarle un mensaje de disculpa por llamarle acosador, porque decirle que me había equivocado era muy poco creíble.

Quise echarle la culpa al vino que había bebido (y a la botella de cava y a los dos pelotes que me había metido entre pecho y espalda), pero me di cuenta que era yo, y solo yo, la que había deseado dar el paso y acabar con aquella situación, que cada vez me parecía más absurda.

Vale, pero ¿qué hacía con mi vida entonces? Porque él no se dignó a contestar, y mi orgullo se negó en rotundo a escribirle de nuevo para... Para lo que fuese.

Con semejante humor alguien osó llamar a mi puerta. Sabía quién era, porque ya eran unos cuantos de años viviendo en el edificio y todos sufríamos cada año los buenos deseos de nuestra pareja de ancianos del cuarto, que, tras la cena, iban de casa en casa usando esa excusa para atiborrarse a turrón y a anís. Iba a ignorarlos, pero insistentes eran un rato. Además, los toleraba

relativamente, porque me recordaban a mis abuelos postizos, Rodrigo y Candela. Mis abuelis, como los llamaba cuando era niña, eran vecinos de mi madre, los únicos que se preocuparon de mí y que me dieron algo parecido a una infancia feliz.

Cuando abrí la puerta ahí estaba la pareja, sonriente, pero al verme sus sonrisas desaparecieron. Creo que eran conscientes de que una persona, en condiciones normales, no les abriría la puerta en pijama en Nochebuena.

—¿Estabas durmiendo? —preguntó el hombre, contrito.

—Eh... Algo así.

—¿Has cenado? —preguntó la mujer con preocupación. Era de las de cebar a las personas.

—Sí, bueno... Algo así —repetí. Me di cuenta que estaba un poco achispada, así que mejor ser parca en palabras para no darles de qué hablar, porque lo cierto era que se me trababa la lengua.

—¿Estás sola?

Ahí tenía clarísima la respuesta.

—Más que la una —respondí con una risilla nerviosa y cínica.

Porque estaba muy sola. En todos los sentidos.

Los ancianos se miraron entre ellos y luego a mí.

—¿Quieres venir con nosotros a felicitar a los vecinos?

No me eché a reír por respeto. ¿Yo, ir de puerta en puerta haciéndome la amable, cuando todos, menos ellos, sabían que a borde no me ganaba nadie?

—Mmmm... Creo que no. Estaba viendo una película y... ¡Ohhhhh!

Creo que grité.

Detrás de la pareja de ancianos apareció un elemento totalmente discordante con la escena: Pedro, con su abrigo gris, su barba de guarro y un ridículo gorro de Papá Noel.

Los ancianos se giraron a mirar, pero al ver a Pedro sonrieron con travesura.

—Creo que ya no estás sola —aventuró la mujer antes de agarrar a su marido del brazo y llevárselo a dar la murga a otra puerta.

Yo me quedé allí, patitiesa, muda y con muchas ganas de... No sabía si de reír o de llorar.

Fue Pedro el primero en reaccionar.

—Ho, ho, ho. Feliz Navidad, chica Vermeer.

—¿Qué... qué haces aquí?

Pedro se encogió de hombros. Cambió el peso de una pierna a otra y me

miró con una dulzura que derritió el glacial en el que me había convertido.

—Has dicho ven.

Agité la cabeza, en parte porque le veía un poco doble.

—No lo he dicho.

—No textualmente, pero sé leer entre líneas. ¿Puedo pasar? —No esperó mi respuesta y pasó a mi apartamento.

Tenía intención de quedarse, porque se quitó el abrigo. Llevaba un vaquero negro, una camiseta gris y encima una camisa abierta de cuadros rojos. Incluso con el gorro, estaba impresionante.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Clara le comentó a Javier que iba a cenar con sus padres y que tú estarías aquí. Sola.

Dijo la última palabra con tristeza. Y eso me cabreó. Nunca he llevado bien la compasión.

—Mejor sola que mal acompañada.

—Entonces, ¿por qué estabas llorando?

—¡Yo no estaba llorando! —mentí.

Pedro chasqueó la lengua.

—Y ahí están, las chapetas deladoras. Te lo he dicho mil veces, Elena. Mientes fatal.

—¿Y qué si estoy sola? Puedo *lifiar* con ello. Soy *fuetre*.

Pedro agrandó los ojos. Miró a la mesilla, donde aún estaban los restos de mi pequeña fiesta particular: una botella vacía de vino, otra de cava y un cubata a medio terminar.

—¿Estás borracha?

—Pues sí —me defendí.

—La cosa es más grave de lo que penaba —susurró. Entonces se giró y sonrió—. Ten, para ti.

Agrandé los ojos cuando me tendió un paquete como los de las pastelerías.

—¿Qué es?

—Los chicos y yo nos hemos tirado todo el día haciendo galletas. Pensé que quizá te gustaría probar una.

Le quité el envoltorio y me encontré con una galleta en forma de corazón, la mitad con un baño de chocolate negro y la otra en chocolate blanco.

Le miré, asombrada. Él enrojeció tímidamente.

—Esta, en concreto, la he hecho yo. La hice pensando en ti. Anda, dale un bocado.

—No tendrá ningún potente afro... aprodi... afrosidi... ¿de eso? — pregunté entre divertida y recelosa.

Él se rio por lo bajo.

—Yo, Elena, ya soy de por sí un potente afrodisíaco.

—Engreído —amonesté antes de mordisquear la galleta, que, por cierto, estaba buenísima. Me di cuenta que no era una galleta al uso, sino que había mezclado la masa con fideos de color.

—¿Has visto, Elena? —dijo señalándome la galleta—. No importa las capas en blanco y negro que te empeñes en mostrar. Yo sé que dentro hay todo un mundo de color.

Y me vine abajo.

Lloré. Como la mujer desamparada que me sentía. Como la niña que no me dejaron ser. Como la chica a la que le han quitado su abrigo y se siente desnuda y aterida de frío. Y así, entre lágrimas de desconsuelo, le eché los brazos al cuello y comencé a besarle.

Con rabia. Con pena. Con necesidad.

Como una puta mendiga que se arrodilla ante un buen samaritano como agradecimiento por la migaja de cariño que acababa de lanzar en su platillo.

—Espera, Elena —pidió cuando mi mano comenzó a manosear su entrepierna.

—Te necesito, Pedro —exigí—. Ahora.

Pero no atendió a mis órdenes, sino que me apartó con suavidad y me dio la espalda. Le vi temblar y peinarse hacia atrás, un gesto que hacía cuando se sentía frustrado. Cuando se giró a mirarme, lo hizo con resolución. Y un poquito atorado.

—Ahora no, Elena. No así. No estando tú enfadada. No, cuando emocionalmente estás hecha una piltrafa. Ni estando borracha como una cuba. No, cuando tus motivos no tienen nada que ver con el deseo. No quiero que mañana, con una resaca monumental, te arrepientas, o, peor, me eches la culpa de aprovecharme de un momento de debilidad por tu parte.

Me quedé atónita. Al menos al principio, porque inmediatamente después me enfurecí.

—Pues vete.

—No.

Apreté los labios con fuerza.

—Si no vamos a tener sexo, no entiendo a qué has venido.

—Porque no todo se reduce a sexo. —Me agarró de la mano y me llevó al

sofá, donde me obligó a sentarme—. Mira, esta noche seré tu pañuelo de lágrimas, o tu hombro sobre el que llorar. Hablaremos de lo que te está comiendo por dentro hoy, o de nada. Si quieres, vemos una película, o solo dormitamos en el sofá.

Sabía lo que me estaba pidiendo, pero, sobre todo, lo que me estaba ofreciendo: su amistad.

Creo que fue en ese momento cuando todas mis dudas y recelos sobre él se esfumaron, porque ¿qué chico que solo quería un polvo rápido se tomaría las molestias que él se estaba tomando? ¿Qué chico dejaba plantada a su familia en Nochebuena solo porque una borracha descerebrada le había enviado, sin pretenderlo, un mensaje de auxilio?

—No entiendo qué haces aquí —me oí decir. Le miré, contrita—. Todavía no comprendo cómo me soportas, cuando nadie más lo hace.

Él sonrió con cariño y me colocó el cabello detrás de la oreja.

—¿Así estamos?

—Así ¿cómo?

—En plan víctima.

Le di un manotazo.

—Yo no voy de víctima. Remarco un hecho más que demostrable. Heme aquí, sola, el día de Nochebuena.

—¿Había otra opción?

Parpadeé.

—¿Cómo?

—Que si había otra opción.

—Pues... sí. Podía cenar con Clara y sus padres. Ya lo he hecho otros años, pero créeme, no es plato de gusto.

—¿Y tu familia?

Fingí estremecerme.

—Uf, peor. Quita, quita.

—¿Por qué? —preguntó. Y lo hizo totalmente serio.

—Bueno, principalmente porque mi única familia es mi madre y nos llevamos a matar.

—¿Por qué?

Callé y pensé en su pregunta. ¿Por qué no soportaba a mi madre? Bueno, básicamente porque...

—Porque es una puta—solté a bocajarro.

Pedro agrandó los ojos. Yo solté un suspiro de alivio.

Hale, ya lo había dicho.

—¿Cómo que es una puta?

Me mordí el labio, porque me había dado cuenta de que había empezado a temblar. Era un tema que solo había hablado con dos personas: con Clarita y con mi psicóloga.

—Pues eso; puta.

Le dejé un poco noqueado, porque empezó a boquear.

—Bueno, eso lo dices porque estás enfadada con ella —dijo cuando al fin recuperó la voz.

Negué con la cabeza.

—No, no, lo digo con todo conocimiento de causa. —Me insuflé valor y le miré—. Ella lo llama de otra forma, escort de alto standing. Siempre ha sido muy guapa, y muy ambiciosa. Y, desde luego, sin pizca de *esprículos*.

—Escrúpulos —corrigió él.

—Eso. El caso es que supo escalar puestos y comenzó a moverse por las altas esferas. Siempre he creído que yo fui el mayor error de su vida, porque creo que pensó que, quedándose embarazada de mí, conseguiría la vida que había soñado, pero claro, no se puede jugar con fuego sin quemarse.

—Y tu padre no se hizo cargo.

Yo me reí con cinismo.

—Mi padre... Yo prefiero llamarlo progenitor o, después de lo que me hizo hacer, el Innombrable. Y en cuanto a tu pregunta ¿cómo se iba a hacer cargo? Mírame bien, Pedro, y dime a quién me parezco.

Él me miró durante varios segundos, hasta que agrandó los ojos y pegó un respingo.

—¡No me jodas!

—Sí, es quien estás pensando, aunque claro, yo nunca, jamás, podré decir su nombre.

—Un tribunal, con una prueba de ADN, te daría la razón.

—No, porque cuando cumplí la mayoría de edad me hizo firmar, bajo coacción, un contrato en el que no solo le eximía de cualquier responsabilidad, paternal y pecuniaria, sino que además yo negaba cualquier vínculo afectivo y genético con él. Y sí, como dices podría pelear, pero estamos hablando de un pez muy gordo en el panorama político y con mucha gente detrás suya a la que no le interesa ningún escándalo y serían capaces de cualquier cosa, hasta quitarme de en medio si se terciase... Además, a ese elemento no lo necesito.

—Pero sí a tu madre.

Los ojos se me empañaron de lágrimas.

—¿Te lo puedes creer? Aun siendo como es, aun sabiendo todo lo que sé de ella, aun después de todo lo que he vivido, la sigo necesitando.

Su mirada también se ensombreció.

—No puedes culparte. A una madre siempre se la necesita, y no me refiero a una madre biológica solamente.

—Exacto. Bien podría haberme dado en adopción para que pudiera disfrutar de una familia, pero creo que yo era su salvoconducto. Mientras yo fuera menor, tenía la sartén por el mango. Tal vez por eso se cabreó tanto cuando firmé aquel contrato.

—La dejaba con el culo al aire.

—Cierto. Por eso no nos vemos casi; nuestros reproches son cada vez más hirientes. Y créeme, la entiendo, porque sé cómo es. Y la quiero, pese a sus defectos y su estilo de vida, pero no podemos estar juntas, pues ambas somos igual de orgullosas. —Aguanté un sollozo con un recuerdo en concreto—. Pero ha sido muy difícil para mí. Y créeme, me gustaría perdonarla.

—Deberías hacerlo. Te quitarías una carga de encima.

—Lo sé, y yo, la adulta, la objetiva, lo hace. Pero entonces llega la niña de ocho años y...

Agité la cabeza para borrar la imagen. La mano de Pedro, que tomó la mía, me consoló como nada lo podría haber hecho.

—¿Qué pasó cuando tenías ocho años, Elena? —Como no respondí, me tomó la barbilla y me miró con ternura y preocupación—. ¿Qué fue lo que hizo para que, de solo recordarlo, te echas a temblar?

Me sacudí ante las emociones, pero tomé el control. Me di cuenta que era la primera vez que hablaría de ello.

Ni a Clara.

Ni a mi psicóloga.

A nadie.

Quizá luego, en un futuro, analizara por qué lo hice con él, pero en ese instante solo sabía que quería contárselo. Que necesitaba contárselo.

—Mi madre, además de escort, practica el BDSM.

—No... —susurró Pedro al ver donde iban los tiros.

Yo asentí.

—Su templo del Pecado, como lo llama con sus amigas, está en el sótano, un lugar al que, por cierto, se me estaba terminantemente prohibido bajar. Por

norma general no tenía problemas con eso, porque yo estaba en un internado, pero ese día en concreto estaba muy enferma y a mi madre no le quedó más remedio que hacerse cargo de mí. Me desperté en medio de la noche, con fiebre y asustada. La llamé, mil veces, pero al ver que no venía a mi cuarto fui a buscarla al suyo. Recuerdo que me asusté mucho cuando vi que no estaba, así que me recorrí toda la casa. Y cuando bajé al sótano... —Me estremecí—. ¿Sabes lo que es para una niña ver a su madre atada, amordazada, con los ojos vendados, mientras un hombre la azota con un látigo y otro le hace... cosas en... su...

Pedro me estrechó entre sus brazos y lloró conmigo. Así estuvimos un buen rato, yo librándome del peso del pasado y él trayéndome la calma.

Cuando al fin lo superé, me aparté y le miré.

—Gracias, Pedro. No lo sabía, pero necesitaba librarme de esto.

Él tomó mi rostro entre sus manos y me besó en la frente.

—No, Elena, gracias a ti. Gracias por desnudarte para mí.

Y, así, señores y señoras, es como un chico se gana el corazón de una chica.

Y así es cómo, al mismo tiempo, hace que también comience a latir de nuevo.

CAPÍTULO 13

Durante la siguiente hora hablamos de nuestros respectivos pasados. No todo en mi infancia había sido malo, de hecho, mi época escolar fue buenísima, gracias a la aparición de Clara en mi vida, al profesorado y mis *abuelis*.

Tanto Pedro como yo habíamos ido a un colegio evangelista, y ambos coincidimos en que, si bien nuestras creencias no eran tan católicas como era de esperar, la educación recibida nos forjó el carácter.

No esperaba que lo hiciera, pero Pedro también me habló de su niñez. Desde luego, no había sido su vida tan traumática como la mía, pero comprendí que debía haber sido muy duro para él lidiar con un padre como el suyo, un hombre mayor de ideas arcaicas en cuanto a disciplina, tirano por naturaleza y sin escrúpulos a la hora de explotar las aptitudes de sus hijos. Por suerte tuvo una madre amorosa, gracias a la cual pudo ser la persona que amable y honesta que era hoy en día. Pedro era como un libro abierto, porque, si uno se molestaba en mirar a sus ojos cuando hablaba, veía los cambios que en ellos se producían. Era realmente maravillosa la chispa que surgía cuando hablaba de su madre.

De pronto, no supe por qué, nos quedamos callados. Creo que ninguno necesitó hablar más, ni tampoco era el momento de preguntas. Solo nos tendimos en el sofá, abrazados, y yo le di al play para seguir viendo Annie.

Supe, por su respiración, que se había quedado dormido. Me incorporé un poco, con cuidado de no despertarlo, y lo miré en la penumbra.

Me pregunté en qué estaría pensando al compararle con el Innombrable. Físicamente tal vez, dada su altura, su melena castaña y su innata elegancia. Creo que fue porque con Pedro sentí lo mismo que cuando tuve a mi progenitor por primera vez frente a frente: la misma cautela, el mismo rechazo y el mismo miedo. Cautela porque no sabía a qué atenerme. El rechazo lo usé como mecanismo de defensa, pues sabía que, tal vez, una parte de mí estaba dispuesta a darle una oportunidad pese a saber que en ese ruedo no era bienvenida. Y el miedo... Sí, miedo a bajar la guardia, otorgarle el beneficio de la duda para luego comprobar que, efectivamente, había tenido más razón que un Santo al pensar que era un cabrón sin sentimientos.

Pero Pedro me había demostrado que era todo lo contrario.

—Joder —exclamé en bajito, atónita, al ver que ya podía darle nombre a lo que sentía por él: yo, que siempre había bufado de incredulidad cuando leía una novela romántica y los protagonistas se juraban amor eterno al tercer día de conocerse, que siempre me había descojonado del *insta love*, estaba perdidamente enamorada de Pedro.

—Idiota —me amonesté, pero no hice nada para detener la corriente de amor, y de dicha, que me recorrió mientras le contemplaba dormir.

Es más, en ese momento, lo sabía, yo lucía una jubilosa sonrisa de aceptación y una mirada tierna.

Debió presentir que lo estaba mirando, porque abrió los ojos lentamente y trató de enfocar la mirada. Cuando me reconoció, sonrió abiertamente.

—Hola.

—Hola, bello durmiente.

Sonrió y bostezó al mismo tiempo.

—¿Qué hora es?

—Apenas las dos de la mañana.

—Guay —dijo cerrando los ojos de nuevo.

Lo miré un tanto atónita.

—¿Vas a dormir otra vez?

Pedro abrió un ojo.

—No sé. ¿Vas a poner otro bodrio como ese?

Le pellizqué.

—Annie no es un bodrio. Es un clásico.

—Es moñas hasta el aburrimiento, reconócelo.

—Es Nochebuena y es lo que toca. No se me ocurriría poner el Exorcista ni Jungla de Cristal.

Pedro se estiró sin vergüenza alguna, lo que provocó que yo me moviera sobre él. Yo me sonrojé al notar cierta protuberancia y él sonrió con malicia.

—Mujer, no es eso. Pero qué menos que algo un poco más movidito.

Y volvió a moverse.

Y volví a rozar su erección.

—Lo estás haciendo a propósito —regañé.

—Haciendo ¿qué?

—Moverte.

—Mujer, no lo hago con ningún fin. Es que llevo un rato en la misma postura y me duele el culo.

—¿Me quito?

—Ni de coña. Me gusta tenerte sobre mí.

En esta ocasión, fui yo la que, sin previo aviso, me senté a horcajadas sobre él. Y sí, presioné mi pelvis contra la suya. Él agrandó los ojos, pero actuó de inmediato, porque me agarró por la cintura por si se me ocurría cambiar de idea.

—¿Sabes una cosa, Pedro? —pregunté a escasos centímetros de sus labios. Él los entreabrió, expectante.

—Dime, Elena.

—Ya no estoy enfadada.

—¿No?

—No. —Rocé mi nariz con la suya y me acomodé mejor sobre él—. Ni me siento vulnerable.

—Nada vulnerable —repitió, de una forma tan ronca que me estremecí.

—Ni borracha.

—Ni una pizca —susurró. Rozó mis labios, pero no hizo presión sobre ellos, a la espera de mi reacción.

—Y, desde luego, mañana no me voy a arrepentir —musité antes de besarle.

Lo hice con suavidad, con ternura, como si el colmo de la felicidad fuese ese, solo jugar con sus labios.

Fue un beso lento, donde reteníamos el aliento del otro, donde celebrábamos cada gemido arrancado con una sonrisa cómplice. Un beso donde las manos intervinieron buscando la piel del otro y donde nuestras miradas se quedaron clavadas. Un beso que movió nuestros cuerpos al compás, en una danza de avance y retroceso, de búsqueda de calor ajeno.

Un beso largo, profundo y pausado en el que nuestras lenguas parecieron quedarse enredadas.

Me aparté solo para coger aliento, ese que sus caricias sobre la ropa me estaban robando, momento que Pedro aprovechó para recorrer mi mandíbula con pequeños mordisquitos, hasta llegar al lóbulo de mi oreja y recrearse con él, para a continuación descender por el cuello y lamerlo... ¡Ay, cómo lamí mi cuello!

—Me encantas —le oí decir al tiempo que se estremecía—. Joder, Elena, no tienes ni idea de lo que provocas en mí.

Me reí por lo bajo cuando me restregué contra su erección.

—Me hago una idea.

Pedro se apartó de mi cuello y tomo mi rostro entre sus manos. Había

seriedad en sus ojos, y algo tan mágico, tan inmenso, que me sentí sobrecogida.

—No, Elena. Ni te acercas.

Me acogotó y asaltó mi boca con un beso intenso, furioso incluso. Su lengua buscó la mía y luchó con ella, con un ritmo vertiginoso que tambaleó mi cordura, pues le apreté fuerte fuerte contra mí. Y así nos dijimos mil cosas, sin palabras mediantes, solo sentimientos que afloraban sin que pudiéramos, ni quisiéramos, detenerlos.

Y el deseo llegó, incendiario, desatado.

Siempre he sido muy receptiva sexualmente, pero nunca, jamás, había sentido ese fuego, ese deseo que incluso dolía, que amenazaba con volverme loca si no le daba alivio.

Fui yo la que comenzó a desvestirle. Fui yo la que le despojó de la camisa y la que prácticamente le arranqué la camiseta. Gruñí de placer cuando vi su pecho, prácticamente lampiño, pero duro, musculoso, fibroso, amplio. Mientras lo acariciaba y le daba pequeños mordisquitos en la clavícula, Pedro me levantó la camiseta para buscar mis senos.

No supe por qué le detuve. Bueno, sí lo sabía; me sentía un poco acomplejada de mi pecho. Lo tenía firme, y era su forma bonita, redondeada, pero pequeños, nada que llamara la atención.

Pedro me miró y alzó una ceja.

—¿No?

Lo dijo de forma dulce, tanta que me hizo sentir muy tonta.

En un arrebato de valor, y tras un suspiro que pretendía darme confianza, me quité la parte de arriba del pijama y cerré los ojos, a la espera de su reacción. Cuando los abrí, lo vi mirarme, sonriente, pero luego bajó la vista a mis pechos.

—Son pequeños —me excusé.

—Mmmm —Los miró con interés científico, pero vi agrado. Y deseo—. Pequeños ¿comparados con qué?

—Con los de Clarita.

—Cualquier cosa es pequeña comparada con las tetas de tu amiga —se rio, pero como yo le miré enfurruñada, carraspeó—. Hay un refrán que dice: teta que mano no cubre no es teta, es ubre.

Abarcó con su enorme mano un seno y lo estrujó con suavidad.

—Duros. Suaves... Perfectos, chica Vermeer.

Buscó mis labios y me besó de forma dulce, como así fueron sus caricias

sobre mis pechos. Con decididos, pero cuidadosos, tirones endureció mis pezones. Se apartó de mi boca para besarlos a conciencia. Y juro que puso tanto empeño, tanto los lamió y reverenció, que a punto estuvo de llevarme al orgasmo. Tanto placer sentí que mi mundo, por norma general en blanco en negro, se llenó de colores. Y de luces; una luz deslumbrante que, inmediatamente, me hizo dar un respingo.

—¡Coño! —escuché cuando tomé conciencia de que esa luz era real.

—Mierda —escuché susurrar a Pedro.

Todavía sin resuello, y con una frustración dolorosa, giré la cabeza, para ver a Clara en medio del salón con los ojos fuera de sus órbitas.

Al menos al principio, porque luego se los tapó y comenzó a retroceder.

—Perdón, perdón... No he visto nada, ¡lo juro!

Pedro enterró el rostro en mi pecho con un gruñido. Mientras, yo trataba de volver a la realidad. Y esta era que apenas eran las tres de la mañana y, por algún motivo desconocido, pero nada halagüeño, Clara estaba en casa, justo cuando, sin penetración mediante, estaba a punto de obtener un orgasmo, tal había sido la experiencia de la lengua de Pedro en mis senos.

—Clara, espera, Clara... Oh... mierda.

—Por mí no os preocupéis. Vosotros a lo vuestro —dijo antes de apagar la luz y encerrarse en su cuarto.

Pedro y yo no nos movimos durante la friolera de un minuto, ambos jadeando.

Ambos frustrados.

Ambos sabiendo que la ocasión se había perdido. Lo supe cuando reuní el valor de mirarle a los ojos.

—Creo que te necesita —dijo al cabo de un rato.

—Sí —confirmé, pero no me moví.

—Deberías ir con ella.

—Debería.

Pedro se echó hacia atrás y se peinó el flequillo con los dedos.

—Creo que será mejor que me vaya.

Me mordí el labio.

—Y yo creo que lo mejor será que me esperes a que hable con ella. En mi cama —precisé.

Pedro me miró asombrado, pero luego sonrió de oreja a oreja.

—¡Cojonudo! —Me levantó del regazo y recogió su camiseta y su camisa —. Aunque no puedo prometerte nada. —Bostezó largo y tendido y se estiró

—. Estoy reventado.

—Ya te despertaré, ya —susurré cuando le vi irse a mi habitación y antes de dirigirme yo a la de Clara.

Mi amiga no me contó nada nuevo, nada que no supiera que iba a suceder, aunque esta vez su madre se había pasado tres pueblos al invitar a una cena tan familiar a un importante representante de una firma de moda muy importante para presionarla a que firmara un contrato de modelaje, algo a lo que Clara, por supuesto, se negó en rotundo. Pese a su belleza, y a sus posibilidades, nunca le había seducido ese mundo, ni siquiera el mundo de las finanzas era lo suyo, aunque era un portento, carrera que había hecho solo para satisfacer a su padre, hasta que descubrió que lo suyo era la abogacía.

Mi amiga me reprochó que dejara pasar la oportunidad con Pedro, pero yo insistí en que debía hablar, así que durante una hora lloró sobre mi hombro, porque ella, como yo, necesitaba el cariño de una familia, un cariño que, nunca sabré por qué, se nos había negado, pues tanto ella como yo habíamos sido utilizadas como monedas de cambio. Y nosotras éramos la única familia que teníamos.

No, lo nuestro era mucho más que una amistad, y había que estar en las buenas y en las malas, aunque para ello tuviera que renunciar al que presentía sería el polvo de mi vida. Pero bueno, para eso siempre había tiempo.

Concretamente, una hora después.

Por desgracia, cuando fui a mi cuarto, Pedro dormía a pierna suelta, y yo no tuve valor de despertarle.

Mientras me metía en la cama, no supe por qué me sentía tan eufórica, tan feliz de dormir con él.

Solo eso: dormir.

CAPÍTULO 14

Qué curioso es el subconsciente.

Porque allí estaba yo, desembarazándome de los brazos de Morfeo y tratando de ubicarme. Aun sin abrir los ojos supe que me hallaba en mi cuarto, nada anormal. Pero sentía un no sé qué, una extraña e intensa emoción que me indicaba que algo importante me aguardaba tan pronto abriese los ojos.

Además de curioso, el subconsciente es muy cabrón por darte esperanzas, porque cuando al fin desperté, cuando tomé conciencia de la realidad y regresé del mundo onírico, allí no había nada de nada.

Encendí la lámpara de la mesilla, solo para confirmar mis sospechas: el muy cerdo se había pirado sin tan siquiera despedirse. Miré el móvil para ver qué hora era (y también para ver si me había enviado algún mensaje, a quién voy a engañar), para descubrir, un tanto aturdida, que eran casi las diez de la mañana. Supuse que la carga emocional de la noche anterior me había pasado factura, hasta el punto de caer rendida y no enterarme siquiera cuando Pedro abandonó la cama.

Temiendo estar sacando conclusiones precipitadas, me levanté y fui hasta el baño primero, al salón y a la cocina después, para comprobar que no solo se había marchado, sino que ni siquiera se molestó en dejarme una nota.

—Gilipollas —me oí decir.

No supe si se lo decía a él, o a mí.

Enfadada, y también un poco preocupada, me dirigí al baño para darme una ducha y así librarme del hedor que había dejado en mi cuerpo la desilusión. Cuando salí escuché a Clara reírse, por lo que decidí contagiarme de su buen humor y fui a la cocina a descubrir qué era lo que la hacía reírse de esa forma.

Era Pedro.

Casi grite por la sorpresa, o por la indignación, cuando mis ojos se toparon con él. Estaba sentado en una banqueta, vestido con un vaquero y una camiseta ajustada color berenjena (que ya hay que ser atrevido para ponerse algo así) y con una sonrisa que... ¡madre mía, qué sonrisa!

—¿Hola? —saludé con sarcasmo cuando me recuperé de la impresión.

Clarita y Pedro me miraron al mismo tiempo. Fue mi amiga la primera en hablar.

—Mira lo que me he encontrado en la puerta. ¡Y nos ha traído chocolate

con churros!

Miré a mi amiga, que llevaba puesto un conjunto de deporte color rosa chicle. Parecía una auténtica Barbie Sport. Supuse que había salido a correr, pero me interesaba más la explicación de Pedro.

—¿Y tú de dónde sales?

Como lo dije en un tono cortante, él suspiró con resignación.

—Como te ha dicho Clara, fui a comprar churros.

A ver, las pruebas eran evidentes, pero la explicación no terminaba de satisfacer mi curiosidad.

—Ayer no llevabas esa ropa —acusé.

—He pasado antes por casa.

—¿A qué hora? —exigí saber.

—No sé. Sobre las siete o las siete y media. Mis sobrinos suelen ser muy madrugadores, así que me fui pronto para poder verles las caras cuando abrieran sus regalos de Navidad.

—¡Qué mono! —dijo Clara.

Y yo también lo pensé, pero estaba decidida a no dar mi brazo a torcer, sobre todo porque me había llevado un chasco muy grande al no verle al otro lado de mi cama al despertar.

—¿Y de qué os reíais?

—Uy, uy —respondió Clara. Se giró y miró a Pedro—. Ahora es cuando se pone en plan celosa y paranoica. Fíjate en cómo se le hincha la vena del cuello. Un show, verás.

—¡Clara! —regañé.

—¿Qué? Es verdad.

—Sí que lo es —convino Pedro—. Fíjate, Clarita, mira el grosor de la yugular. Es... hipnótico.

Para hipnóticos sus ojos, sobre todo cuando la risa bailaba en ellos.

—Gilipollas —insulté, de nuevo no sabía si a ellos, o a mí misma. Caminé hasta la mesa, donde me senté muy digna y me agencié un vaso de chocolate y un churro, que no tardé en devorar.

Clara y Pedro se sentaron también y comenzamos a desayunar, aunque, ahora que todo estaba aclarado, lo que de verdad me apetecía comer era otra cosa bien distinta.

—¿Qué planes tenéis para hoy, chicas? —dijo Pedro.

—Ninguno —dije yo de malas maneras. Me encantaba mantenerme en mi papel de borde indignada.

—Eso lo dices tú. Ya he hecho una lista de lo que vamos a hacer —contradijo Clara.

—Ah, ¿sí?

—Aja. —Clara dio un gran bocado a su churro y habló con la boca llena—. En cuanto me duche, he quedado con unos amigos.

—¿Qué amigos? —quise saber.

—Pues... amigos.

—Sí, pero ¿quiénes?

—Amigos míos —precisó Clara.

—¿Y míos no? —insistí. Me fastidiaba mucho cuando Clara quedaba con gente que yo no conocía.

—Tú no tienes amigos, salvo aquí la menda —se rio la muy cabrita.

—Y Héctor. No debemos olvidarnos de él.

Clara abrió mucho los ojos, pero inmediatamente soltó una carcajada.

—¡No puedo creer que te haya hablado de Héctor! —Me miró y me guiñó un ojo—. ¿Le hiciste la operación cencerro?

—En el D'Ita, a ver si se largaba de una vez —respondí. Sonreí al recordarlo, pero al ver que Pedro me estaba mirando carraspeé y me erguí en el asiento—. Bueno, Clara, dime de una vez quién es esa gente con la que has quedado. Mira que me gusta poco que quedes sin consultarme.

—¿Y por qué te iba a consultar? —dijo con una risa incrédula.

—Hombre, pues principalmente porque me conoces y si luego es gente que no me cae bien me voy a poner un pelín borde.

—Ah, si es por eso, tú tranquila, que no los vas a tener que aguantar.

Parpadeé, confusa.

—Pero has dicho que tenías planes para nosotras.

—Claro. Yo me iré a pasar el día con unos amigos. Míos —concretó.

—Ah. ¿Y yo? —Miré a Pedro, al que había excluido inconscientemente—. Quiero decir, ¿y nosotros?

Clara se rio por lo bajo y se levantó de la mesa.

—A vosotros os voy a encerrar a cal y canto, a ver si así folláis de una vez.

Y se marchó.

Me dio mucha vergüenza mirar a Pedro, quien, a su vez, presentía, tenía los ojos clavados en mí.

—Pues no sé tú —le escuché decir al cabo de un rato—, pero a mí me parece un plan perfecto.

Vale, ¿qué responder a eso?

Sí, claro, a mí también me parecía una buena idea, pero una cosa era que el sexo surgiera de forma causal y otra estar desayunando y ponerse a hablar de hacerlo, así, como el que habla del tiempo en el ascensor.

—¿No, Elena? —insistió. Había timidez en su pregunta.

Armándome de valor le miré a los ojos. Y ahí estaba: la súplica, la expectativa, la añoranza.

Y el deseo. El mismo que se despertó de pronto en mí.

—S-sí —conseguí articular.

Pedro sonrió.

—Hay que ver qué cosas. Con lo audaz que eres para unas cosas, y lo tímida que te vuelves con otras.

—No soy tímida —protesté—. Es que... No sé. Esta sería nuestra primera vez, y hablarlo así, de sopetón... Me parece todo un poco forzado, porque a ver, ¿ahora qué hacemos? ¿Nos ponemos directamente al lío o...?

—No, mujer —me cortó entre risas—. Ahora desayunaremos tranquilamente y hablaremos, como cualquier pareja normal.

—¿Y luego?

—Pues no sé. Si quieres te ayudo a recoger la casa, o a planchar o...

—A la mierda —dije poniéndome bruscamente de pie.

—¿Eh?

—Que a la mierda todo. —Le tomé del brazo y le obligué a levantarse—. Que nos ponemos directamente al lío.

Y lo besé. Con todas las ganas que tenía de él. Con el deseo acumulado desde... Ya no sabía desde cuándo.

Pedro protestó, tampoco mucho, eso sí, pero al menos trató de poner algo de cordura, pero yo no estaba por la labor, sino que le subí la camiseta para quitársela al tiempo que le empujaba hacia la habitación.

—Pero los churros se van a enfriar... —Abarqué su -¡Wowww!- erección y le miré traviesa—. Vale, se acaba de calentar.

—Te refieres a los churros ¿no? —dije entre beso y empujón.

—Al mío en particular —respondió con esa voz tan ronca y tan sexy antes de tomarme en brazos, izar me y llevarme en volandas al cuarto sin dejar de besarme.

Una vez en mi habitación me tiró en la cama, donde caí con un rebote, pero al ver que comenzaba a desabrocharse el cinturón me apresuré a desvestirme.

Pedro, al ver mis senos desnudos, dejó de desnudarse y se unió a mí en la

cama, donde me cubrió con su cuerpo y comenzó a besarme.

—Dios, Elena, ve más despacio, por favor —pidió cuando mi mano se coló dentro de su pantalón y comencé a acariciarle.

Woww...

—Luego, Pedro. Luego nos tomamos todo el tiempo que queramos, pero ahora te necesito. Tenemos todo el día para nosotros.

Pedro se detuvo y me miró con intensidad.

—Y, si me dejas, toda la vida.

Estallé de amor, pero Pedro devoró mi boca con un beso que, más que tal, era una declaración. Creo que, mientras él me lamía los pechos, mientras él jugaba con mi clítoris, cada vez más hinchado, por momentos más exigente, lloré un poco. De felicidad. De deseo. Y de impotencia por no atreverme a confesarle mis sentimientos.

Al fin, no sin muchas reticencias por su parte, porque estaba muy ocupado acariciándome, conseguí desprenderle de sus vaqueros y de sus boxers. Al verle desnudo, allí en mi cama, gimoteé. Porque era perfecto, fibroso, y muy bien dotado, cierto, pero también porque sentí que había encontrado aquello que, sin saberlo, había estado esperando por tanto tiempo: al amor de mi vida.

Y así me entregué a él, en cuerpo y alma, con unas ansias que no eran normales pero que, al mismo tiempo, sentía que entre nosotros serían habituales. No me gustaba recibir sin más, y aunque estaba disfrutando muchísimo de sus caricias, sobre todo cuando su boca se apoderó de mi sexo y me llevó a un orgasmo fulminante con apenas un par de sorbetones, fue imperioso devolverle aquello que me estaba dando, por eso le obligué a tumbarse y, traviesa, descendí por su pecho, su estómago, su ingle... hasta llegar a su pene, que me dio la bienvenida con un respingo y que provocó que Pedro alzara las caderas y soltara un grito de placer cuando lamí su tronco, grito que se convirtió en un jadeo largo y contenido cuando finalmente me la metí en la boca.

—Basta, basta —le oí gemir—. Por favor, niña... Joder...

Sin esperar a que cumpliera su súplica, me agarró y me tumbó para cubrir mi cuerpo con el suyo. Estuvo un buen rato así, solo sobre mí, besándome y dándose a sí mismo, temblando de deseo.

Cuando al fin tomó el control, se incorporó un poco y me miró a los ojos.

«Y yo a ti», respondió mi mirada a la suya.

—¿Ahora, Elena? —pidió, y restregó su erección en mi hendidura, provocándome mil delirios.

—Por favor —pedí.

Pedro sonrió y me besó en la frente. Buscó su pantalón y sacó de su cartera un condón que no tardó en colocarse. Antes de cubrir de nuevo mi cuerpo con el suyo, lo acarició con reverencia y suspiró.

—Tantas noches soñando con esto, y al fin se ha hecho realidad.

No me dio tiempo a responder, pues me besó antes de obligarme a rodear su cintura con mis piernas y me penetró con cuidado, con lentitud.

Ambos nos estremecemos.

Creo que también nos emocionamos.

¿Sexo? Aquello no era sexo. Al menos, no solo sexo.

¿Amor?

Sí, desde luego.

Pero, además, era algo mucho más mágico: la certeza de que estábamos creando algo mucho grande que nosotros mismos.

Pedro comenzó a moverse, lento al principio, frenético después, tanto que obtuve mi segundo orgasmo, tan potente que me convulsionó. Sin darme cuenta de lo que hacía, y para tener un agarre, le mordí en el hombro y le clavé las uñas en el trasero, duro y firme. Pedro protestó entre risas, pero cuando comencé a relajarme, cuando la oleada pasó, me dio la vuelta para ponerme boca abajo.

—¿Qué haces? —pregunté, un tanto recelosa. No fue hasta que volvió a penetrarme desde atrás —que no por detrás—, que no me percaté que él no había obtenido su placer.

—Ir a por tu tercero.

Me acarició las nalgas con delicadeza, rodeó la cadera y bajó por mi estómago hasta llegar a mi clítoris, que comenzó a estimular de nuevo con los dedos.

Como si hiciera falta... Porque, aunque ya me había ido, todavía tenía ganas de más. De muchísimo más.

Pedro me obligó a levantar un poco las caderas para tener mejor acceso, y después de un par de embestidas suaves, donde entraba, salía y se recreaba haciendo círculos con sus caderas, empezó a aumentar el ritmo, pero no fue hasta que yo no comencé a gritar por la venida del tercero que no se descontroló. Y ahora sí, duro, fuerte, salvaje, le escuché contener la respiración antes de decir:

—Me voy, Elena. Joder, me voy...

Y gritó. Y gritó. Y nos estremecemos de placer, tanto que varios segundos

después continuamos con el mismo ritmo, hasta que, poco a poco lo bajó hasta que se quedó inmóvil.

—Dios —susurró. Salió de mí y se tendió a mi lado. Yo giré la cabeza para poder mirarlo. Y vi en sus ojos euforia, la misma que a mí me embargaba.

—Uau —dije en un susurro y con una sonrisa de felicidad que, sabía, no me pegaba nada.

Me acarició la mejilla y me miró con dulzura.

—Uau.

Se limpió con unos clínex que había en la mesilla y me abrazó. Yo me giré para tenerlo de frente y me acurruqué entre sus brazos.

Después de un corto intervalo de tiempo en silencio, por otro lado necesario, le oí suspirar.

—Reconócelo, Elena.

Le miré aterrada.

—¿Qué?

—Que esto, lo nuestro, no es solo sexo.

Hundí el rostro en su cuello y le di un pequeño beso.

—No, no es solo sexo.

El pecho de Pedro se hinchó, pero luego se relajó.

—¿Y qué es, niña? ¿Qué nombre le damos? ¿Cómo llamamos a este mundo que acabamos de descubrir?

Sonreí antes de besarle en los labios. Porque, como a él, a mí también me daba miedo decir la palabra amor.

Al cabo de un rato, respondí:

—Nuestro mundo en color.

CAPÍTULO 15

Nuestro mundo en color estaba lleno de matices de gris.

Y no, no estaba siendo paranoica.

Una vez había aceptado que estaba enamorada —hasta las trancas—, ya no había cabida a las indecisiones, pero había ciertos momentos que ensombrecían nuestra relación.

No sé cómo explicarlo. Solo sé que, durante todo un mes, viví en una especie de limbo, donde unas veces me embargaban momentos de felicidad y otras de incertidumbre.

Por norma general nuestra relación —ya podía llamarla oficialmente así— iba como viento en popa, cada vez más afianzada, con sus momentos de risas, de ridículas peleas de pareja incluso, con sus miradas cargadas de amor y esos instantes de sexo que... Dios, el sexo con él era fantástico. Y asiduo.

Sí, a grandes rasgos estábamos más que bien, pero me mataba su hermetismo. Cierto que para todo lo concerniente a nosotros, a mí, se entregaba sin reservas. Pero, ¡ay, amigo!, como quisieras ahondar en su vida personal, esa que llevaba al margen de mí. De nosotros.

Prácticamente, un noventa y nueve por ciento de nuestras peleas se debían a su afán de ocultarme no ya su pasado, sino un presente en el que yo no tenía cabida ni, mucho menos, voz ni voto.

Porque seguía apareciendo sin avisar. Porque continuaba desapareciendo de mi vida por días. Porque no respondía a mis preguntas. Porque salía corriendo cada vez que le llamaba, supuestamente, la tocapelotas. Porque nunca me hablaba de su trabajo. Porque seguía sin enseñármelo. Porque, en fin, había muchas incógnitas en la ecuación.

Hubo un día, un martes en concreto, que se presentó en mi casa, temblando como un flan, nervioso perdido y al borde de un ataque de pánico. Por un momento tuve la impresión de que venía a decirme algo importante, nada bueno, a juzgar por su actitud, pero debió de pensárselo mejor y no dijo esta boca es mía.

Pero lo que más me preocupaba de todo, aquello que me tenía con la mosca detrás de la oreja, eran esos momentos en los que pillaba a Pedro mirándome con algo parecido a la congoja, como si temiera, de verdad de la buena, perderme, como si lo diera, además, por hecho.

—¿Qué? —ladraba yo en esas ocasiones, molesta y un poquito contagiada de su pánico.

Pedro solía tragar saliva y mirarme casi con desesperación. Por momentos pensaba que iba a ponerse a hablar, pero entonces suspiraba y respondía:

—Nada, Elena. Todo está bien.

Pero no, no todo estaba bien. Solo cuando estábamos juntos mi mundo se volvía irisado, de una forma tan adictiva que mi plácido mundo en blanco y negro ya no me satisfacía.

Y eso me ponía de muy mala leche, porque yo nunca, jamás había necesitado a nadie.

—Bueno, hora de arreglarse. ¿Seguro que no quieres venir?

Era sábado por la tarde, y aunque Pedro me había avisado que no podríamos vernos, la esperanza, como otras tantas veces, me obligaba a quedarme en casa por si las moscas.

—Pues mira, sí —dije de pronto, harta ya de todo—. Y que le den por culo.

Clara se rio, pero luego me dio un beso en la mejilla. Ella, mejor que nadie, sabía lo que me rondaba por la cabeza.

—Dale tiempo. No es mal tío, de verdad. De hecho, se podría decir que es asquerosamente perfecto.

—Odio la perfección —dije, aunque en realidad a quien odiaba esa tarde era a Pedro. O, mejor dicho, a lo dependiente que me había hecho de él—. ¿Qué tienes en mente?

—Pues había quedado con un grupo de brokers.

—Dios, me estás quitando las ganas.

—Ya, y a mí, ahora que sé que vas a salir conmigo.

La miré con tristeza. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que Pedro también había descabalado un poco su estilo de vida.

—Te he dejado muy sola estos días, ¿verdad?

Clara alzó las cejas.

—Es lo que toca. Ambas sabíamos que esto iba a ocurrir.

—Pero no tiene por qué gustarnos.

—No, pero sabremos lidiar con ello. Elena, ¿qué pensabas? ¿Que íbamos a estar toda la vida juntas? Nuestra amistad será eterna, pero sería muy ingenuo por nuestra parte creer que no tomaríamos caminos por separado. Eso sí, apáñatelas como puedas para convencer al de los palotes para que nos deje un día a la semana para nosotras.

Asentí.

Porque decir que presentía que el de los palotes no tardaría en darme boleto (o yo a él) dolía como mil demonios. Porque sí, temía que durante ese mes nos habíamos quedado estancados y que o se abría a mí, o le mandaba a la mismísima mierda.

—Bueno, pues empezamos por hoy —dije con una sonrisa. Falsa, pero sonrisa, al fin y al cabo—. Pero nada de brokers.

—Cita ineludible —suspiró Clara—. Recuerda que es nuestra quedada anual. Pero tranqui, en una hora nos los quitamos de en medio y nos vamos tú y yo solas. ¿Hecho?

Asentí, conforme, que no satisfecha. Pero bueno, por muy coñazo que me pareciera su plan, siempre era mejor el mío. Por suerte no todos los ex compañeros de Clara eran unos muermos, sino que había varios de ellos con los que no parabas de reír. Estábamos en una cafetería cerca de la Bolsa de Madrid, frecuentada por personas que apestaban a poder, dinero y abolengo, un lugar en el que no desentonábamos, pero en el que tampoco nos sentíamos cómodas, por eso declinamos la invitación a cenar y salimos escopetadas.

—¿Qué? —dijo Clara nada más salir—. ¿A que tampoco ha estado tan mal?

—Para nada —acordé—. Oscar y Raúl son la monda.

Clara soltó una risilla y se agarró a mi brazo.

—Creo que le has gustado a Oscar. Verás como no tardará en escribirme para preguntarme por ti.

—¡So! —Me detuve y la señalé con el dedo—. Nada de encerronas, Clara, que te veo venir.

—No, mujer, ya sé que te mueres por el de los Palotes, pero siempre es bueno tener un plan B. Y hablando de planes, ¿qué te apetece hacer ahora?

¿Apetecerme? Pues lo cierto era que me moría por ver a Pedro, por besarle, por pasar el sábado en casa viendo una película o leyendo un libro o haciendo el amor. Daba un poco igual haciendo qué, pero con él.

Agité la cabeza para echarle de mi mente y fijé la vista al frente, dispuesta a no pensar más en él o al menos a pasármelo lo mejor posible.

—Me da igual —respondí a Clara—. Elige tú.

—Ya sabes cómo son las cosas, Elena; tú eliges un sitio y yo el siguiente. Puesto que la quedada con los brokers ha sido cosa mía, ahora te toca a ti. Eso sí, por favor, que sea un restaurante, que me muero de hambre.

—¿Algo en especial? —Reí.

—Da igual, pero ya.

Moví la cabeza con resignación, hasta que un movimiento al frente captó mi atención: una rubiaca espectacular con unos Manolos y un abrigo de visón.

—Ya hay que ser hortera —le dije a Clara.

Ella asintió, pero entonces se detuvo de golpe.

Yo, también.

Y no por la rubia en sí, sino porque su acompañante apareció en nuestro campo de visión.

Le miré, boquiabierta, incapaz de creer que se trataba de Pedro. Negándome el hecho de que acababa de ofrecerle su brazo y la guiaba hacia la puerta del Hotel Ritz.

Alcé una ceja y un dedo, que se empeñó en señalar en su dirección al tiempo que mis labios se abrían para preguntar lo evidente. Mis ojos miraron a Clara, que estaba pálida. Supongo que debió ver algo en mi rostro, algo nada, nada bueno, porque comenzó a negar con la cabeza.

—No, Elena. Ni lo pienses.

Apreté los labios, con fuerza.

—Oh, ya lo creo que sí.

Eché a andar hacia el hotel, pero Clara me agarró del brazo.

—Elena, por favor, no vayas a montarla.

La mandíbula me dolió de tanto apretarla, así que la aflojé y sonreí con cinismo.

—No voy a montarla. Solo voy a plantarme frente a él a ver qué cara pone. A ver qué me dice. A ver cómo sale de esta. Solo eso, Clara.

Me desembaracé del agarre de mi amiga y eché a andar con resolución. En esta ocasión, Clara no me lo impidió, pero durante el trayecto me hizo jurarle cerca de un millón de veces que no iba a ponerme a vocear, ni a tirarle una copa en la cara, ni a llamar puta a la rubia.

—Tranquila, Clara. Ni siquiera abriré la boca.

Prácticamente corrí hacia la entrada. El portero nos miró sorprendido por nuestro caminar airado, pero debimos pasar el visto bueno porque no nos detuvo. Ya en la entrada miré a recepción, esperando encontrarles allí a la espera de que le dieran una habitación, pero en vez de eso los vi sentarse en el vestíbulo con dos hombres.

—Todo esto tiene que tener una explicación. —Miré a Clara, como si lo creyera. Como si deseara que tuviera razón.

—¿Cuál, eh, eh, eh?

Ella titubeó, pero en vez de responder miró al suelo. Frente al grupo se quedaron unos sillones libres, así que agarré a Clara y me dirigí allí, ocupé el sillón que quedaba justo frente a Pedro, le miré y esperé.

Era Pedro quien llevaba la voz cantante.

Sí, no le importaba lo que costara el cuadro; él lo quería. Más que quererlo: lo necesitaba. ¿Verdad que la musa de Botticelli era igual a su prometida? (Guiño a la aludida). Sí, se casarían en tan solo tres meses (Beso a la mano donde lucía un pedrusco obscenamente caro). No, él de esas cosas no entendía, pero si aseguraban que tenía certificado él no era quien para dudarlo. Sí, un millón de euros (¡Cof, cof!) le parecía un precio razonable. Todo para complacer a su prometida, la mujer más bella del mundo (Y la más puta también).

—Elena —me advirtió Clara en un susurro cargado de pena.

Supongo que a esas alturas la yugular estaba a punto de reventar. O, de tan roja como estaba, había comenzado a llamar la atención.

O, tal vez, lo dijo por mis lágrimas, esas traiciones que se escapaban por mis ojos dejándome en evidencia. Me las limpié con rabia, la misma que me impulsó a levantarme.

En ese instante, Pedro me miró.

Durante varios segundos nos quedamos así, cada uno mirando al otro. Vi muchas cosas en sus ojos, pero la que prevalecía sobre todas las cosas era el miedo. ¿A qué? Lo ignoraba, pero podía sospecharlo; miedo a que yo hiciera algo que delatase nuestra relación. Miedo a que su prometida se percatara de su palidez. Miedo, a lo que fuese.

—Vámonos, Clara —anuncié poniéndome en pie—. Ya no tenemos nada que hacer aquí.

En ese instante la rubia me miró. Alzó una ceja y después miró a Pedro, pero, tras apretar casi imperceptiblemente los labios, continuó hablando con los hombres.

Eché a andar, sin ver, sin oír, cual autómatas, pero antes de irme me giré para mirar por última vez al cabrón de Pedro.

Y no supe qué pensar del hecho de no ver a un hombre aliviado por no haberle montado una escena, sino a un hombre derrotado, acabado.

No, no supe por qué tuve la impresión de que había sido a él, y no a mí, a quien le habían roto el corazón.

CAPÍTULO 16

Me acribilló a llamadas, a WhatsApp, a audios.

Ni le cogí el teléfono, ni leí sus mensajes ni escuché sus audios. Es más, le bloqueé.

Muerto el perro, se acabó la rabia.

Porque sí, rabia era lo que sentía. Y eso era bueno, porque al menos sentía algo. La rabia y el odio eran lo que me hacían levantarme cada mañana y enfrentarme a un nuevo día. Era mi café del lunes y mi cerveza del viernes; era mi motor, aunque me estuviera envenenando, e intoxicando a todo aquel que estuviera a menos de un metro de mí. Porque lo cierto era que estaba insoportable, más que de costumbre, tanto que ni siquiera Clara me soportaba.

Tan amargada estaba, que Clara me convenció que me cogiera vacaciones en mis dos trabajos. Febrero no es un mes popular, por eso no me pusieron ninguna pega.

Creo que, de esa forma, me garanticé no solo evitar un más que seguro despido (mis niveles de bordería alcanzaron cotas imposibles), sino también evitarle a él. Porque sí; el muy cansino volvió a sus andadas de acosador y me buscó en todos los lugares posibles, sin éxito, porque me encerré a cal y canto en mi piso, al menos los tres primeros días.

El cuarto estaba que me subía por las paredes, así que decidí salir, aun a riesgo de encontrármelo.

Pero no fue a Pedro a quien me encontré.

Fue a la rubiaca.

Me estaba esperando junto a la puerta de nuestro piso, sentada en las escaleras y mascando chicle.

Parpadeé, porque por un momento creí estar viendo una visión; era su mismo rostro, su mismo cabello, sus mismos ojos... Pero ni de lejos era la misma mujer que vi en el Ritz. En el hotel vi a una mujer sofisticada, con clase y podrida de dinero. La mujer que me miraba ahora, sonriente, era una zarrapastrosa; llevaba una coleta alta, unos vaqueros ajados y una cazadora que se veía a leguas que era imitación de cuero.

Era alta, más que yo, como pude comprobar cuando, con una agilidad impropia de su altura, se levantó de un salto y caminó hacia mí. Eran sus pasos felinos, su pose de depredador al acecho y su sonrisa...

Joder, qué ganas tuve de soltarle una hostia para borrar su sonrisa despectiva.

—Muy buenas, Elena —saludó.

Pegué un respingo, pues ni en un millón de años esperaba que ella supiera de mi existencia, cuanto menos mi nombre.

—¿Sabes quién soy?

—Pues claro. —Hizo una pompa y, tras explotarla, señaló hacia la puerta—. ¿Qué tal si me invitas a una cerveza y charlamos de hembra a hembra?

Bufé, y juro que a punto estuve de declinar su propuesta, pero me pudo la curiosidad, así que la invité a pasar.

Nada más entrar le señalé el sillón. Para tener el control de la situación, yo opté por quedarme de pie apoyada en la estantería.

—¿Y mi cerveza? —pidió.

La miré de arriba abajo, pero accedí y fui hasta la cocina. Creo que lo hice principalmente porque yo también necesitaba una, además de tiempo para reaccionar.

Cuando volví estaba sentada en el sillón en una pose muy poco femenina. Lo cierto era que parecía un chico, imagen que se reforzó cuando me arrebató la cerveza y casi se la bebió de un trago.

—Voy a dejar una cosa en claro, niña —soltó sin más—. Llevo mucho, mucho tiempo en esto con Peri para que vengas ahora y lo jodas con tus escenitas de celos.

Apreté la mandíbula con rabia.

—Para empezar, yo no monté ninguna escenita de celos. Tengo demasiada clase para eso.

—Joder, vaya si la tienes —se rio—. Soy yo y te hubiera arrancado los ojos.

Parpadeé, confusa.

—Créeme, todavía estoy a tiempo.

Sonrió de medio lado, como si no me creyese capaz.

—La cuestión es que me ha costado mucho llegar hasta aquí y no voy a permitir que todo se vaya a la mierda por tu culpa.

—Uy, hija, si esa es tu preocupación tú tranquila; todo, todito para ti. Y así revientes.

Soltó una carcajada, tan grande que deseé saltar sobre ella y arrancarle los pelos.

—Eres tan borde como él decía.

—Ya veo que te ha hablado de mí.

—Y a mí y a todo aquel que se preste a escucharle. Madre mía, qué dos meses nos ha dado. Que si Elena por aquí, que si mi chavala por allá, que si me tiene loco...

Volví a parpadear.

—¿Disculpa?

—Disculpada quedas.

Me dejé caer en la cheslong y miré a la nada.

—No puedo creer que te haya hablado de mí. —La miré y entrecerré los ojos—. ¿Y por qué él no me ha hablado nunca de ti?

Me señaló con la cerveza antes de dar un trago. Cuando acabó, negó con resignación.

—Y mi Peri vuelve a tener razón: escuchas solo lo que te viene en gana. Porque, por mucho que lo tuviera prohibido, estoy convencida de que en algún momento te habló de mí, al menos para excusar su extraño comportamiento.

—La tocapelotas —dije en un susurro no exento de sorpresa.

—La misma que viste y calza. Aunque, por tu propio bien, te aconsejo que no me llames así. Vamos, si no quieres que te parta la cara.

Entrecerré los ojos.

—¿Y cómo debo llamarte?

—Bueno, hasta que seamos amigas, cosa que dudo mucho que suceda, puedes llamarmeInspectora Romero.

—¿Inspectora? ¿Eres policía?

—Y de las buenas.

Alcé las cejas cuando me puse a atar cabos.

—¿Y Pedro también?

Para mi sorpresa, negó con la cabeza.

—No. Él solo me ayuda con un caso.

—El caso del Ritz —aventuré. Ignoré el grito de dicha de mi corazón y la miré expectante.

Porque si Pedro estaba ayudando con el caso, justificaría todas sus ausencias, sus idas y venidas y sus balbuceantes excusas de por qué no podíamos vernos en un momento concreto y, sobre todo, el numerito del Ritz.

—Bingo, niña. Los tipos con los que nos vistes son unos falsificadores de arte. Llevamos más de seis meses detrás de ellos, y Peri nos está ayudando. Es parte del trato.

—¿Qué trato?

La inspectora hizo una mueca con la boca.

—Esa parte se la dejo a él. Yo solo vengo a contarte la verdad, porque él no puede hacerlo para no poner en peligro la operación. Pero, en vistas de su estado de ánimo, no me queda más remedio que tomar cartas en el asunto y pedirte que lo arregles con él. A la de ya.

Carraspeé con fuerza.

—Es todo mucho más complicado.

—No, no lo es. Tú le dejaste porque creíste que te la estaba pegando conmigo, y ahora ya sabes que no.

—No solo por eso.

—Ya, por lo otro, porque no te contaba la verdad. Pues niña, ya la sabes.

—Que no —insistí—. Todavía hay algo más.

—Sí, lo sé. Tus putos miedos. —No grité de indignación por orgullo. Se puso de pie, dejó la cerveza en la mesa auxiliar y caminó hacia mí—. Mira, niña, hasta ahora he sido amable, pero ahora me voy a poner chungo. Peri es un tío cojonudo. Pero cojonudo, cojonudo, de los que ya no quedan. Un hombre que se viste por los pies y con una integridad asfixiante. El corazón que tiene es... —Vi que sus ojos se humedecían, pero, resuelta, agitó la cabeza y me miró. Era la suya una mirada dura—. No voy a permitir que nadie se lo destroce, Elena, y menos una niñata como tú.

—¿Niñata? —pregunté con incredulidad.

—Sí, niñata. Te tengo calada.

—Lo dudo —repliqué entre risas despectivas.

—¿Ah, no? —Me miró de arriba abajo, con tanta intensidad que me asustó—. ¿Quieres que tire de veta? Porque sé que eres una niña de papá. Y menudo papá...

Ahí pegué un respingo. Y rompí a sudar. Y me estremecí fuertecito. Al menos, los dos primeros segundos. Al tercero me invadió la rabia, la misma que me había mantenido cuerda los últimos días y que hizo que me levantara de un salto y la encarara.

—¿Él te lo dijo? —dije en un susurro cargado de ira.

Ella arqueó las cejas.

—Ah, pero ¿lo sabe?

Emulé su gesto, desconcertada.

—Yo se lo dije... Bueno, no le dije el nombre, pero dejé que sacara sus propias conclusiones y... ¿Cómo lo sabes tú?

—Fácil. Recuerda que soy policía y tengo acceso a cierta información,

entre la que se encuentra la acusación de violación de tu madre, las siete denuncias por amenazas y las decenas de solicitudes de orden de alejamiento. Y, mirándote, no hay que ser muy lumbreras para saber que eres hija suya. Joder, eres un puto calco.

Juro por Dios que me atraganté. Debía ser ese el motivo de que, de pronto, dejara de respirar, que lo viera todo borroso y que sintiera que desfallecía.

La inspectora Romero fue muy rápida y me ayudó a sentarme en el sofá. No sé qué hizo exactamente, pero su especie de masaje hizo que no entrara en pánico y que me recompusiera.

—¿Mejor? —preguntó cuando pude mirarla a los ojos. Me reconfortó que se sentara a mi lado.

—Sí... Digo no... ¿Violación? ¿Orden de alejamiento?

Ella asintió, pero luego negó con la cabeza.

—Será mejor que no pienses en ello ahora. Te ves muy pálida y...

—Es precisamente ahora cuando debo pensar en ello, inspectora. ¿Estás segura de ello?

—Lo vi en el informe. Tu madre lleva muchos años batallando para alejarlo de vosotras.

—Pero eso... No tiene sentido. Ella quería casarse con él. Ella quería... Ella... Joder —exclamé cuando una idea inconcebible comenzó a germinar.

La inspectora me apretó el hombro con compasión. Por primera vez vi algo de humanidad en sus ojos.

—Creo que deberías tener una charla con ella. —Se levantó y se tiró de la cazadora—. Y con Peri. Por favor, escúchale al menos. Es muy patético ver llorar a un tío de su envergadura.

El corazón me dio un vuelco y doblegó a mi orgullo.

—¿Tan mal está?

Sonrió de forma triste.

—Casi tan mal como tú. Casi... —Se encaminó hacia la puerta, pero antes de marcharse, se giró y me miró. En esta ocasión, su mirada era limpia—. Por cierto, me llamo Cristina.

Todavía estaba aturdida, pero eso no me impidió sonreír.

—¿Eso nos hace amigas?

—Solo si vuelves con Peri. Y recuerda: tengo una pistola y licencia para usarla. —Puse los ojos en blanco cuando me apuntó e hizo como que disparaba.

—Yo no tengo pistola, pero meto hostias como panes, así que cuida que no

le pase nada a Pedro.

—Mujer, ese es mi principal cometido: garantizar ante todo su seguridad.

Sonreí a modo de despedida, pero no añadí nada porque ese no era el momento de pensar en Pedro, sino en mí.

Diez minutos después, seguía sentada, muy confundida, muy perdida y muy... muy. Tan “muy” como para ahogarme en un millón de interrogantes.

Al cabo comprendí que solo había una persona que podía darme las respuestas. Que me lo debía.

Aunque ella no quisiera dármelas.

Aunque yo no estuviera preparada para recibirlas.

CAPÍTULO 17

Quería pillar desprevenida a mi madre, por eso no le avisé de que iría. Es más, aunque sabía que le daría un susto de muerte, usé mi propia llave, aunque aquella no fuera ya mi casa.

Me la encontré en el salón, sentada en el sofá y hablando por teléfono. Casi deseé echarme a reír cuando ella reparó en mí y pegó un grito.

—¡Elena! ¿Qué haces aquí?

—Sorpresa.

Todavía sin resuello, se llevó una mano al pecho y miró al teléfono.

—Esto... Nuria, tengo que dejarte. Mi hija ha venido a verme. —Tiró el teléfono a un lado y se levantó. Era más bajita que yo, aunque destilaba mucho más poder del que yo despediría nunca—. ¿Ha pasado algo?

Sonreí con cinismo al tiempo que me sentaba despreocupadamente. Al menos, en apariencia. Por dentro moría de nervios.

—¿Es que tiene que pasar algo para que venga a verte?

—Pues sí —respondió sin dudar.

Yo torcí la boca en una mueca cínica.

—Podías ser más... diplomática.

—La diplomacia no es lo mío. Ni lo tuyo. —Entrecerró los ojos y se recolocó en el sofá—. Por eso me extraña mucho que ahora trates de usarla conmigo. ¿Qué ha pasado, Elena?

Me mordí el labio a conciencia. Quería retener mi lengua, o poner mis ideas en orden. No sabía bien.

—Una denuncia por violación. Siete por amenazas. Solicitudes de orden de alejamiento. —Vi que se puso pálida, pero no dijo nada. Es más, apretó los labios con fuerza—. ¿Por qué?

Alzó la barbilla, toda ella magnánima en su soberbia.

—A ti eso no te importa.

—Oh, ya lo creo que sí. ¿Por qué? —insistí.

—¿Cómo te has enterado?

—Eso no importa ahora. Lo sé, y punto. Solo me falta un pequeño detalle: ¿por qué?

—¿Qué quieres saber en realidad, hija mía? —dijo con tristeza—. ¿El porqué de las denuncias?

Negué con la cabeza.

—No, mamá. Quiero saber por qué me mentiste.

Mi madre se puso en pie y comenzó a pasearse. Parecía una fiera enjaulada.

—Para protegerte.

—¿Protegerme, de qué? ¿De él? ¿De la verdad?

—¿De todo, hija! —Se llevó una mano a la frente y miró a la nada con desprecio—. La verdad... Qué asco. Qué ganas tiene la gente de ella, con lo feliz que se puede vivir con una mentira piadosa.

—¿Piadosa, mamá? —pregunté con escepticismo—. ¡Te detesto gracias a esa mentira!

—¿Y qué? —replicó para mi sorpresa—. Tal mejor así.

—¡Mamá! —grité, exasperada por su pasotismo.

—¡Hija! —gritó ella. Y, por primera vez, vi lágrimas en sus ojos—. Mírate, Elena. Eres una mujer fuerte, independiente, decidida. Dura. —Me miró con un orgullo que no había visto jamás—. Preparada para los avatares de la vida. Y todo eso gracias a una mentira. ¿Qué pretendías, Elena? No podía permitir que vivieras con miedo, acongojada, con terror. Porque así ha sido mi mundo desde que lo conocí, y yo no podía permitir que tú vivieras así. Prefería que te movieras impulsada por la rabia a que te quedaras paralizada por el miedo. A que pensaras que tu madre era lo peor, que era una caza-fortunas a la que le salió mal la jugada a que supieras que había sido violada con apenas dieciocho años, cuando su única meta en la vida era ser modelo de alta costura y tuvo la desventura con cruzarse con un depravado que se encaprichó conmigo.

—Joder —pude exclamar.

Mi madre pareció desinflarse, porque se dejó caer en el sofá y se abrazó.

—Un monstruo, Elena. Eso es lo que es tu padre. —Me miró de reojo, con una disculpa en sus ojos castaños—. Y mira que yo he visto de todo en este mundo, pero lo de tu padre es...

—No lo lames así, por favor —pedí.

Mi madre asintió. Al segundo, suspiró.

—He cometido muchos errores a lo largo de mi vida, Elena. Y bien sabe Dios lo que me gusta el dinero. Lo mío solo tiene un nombre: puta.

—Mamá...

—Que sí, hija, que sé lo que soy. Pero debes entender que no solo lo hago por dinero. Me gusta el sexo. Me gusta este mundo. Me gusta ser una sumisa.

Me gusta saberme deseada. Pero hasta yo tengo un límite, y tu... progenitor era uno de esos límites. Después de aquella vez, de aquella encerrona que se convirtió en una violación, me cuidé mucho de no cruzarme con él. Pero él no cesaba de buscarme, de amenazarme... Solo unos análisis de ADN guardados en una caja fuerte le impedían tomar medidas, pues temía demasiado al escándalo. Era nuestro salvoconducto, la única forma de mantenerlo alejado de nosotras... Sobre todo, de ti.

—¿Alejado? Ay, mamá... Yo pensaba que lo que querías era forzarle a que reconociera su paternidad para sacarle todo el dinero posible. Pensé que ese era el motivo de que te enfadaras tanto cuando firmé el contrato.

Mi madre entrecerró los ojos con rabia.

—Fue muy estúpido por tu parte.

—¡Me obligó, mamá! Me dijo que te las haría pasar putas si no lo firmaba.

—¿Y qué? Tú estabas segura, eso era lo único que importaba.

Miré a mi madre de otra forma. Ahí estaba, frente a mí, vestida con unos vaqueros de marca, una blusa de seda y unos tacones de vértigo. Hermosa, soberbia, fría, dura... Y, al mismo tiempo, una muñeca rota. Nos miramos durante unos segundos, diciéndonos muchas cosas sin palabras.

—¿Te volvió a molestar?

Para mi alivio, mi madre negó con la cabeza.

—Creo que, a la larga, fue bueno que firmaras ese contrato, porque se quedó tranquilo de pensar que, al menos tú, no reclamarías su paternidad. Y por mi parte sabe que lo único que me interesa es que desaparezca de nuestras vidas.

—Tú por si acaso no te deshagas del análisis de ADN —advertí.

Mi madre se rio con cinismo, de una forma que me recordó mucho a mí misma. Solo entonces reconocí lo mucho que me parecía a ella. Creo que algo de mis pensamientos se debieron reflejar en mi rostro, porque mi madre me miró con ternura y suspiró.

—Ay, hija. Nunca he sido una madre. De hecho, nunca quise serlo. Y a las pruebas me remito que no he sabido hacerlo nada, nada bien. Solo sé que te quiero con locura y que haría cualquier cosa por ti.

—Incluso dejar que creyera que eras lo peor con tal de no herirme.

—Incluso eso.

Me recliné en el sofá y cerré los ojos.

—Pero me heriste de igual forma, mamá.

—El daño fue menor —dijo con resolución—. Siempre es mejor pensar

que se es fruto de un error que de una violación. —Abrí los ojos y la miré. Tenía los ojos cargados de pasado y dolor—. No quería que pensaras que cada vez que te miraba me acordaba de esa atrocidad.

—¿Y así era, mamá? —pregunté. No me di cuenta de que estaba llorando hasta que mi madre se acercó a mí y limpió mis lágrimas con las yemas de sus dedos.

—No. Te quise tan pronto vi tu carita y ese ceño fruncido. Ahí supe que siempre te querría, pero sinceramente no tenía ni idea de qué hacer contigo. Yo había escapado de casa de mis padres y salvo mucha ambición no tenía ni donde caerme muerta.

—¿Por eso empezaste a... ser una escort?

Mi madre se rio por lo bajo.

—Con lo fácil que te ha resultado siempre llamarme puta y lo que te cuesta ahora. No, hija, la agencia de modelos donde trabajaba era una tapadera, así que mucho antes de lo de tu progenitor ya había realizado algún trabajito.

—Si es así, ¿por qué te negaste a tener sexo con el Innombrable?

—Por dos motivos: en nuestro círculo todos hablaban de sus... peculiaridades y pocas querían ser su acompañante. Por eso, y porque el muy cabrón nunca, jamás pagaba. Pensaba que su posición era suficiente para tener todo lo que se le antojara sin pasar por caja. Pero lo peor de todo era el miedo. Todas estábamos aterradas cada vez que llamaba su secretario para contratar chicas para cualquier fiesta.

Ambas nos quedamos calladas. Ella, recordando. Yo, rumiando la información. Y aunque mi madre no dejaba de ser lo que era, la vi de otra forma. ¡Tan, tan diferente!

—Te sacrificaste. Mentiste para protegerme.

Me miró y sonrió.

—En realidad no mentí, Elena. Solo callé y dejé que sacases tus propias conclusiones. Opté por la omisión de la verdad, pese a saber que con ello podía perderte.

Moví la cabeza con tristeza, por todo lo que ambas nos habíamos perdido por esa omisión, pero, al mismo tiempo, comprendiendo los motivos que le llevaron a hacerlo.

Y, de pronto, lo vi a él.

A Pedro.

Callando. Omitiendo.

«—¡No quiero mentirte, Elena!»

—Oh, mierda. Ahora lo entiendo todo.

Mi madre me miró con el ceño fruncido.

—Me da que ahora no estamos hablando de mí.

Negué con la cabeza.

—No.

—¿De un chico? —Asentí—. ¿Acaso te mintió?

—No. Omitió la verdad.

—¿Para protegerte?

—Supongo que sí.

Mi madre asintió y sonrió con tristeza. Me pasó un mechón de cabello por detrás de la oreja y habló con dulzura.

—Si quieres hablamos de ello. Mira que de hombres yo sé un rato.

Me reí con ganas.

—Pero no tienes ni idea de relaciones —contradije.

—Pero ni puta idea —confirmó entre risas—. Bueno, ¿quieres o no hablarme de él?

La miré. Nunca sería una madre al uso. De hecho, parecía más mi hermana mayor que mi madre, pero al mirarla a los ojos supe que siempre estaría ahí.

Y supe que la había perdonado.

—Oye, ¿sigues teniendo la casa del Molar?

—Claro. —Sus ojos se iluminaron de dicha—. ¿Quieres que vayamos?

—Bueno, podríamos pasar un par de días allí. Los necesitaré para poner mis ideas en orden.

—Entonces, iremos.

Y fuimos.

CAPÍTULO 18

A veces bastan cuatro palabras para detener tu mundo, y solo una para ponerlo en marcha de nuevo, pero, hasta que escuchas esta última, puede transcurrir toda una eternidad, aunque solo hayan pasado unos míseros segundos.

Sucedió cuando volvía del Molar.

A mi madre y a mí nos vino bien la escapada. Por primera vez en nuestras vidas no hubo reproches, ni miradas condescendientes. Mi madre era lo que era, no había más, y yo no era quien para juzgar su estilo de vida, sobre todo porque siempre había hecho todo lo posible para mantenerme al margen, aunque hubiera supuesto renunciar a mí.

A nosotras, al fin.

Pasamos dos días encerradas a cal y canto en el chalet del Molar, ambas con los teléfonos apagados y muchas ganas de conocernos, porque no, no nos conocíamos en absoluto.

Y fue una grata sorpresa cuando abrimos nuestros corazones y vimos lo que había en ellos.

Yo seguía de vacaciones, pero no así mi madre, pues tenía un evento importante en Puerto Banus, así que teníamos que volver cada cual a nuestras vidas; ella a su vida de sexo y lujo y yo a mi controlada vida de dos trabajos, una tesis, una amiga muy loca y un novio más loco aún. Porque sí, aunque yo había proclamado a los cuatro vientos que habíamos acabado, en mi fuero interno lo seguía considerando mi novio.

Vale, reconocida esa cuestión, ¿cómo dar el siguiente paso? ¿Debía seguir en mi línea orgullosa y dejarme encontrar por él? ¿O acaso me correspondía a mí dar el primer paso? ¿Y si él se había cansado de mis recelos?

—Puñetas...

—Todo irá bien —dijo mi madre.

Volvíamos de regreso, y aunque yo insistí en que podía coger un tren ella se empeñó en llevarme.

—Todo el mundo tiene un aguante, mamá. Y Pedro me ha aguantado ya demasiadas cosas.

—Si es el indicado, más aguantará. Claro, que sería bueno que dejaras el orgullo a un lado. Y la terquedad.

—Yo no soy terca —protesté al tiempo que encendía el móvil.

—Más que una mula —se rio mi madre, pero me miró de reojo, asombrada, cuando comencé a recibir notificaciones—. Joder, pues sí que estás solicitada. ¿Tan popular eres?

No lo era en absoluto, y por cierto que era rarísimo que tuviera tantísimas notificaciones. Algunas eran de twitter, las menos. Otras, de correo spam. Muchas de mensajes de llamadas, algunas de números que no los tenía en la agenda y a los que ignoré, y muchísimas de Clarita.

Estas últimas me llamaron poderosamente la atención, pues ella era a la única a la que había avisado de mi escapada y a la que había advertido de que estaría incomunicada. También tenía un montonazo de WhatsApps, para mi sorpresa de números que tampoco tenía entre mis contactos. Los ignoré y abrí los de Clara. Lo último que había escrito era:

«Llámame en cuanto leas esto. La cosa no pinta nada bien.»

—Algo grave ha debido pasar —informé a mi madre, que me miraba con preocupación, mientras llamaba a mi amiga—. ¿Clara?

—Joder, ya está bien que des señales de vida.

Alcé las cejas, sorprendida por su tono censorador.

—Ya te dije que me iba al Molar con mi madre y que iba a estar incom...

—Cállate —ordenó—. Ve echando leches a la Princesa.

—¿A la Princesa? ¿Por qué?

Hubo un segundo interminable de silencio, tan tétrico que todas mis alarmas se dispararon.

—Han disparado a Pedro.

Recuerdo que parpadeé con incredulidad y que lo más coherente que se me ocurrió decir fue:

—Venga ya...

Después de eso, no recuerdo nada más.

Una nada inmensa me absorbió, arrojándome a un vacío oscuro, frío, aterrador. Un mundo donde mi corazón no latía y mis pulmones se llenaban de un aire contaminado, donde las lágrimas se agolpaban en mis ojos y mi alma gritaba su nombre.

En un universo paralelo yo me hallaba en el coche de mi madre, aferrada a un teléfono, oyendo hablar a Clarita, pero sin escuchar lo que decía, hasta que una palabra, una promesa, me sacó de la nada: vivo.

—¿Has dicho vivo?

—Sí —confirmó Clara. Creo que grité. No recuerdo bien—. De hecho,

Cristina me acaba de confirmar que ha salido de la UCI y lo suben a planta.

Mi corazón comenzó a latir de nuevo, con tanta rapidez, tan eufórico, que resultó doloroso y mareante.

—¿Cómo ha sido?

Clarita resopló.

—Te lo acabo de contar.

—Me perdí en la primera frase —repliqué. Miré el reloj y vi que eran las seis y media—. ¿Estás en casa ya o sigues en el bufete?

—Ni una cosa ni otra. Me he venido directamente a la Princesa.

Tragué saliva con fuerza.

—¿Le has visto?

—No, todavía no me han dejado, pero Silvia, su hermana, dice que está genial.

—¿Pero no está en planta? —pregunté, confundida.

—Eh... sí.

—Entonces ¿por qué no te han dejado verlo?

Hubo un silencio en el que escuché algún que otro cuchicheo. Aquello no me olió nada bien.

—¿Clarita?

—Me está entrando una llamada. Luego te llamo.

Me quedé mirando el teléfono con cara de tonta.

—¡Me ha colgado!

—¿Tu amiga?

Asentí antes de contarle a mi madre lo que sabía, que era poco y lioso. Mi madre cambió de rumbo y se dirigió a la Princesa. Lejos de dejarme en la puerta, mi madre bajó al parking.

—No hace falta que vengas conmigo, mamá. Te tienes que poner en viaje...

—Cancelado. Y ya sé que no hace falta. En realidad, nunca te he hecho falta. Pero me gustaría estar contigo en esto. —Me miró de reojo. Había súplica en sus ojos—. ¿Puedo?

Puñetas, vaya si podía.

—Por favor —me oí decir.

Mi madre me miró con ternura y me apretó la mano, tomando el control de la situación. De hecho, fue ella la que se hizo cargo de todo; de preguntar en recepción, de buscar los ascensores, de buscar la habitación... de sacarme del limbo.

Lo primero que me llamó la atención fueron los policías que había en el

pasillo, pero como me moría de ganas de ver a Pedro los ignoré y enfilé hacia la habitación.

Uno de ellos me cortó el paso.

—Lo siento, no puede pasar.

Lo miré de arriba abajo, de forma más que despectiva. Iba a replicar cuando escuché a alguien gritar mi nombre.

Era Clarita, que corría hacia mí y se echó en mis brazos.

—Anda, que has elegido buen momento para escaparte.

—Lo necesitaba. ¿Sabemos algo?

Clara me soltó y asintió.

—Está mejor. La bala no tocó ningún órgano vital, pero por lo visto durante la operación entró en parada y tuvieron que tenerlo en cuidados intensivos.

Un escalofrío me recorrió entera y me tambaleó.

—Por suerte es un tipo fuerte —escuché decir a mi espalda. Cuando me giré, me vi cara a cara con Cristina—. Ya está fuera de peligro.

Yo no sé si fueron los nervios, la tensión del momento o qué se yo, pero me entró un no sé qué por el cuerpo, una rabia tan descomunal, que me impulsó a golpearla con todas mis fuerzas.

Y no, no pensé que a quién estaba golpeando era a la autoridad, y que allí había un despliegue policial de testigo, ni que ellos podían actuar de cargo y detenerme por agresión. De hecho, tan pronto la tumbé —porque sí, con un par la derrumbé—, dos policías se abalanzaron sobre mí, me empotraron de cara a la pared y me esposaron en menos que cantaba un gallo.

Mi madre gritó. Clara estaba diciendo que les iba a meter un puro por abuso de autoridad. Y Cristina, la muy cabrita, se estaba partiendo de risa. Cuando nuestras miradas se cruzaron, solo dije:

—Garantizar su seguridad.

Ella asintió y escupió. Me enorgullecí al ver que le había partido el labio. Eso, por mala persona.

—Soltadla, anda —pidió. Se puso en pie de un salto y caminó hasta mí. Me acaricié las muñecas cuando los agentes me quitaron las esposas—. Lo siento. La cosa se torció un poquito.

—Y qué casualidad, que el único que ha resultado herido ha sido Pedro —regañé.

—Por su puta culpa. Si no hubiera ido de héroe, esto no hubiera pasado. Pero no, el señor tuvo que ponerse delante mí cuando sacaron las armas.

Me estremecí toda.

—Pero ¿por qué sacaron las armas? ¿Os descubrieron?

—Lo hicimos nosotros. Tan pronto hicimos la transacción procedimos a la detención, pero fueron de listos. Todo estaba previsto, Elena, para que nadie saliera herido, pero, como te dije, el señorito no pudo estarse quietecito y dejar actuar a los mayores.

Resoplé de resignación, porque así era Pedro: impetuoso, imprudente, impetuoso... Imbécil perdido.

—Quiero verle.

Asintió y fue a hablar con un policía que custodiaba la puerta. Solo atiné a escuchar:

—Ella sí.

Y pasé, pero me quedé en la puerta cuando escuché hablar a una mujer. Me quedé allí, en el pasillo, sin atreverme a delatar mi presencia y muerta de miedo por lo que pudiera encontrarme, pero, al mismo tiempo, sintiéndome mal por estar espionando un momento que no me correspondía, cual vieja del visillo.

—Pues qué quieres que te diga —estaba diciendo la mujer—, pero si sabiendo lo que te ha pasado no se digna a venir a verte, o qué menos a llamarte, no vale la pena.

—Es muy cabezona —replicó Pedro con orgullo—, pero no tanto. Seguro que cuando se entere vendrá corriendo y se liará a hostias con los de fuera para que la dejen pasar.

Puse los ojos en blanco por la confianza que depositó en mí, pero lo cierto era que, prácticamente, así había sido.

—No lo permitirán.

—Cristina sí —dijo con confianza, pero su voz se tornó triste—. Total... para nada.

—¿Por qué dices eso?

—Porque cuando sepa la verdad va a salir echando leches.

—Si es inteligente, no lo hará. Si es tan lista como me has dicho, escuchará hasta el final y no sacará conclusiones precipitadas.

Pedro se rio con cinismo. Yo tragué saliva porque en eso yo...

—En eso es una experta. No, Silvia. Esta guerra la tenía perdida antes de empezarla siquiera. Ella le da tanta importancia a la verdad...

La mujer resopló. Su tono de voz cambió y se puso más duro, censor, incluso.

—La verdad, sí. Deberías habérsela dicho desde el primer momento.

—¿Estás hablando en serio, hermanita? Venga ya... Pues menuda carta de presentación. “Hola, guapa. Soy Pedro, tengo treinta y dos años y soy pintor. Ah, y, además, estoy cumpliendo el tercer grado.” A mis pies caen todas cuando lo menciono, oye.

Parpadeé, confusa. ¿Había dicho tercer grado? ¿Eso quería decir que era un... presidiario? Y, si era así ¿por qué?

—¿Cuál fue tu delito? —pregunté tan pronto salí del pasillo para dejarme ver.

Pedro palideció. Incluso su hermana. Al menos al principio, porque luego se puso roja, momento que comenzó a balbucear una excusa antes de salir corriendo del cuarto.

Pedro no hizo ni dijo nada. De hecho, tal parecía que se había convertido en una estatua de sal. Solo sus ojos se movían.

Solo ellos hablaban.

Y decían tantas, tantas cosas...

—Estoy esperando una respuesta, Pedro. ¿De qué eres culpable?

—De no ser inocente.

Tuve deseos de gritar. O arañarle. O besarle. O todo a la vez.

—No tengo tiempo para juegos de palabras —regañé.

Apretó la mandíbula con fuerza y su nuez subió y bajó repetidamente.

—Falsificación y estafa.

—Con obras de arte —aventuré cuando comencé a atar cabos. Pedro asintió. Yo le imité, comprendiendo—. ¿A gente pudiente?

Una mueca cínica se dibujó en su rostro.

—Muy pudiente.

Eso me alivió, porque si hubiera estafado a gente sin recursos la cosa habría cambiado considerablemente.

—¿Eres culpable?

—Sí —dijo sin dudar.

Pero, inter nos, aquello no me cuadró en absoluto.

—¿Cien por cien culpable?

En esta ocasión dudó, pero alzó la barbilla, desafiante.

—Lo hice. Pinté la falsificación.

—¿Por qué? —Pedro rehusó mi mirada, así que salvé la distancia que nos separaba y le tomé de la barbilla para obligarle a mirarme. Él se estremeció por el contacto. Yo, también—. ¿Por qué, Pedro?

—Te quiero, Elena —soltó de golpe.

Pegué un respingo y lo miré asombrada. Raudo, me agarró por los brazos, como si temiese que echase a correr. Su mirada me atrapó y... ya no me soltó.

—¿Sabes en lo único en lo que pensaba mientras esperaba a la ambulancia? En que no te lo había dicho nunca. Y me juré que te lo diría cada día, quisieras o no escucharlo. Me quisieras tú también o no.

Tragué saliva y parpadeé con fuerza, como si así pudiera detener a mis lágrimas.

—No es momento para eso, Pedro. Estábamos hablando de...

—Es el momento, Elena. Porque no sé si te volveré a ver. Porque no sé si echarás a correr ahora que sabes que soy un estafador. Un presidiario.

Me dolió su desconfianza.

—Sigo aquí, ¿no? —recriminé.

Negó con tristeza.

—Pero no sé hasta cuándo.

—¿Este era el trato del que me habló Cristina? ¿Que ayudaras a la policía a cambio del tercer grado? —Como él asintió, yo continué—. ¿Y por eso siempre te ibas corriendo? ¿Y era Cristina quien te llamaba? ¿Y cuántos años te echaron? ¿Y...? —Cuando Pedro alzó una mano y me miró con cansancio, supe que debía detener el torrente de preguntas—. Lo siento. Quizá no sea al momento, pero lo cierto es que... Debiste decirme la verdad.

Pedro bufó.

—¿En serio?

—¡Sí, en serio! Hay una cosa que se llama confianza, y tú no me la tuviste. ¡En absoluto!

—¿Quieres verdad? Empecemos por ti, Elena; si cuando nos conocimos yo te hubiera dicho que estaba con el tercer grado, que cada vez que salía corriendo era porque se me pasaba la hora de entrar en el centro, que solo porque Cristina me echaba un capote podía robarle unos minutos a la vida para estar contigo, que llevo solo la mitad de mi condena y que ruego a cada instante para que me den la condicional, que estoy trabajando como un cabrón para la policía para que me la den cuanto antes, hasta el punto de arriesgar mi vida, y siempre en el hipotético caso de que me la den, que no puedo disponer de bienes, que tengo que dar cuenta de cada paso que dé, que por eso no pude quedarme contigo en Toledo y que siempre, siempre tendré antecedentes penales, ¿hubieras aceptado tener una cita conmigo? Coño, ni siquiera Clarita lo hubiera aceptado. Reconócelo, Elena.

Suspiré con cansancio y cerré los ojos con fuerza.

—Datos, Pedro. Me hubieran faltado muchos datos. El cómo. El cuándo. El porqué. Sobre todo, este último. ¿Qué pasó exactamente para que te vieras obligado a falsificar una obra de arte y estafar a la gente?

—¿Y quién ha dicho que lo hice obligado?

—Porque te conozco. Y sé que nunca te meterías en algo así por propia voluntad.

—Pues te estás equivocando, Elena, porque nadie me puso un cuchillo en el cuello.

—Fue tu padre, ¿verdad?

La rabia dio paso al odio en sus ojos.

—Ya te he dicho que nadie me obligó.

—¿Ni nada?

Pedro apartó la mirada y la clavó en el techo. Parecía enfadado. Conmigo. Consigo. Con un fantasma... Vete tú a saber.

—No voy a darte una versión edulcorada de la verdad, Elena. No voy a inventarme una excusa pobre para justificar mi comportamiento y que así me veas con buenos ojos. Lo que pasó, pasó, y estas son las consecuencias de mis actos —dijo señalándose a sí mismo.

—Señorita, se acabó el tiempo —escuché decir a un agente.

Pedro me miró con tristeza. Con derrota.

Y eso me cabreó.

—¿Y ya está, Pedro? ¿Ya no vas a luchar más por mí? ¿Por nosotros?

Agrandó los ojos y jadeó.

—Ah, pero ¿todavía existe un nosotros?

—Señorita...

Miré hacia la puerta, donde me esperaba un agente. Luego, giré y me enfrenté a Pedro.

—Tú mejórate y ve practicando con la verdad. Pero con la verdad verdadera. Y luego... ya veremos.

Iba a marcharme, pero cuando ya enfilaba hacia la puerta me detuve, giré sobre mis talones y corrí hacia él. Al verme venir él agrandó los ojos, pero como el muy pillo sabía lo que recibiría sonrió de oreja a oreja y abrió sus brazos para recibirme.

Y lo besé. Con fuerza. Con cuidado cuando protestó por la herida. Con los mismos nervios del primer beso. Con la misma intensidad del último.

Un carraspeo me obligó a terminar el beso y a dejar la habitación, aunque

se me fue la vida en ello.

Fuera esperaban mi madre y Clarita. Caminé con resolución hacia esta última.

—Oye, Clarita, ¿cuál es tu minuta?

Algo debía saber Clara sobre la situación de Pedro, porque sonrió de oreja a oreja y trasteó con el móvil. Cuando encontró aquello que estuviera buscando, me lo enseñó y me guiñó un ojo.

—Cuando tú vas, yo vengo...

CAPÍTULO 19

¿Os he dicho alguna vez lo mucho que quería a Clara? Sobre todo, ese viernes, cuando se dejó las pestañas en el informe policial de Pedro, que vete tú a saber qué hilos movió para conseguirlo tan pronto.

—¿Qué? ¿Ves algo?

Clarita alzó la cabeza de los papeles y me miró.

—¿A una pesada? —Yo gruñí, pero lo cierto era que estaba tan cansina que resultaba un auténtico estorbo—. ¿Por qué no te das una vueltecita, guapa?

—Vale, bajaré a por la cena. ¿Qué te apetece? ¿Italiano? ¿Chino? ¿Japonés? —Clara no respondió, porque el informe la absorbió de nuevo, así que chasquéé los dedos para llamar su atención. No dio resultado—. Vale, elijo yo. No tardo.

Y, de nuevo, me ignoró.

Antes de salir por la puerta me giré para mirarla. Estaba preciosa, vestida con su pijama color fucsia, su marimóño y la boca torcida en un gesto de suma concentración. No pude menos que sentirme orgullosa de ella, porque era por casos como este por lo que Clarita había hecho la carrera de derecho. Cierto que hasta que obtuviera cierta experiencia tenía que conformarse con trabajar en casos prácticamente administrativos y laborales, pero seguro que en breve llevaría grandes casos, o, como los llamaba ella, “casos de verdad”, casos en los que cambiaría el mundo de alguien.

Y en eso andaba ahora, cambiando el mundo de Pedro y cambiando el mío al hacerlo.

—Te quiero un huevo, zorri.

Alzó la mirada y me guiñó un ojo.

—Lo sé. Ahora vete a hacer algo útil mientras yo... ¡Oh, pero esto lo cambia todo!

Me acerqué corriendo y miré el informe.

—¿Qué has encontrado?

Clarita me miró de arriba abajo.

—Nada que te importe de momento. Vete ya, que tengo hambre y... — Corrió hacia la estantería y eligió varios tomos del BOE—. Vaya si lo cambia...

Como sabía que no iba a soltar prenda, me marché a por nuestra cena.

Así, además, ponía en orden mis ideas, algo que solo era capaz con un buen paseo a solas.

En resumidas cuentas, esto era lo que teníamos: Pedro falsificó unas obras y estafó a alguien. Le echaron cinco años, de los cuales había cumplido la mitad. Gracias a un trato de colaboración con la policía le acababan de dar el tercer grado, por el cual podía disfrutar de ciertas salidas de prisión y estaba a la espera de la condicional.

Y ya.

Eso era todo lo que sabía.

Y en vistas de que Pedro había confesado su delito, esto era lo que había: mi novio era un delincuente.

Sonreí con amargura, porque eso era algo que no me terminaba de creer. Porque sí, hacía poco que le conocía, y, salvo lo que me había contado, no sabía nada de él. Pero, para bien o para mal, Pedro nunca me había mentido. Solo se había limitado a omitir la verdad para protegerme, a fingir que su problema no existía solo para que a mí no me salpicara su mierda.

Tal y como hizo mi madre.

Y, como ella, tenía que haber un motivo para actuar como lo hizo. Una causa mayor, aunque él pretendiera quitarle hierro al asunto. En ello estaba pensando cuando Clara me llamó por teléfono.

—¿Qué, ya te has decidido? —fue mi respuesta inmediata.

—¿Eh?

—La cena. Que si ya sabes qué quieres para...

—Calla, que me distraes. Escucha, ¿sabes qué pudo pasarle a Pedro hace tres años? Tuvo que ser algo muy chungo.

—Pues no sé —confesé, decaída al descubrir lo poco que sabía de mi novio, salvo las cuatro cosas que me había contado de su infancia en Toledo, del odio que sentía por su padre y del amor incondicional de su madre... Oh, mierda—. Su madre.

—¿Qué le pasó?

—Antes de ir a Toledo me confesó que llevaba tres años sin ir, desde que murió su madre.

—¿Y no sabemos la fecha exacta?

—Mmm... No, lo siento. ¿Por qué?

—Verás, me parece todo extrañísimo. Y no solo porque Pedro confesara el delito, sino porque ¡fue él quien se entregó a la policía! Además, también todos los trapicheos que se tejían en la tienda de antigüedades que tenían en

Toledo.

Me detuve de golpe.

—¿En serio?

—Aha. Ese fue uno de los atenuantes de la pena. Si no es por eso, la condena hubiera sido mucho mayor, aunque hubiera podido ser también mucho menor si hubiera contado con un abogado, pero es que, además, rehusó a uno y él mismo se representó.

—No me digas más: lo hizo de culo.

—Pues no se curró su propia defensa, no... Te dejo, que tengo que llamar a Javier.

—¿Para qué?

—Para que me dé el teléfono de Silvia.

—¿La hermana de Pedro? No hace falta; uno de los wasaps que recibí mientras tenía el teléfono desconectado era de ella, para avisarme de lo ocurrido. Ahora te envío el contacto, pero ¿para qué quieres su teléfono?

—Quedaremos con ella y la someteremos al tercer grado. Yo seré la poli buena y tú la poli mala.

—¿Y por qué tengo que ser yo la poli mala? —protesté.

—Coño, porque a borde no te gana nadie. Por otro lado, yo soy toda amor.

Sonreí, porque tenía razón. Clarita siempre se salía con la suya, con esa sonrisa suya de actriz de alfombra roja y su apariencia sexy y angelical al mismo tiempo. Por el contrario, yo asustaba un poco. Me vino a la mente la imagen de Silvia mirándome contrita y saliendo de la habitación del Hospital como alma que llevaba el diablo.

Claro, que en esas circunstancias pues amable, lo que se dice amable, no fui, pero era de esperar, ¿no? ¿No? Entonces recordé sus palabras antes de que yo irrumpiera en la habitación.

—Creo que Pedro le tiene prohibido hablar del tema, y más conmigo.

—Bueno, pero eso era antes. Ahora tú ya sabes la verdad, y, además he solicitado que se reabra el caso y seré yo su abogada, por lo que creo que estará más que encantada de colaborar.

—En cualquier caso, podemos tirar del comodín del público.

—Ahora me he perdido.

—Bueno, en Toledo tiene una ristra de amigos dispuestos a todo por él, así que cantarán por soleares si Pedro y su hermana siguen con su habitual hermetismo.

Y ese fue nuestro plan ese fin de semana, yendo de aquí para allá e

interrogando a todo bicho viviente, porque, tal y como me temí, Silvia no aportó mucho al tema de su padre, salvo que, como su hermano, quería olvidar todo lo concerniente a él. Por otro lado, Silvia se había mantenido siempre al margen con respecto al negocio, por lo que no tenía ni idea de lo que había sucedido realmente. Eso, además, la exoneraba de cualquier culpa.

Sus amigos de Toledo fueron otro cantar, sobre todo Paula. Madre mía, lo que soltó por esa boca la muchacha, y no porque, en su línea, no dejó meter baza en la conversación, sino porque sus palabras, en muchos casos simples conjeturas, nos llevó a un nuevo terreno de investigación.

Y ahora sí, ya con todos los datos, con todas las cartas sobre la mesa, solo podía decir una cosa: Pedro era culpable.

Debo confesar que, mientras recabábamos información, me cabreé. Mucho. Ante cada dato nuevo, con cada nuevo descubrimiento, mi ira iba en aumento. Mira que yo, irritable por naturaleza, no era de odiar, pero en esa ocasión no pude menos que hacerlo. Fue un odio que surgió desde lo más dentro de mí y que se extendió cual cáncer, pero fue un odio necesario, ya que gracias a él entendí muchas cosas.

El domingo fuimos a la Princesa a ver a Pedro. Ignoro si los policías que hacían guardia (no para que no se escapara, sino para protegerlo) tenían orden de dejarme pasar, el caso es que no nos pusieron ningún impedimento. Supuse que Cristina había dado orden de que nos dejaran vía libre. O eso, o la belleza de Clara obnubiló a los agentes. Probablemente, ambas cosas.

Pedro estaba medio sentado en la cama viendo la televisión, con cara de aburrimiento, pero al vernos entrar sonrió de oreja a oreja. A Clara le dirigió una mirada cariñosa. A mí, lobuna.

—Menuda sorpresa, chicas. —Como Clara le había dado dos besos, esperó a ver cómo actuaba yo, pero como vio que no hice amago de acercarme, chasqueó la lengua y se reacomodó en la cama.

No lo hice por orgullo. Lo hice por contención, porque primero teníamos muchas cosas de las que hablar. De momento, era el turno de Clara.

Luego me tocaría a mí. Y entonces... ¡Ay, amigo, cuando me tocara a mí!

—Peri, debo decirte que vengo en calidad de abogada tuya. He pedido que reabran el caso y...

—No —cortó Pedro, inusualmente serio y, por qué no decirlo, un poquito enfadado—. Ya se dijo todo lo que se tenía que decir.

Fue tan cortante que temí que Clara se echara para atrás, pero no. ¡Pues menuda era Clarita!

—A ver, majete, que no he venido a pedirte permiso para representarte. Has de saber que tu representación contradecía gravemente a tus intereses, por lo que tu defensa queda totalmente anulada.

—Si es que no hay defensa que valga, Clara. Soy culpable. Y ya.

—O, ya lo creo que eres culpable. Pintaste los cuadros. Firmaste la certificación. Y ya.

Pedro bufó y la miró con desdén.

—Pues queda todo dicho.

—No, Peri. No se tuvo en cuenta el móvil.

Pedro pegó un respingo y se puso lívido. Me miró rápidamente antes de volver a clavar la vista en Clara. Prácticamente, la asesinó.

—¿Qué móvil?

—Pues eso. El móvil. El motivo que te llevó a hacerlo.

—Lo hice porque me dio la gana.

—Y dale... —Clara se apretó el puente de la nariz y se giró a mirarme—. Es terco como una mula.

—Mucho —hablé por primera vez. No hubo inflexión alguna en mi voz. Ni siquiera mi rostro mostró la tormenta que se desataba en mí. Creo que por ese motivo me miró como lo hizo: aterrado.

—Vale, pues te lo dejo para ti. Yo no tengo tiempo ni ganas de lidiar con esto. Tengo demasiadas cosas que hacer antes de ir a comisaría. —Clara me dio un beso en la mejilla y miró a Pedro de reojo—. ¿Le darás caña?

—Claro —dije entre risas.

—Pues hale, todo tuyo.

Clara se fue con un contoneo chulesco de caderas, con ese caminar suyo decidido que al verla hacía que te apartaras de su camino. Tuve que contener un sollozo por la emoción, porque ¡joder, cómo la quería!

Cuando supe que tenía mis emociones a raya, me volví a Pedro, quien tragó saliva cuando nuestras miradas se encontraran.

—Ahora es cuando me partes el corazón, ¿no?

—Depende. Ahora es cuando nos miramos a los ojos, cuando escudriño tu alma y te pregunto: ¿eres culpable?

Su nuez subió y bajó varias veces, mientras yo leía en sus ojos y veía un pasado tormentoso, un presente desalentador y un futuro incierto.

—Ya sabes que sí. Pinté las obras y firmé la...

—¿Lo eres? —insistí. Y sí, lo tenía acorralado, pero no me importó.

Apartó la mirada, como si así pudiera huir de mí.

—Joder, Elena... ¿Qué diablos quieres que te diga?

—La verdad.

—Duele —confesó cerrando los ojos. Como si, de veras, sintiera dolor físico.

Acerqué el sillón a la cama y me senté en él. Sentí tanta ternura que temí derrumbarme antes de acabar con aquel capítulo de una vez. Le agarré de la mano y se la apreté. Él se sobresaltó y me miró con perplejidad.

—Siempre dices que conmigo todo te es más fácil. Incluso enfrentarte a tu pasado —comencé a decir—. Pues bien, te voy a ayudar. Yo sé la verdad, Pedro. No necesito que me la digas. Pero tú sí necesitas soltarla. —Suspiré largo para amortiguar la carga emocional—. ¿Te desnudarás para mí?

Pedro, como yo hiciera, suspiró. Sus ojos mostraron todo el amor que sentía por mí.

—¿Cómo no hacerlo? —claudicó con un susurro. Me acarició la mejilla y sonrió—. Sí, pinté los cuadros... muchos años antes, para un trabajo de carrera. Ya sabes que mi padre era muy exigente, así que al ver mi potencial hizo todo lo posible para desarrollarlo al máximo y... sacar provecho de él. Mira que me gusta el arte, pero como él era de la vieja usanza, de los de la letra con sangre entra hubo momentos en que pensé en abandonar... Sobre todo, cuando me exigía más y más... Más perfección, más trabajo, más exactitud. Ignorante de mí, pensé que lo hacía por mi bien, para que fuera el mejor entre los mejores, pero no, había un motivo mucho menos altruista y más sórdido: vendía mis cuadros en el mercado negro como obras auténticas. Por eso me hacía pintar aquellas obras menos conocidas de grandes pintores como Sorolla, Rusiñol o Fortuny. —Sonrió con una mezcla de tristeza y cinismo, perdido en algún momento de su pasado, hasta que alzó la vista y me vio. Esta vez sonrió con cansancio—. Era de esperar que yo, además, me pusiese al frente de la tienda mientras él trapicheaba por ahí. En ese sentido me subestimó, pues pensó que, al ser yo de letras, al haber estudiado Bellas Artes, no tendría ni idea del papeleo ni de la contabilidad, por eso se sorprendió tanto cuando le recriminé al respecto, y más cuando averigüé que todo, absolutamente todo, estaba a nombre de mi madre, pues al contrario que mi padre, ella tenía acreditación oficial. La pobre mía no sabía ni lo que firmaba, tal era la confianza que tenía en mi padre Podrás imaginarte mi tesitura; no podía hacer nada al respecto, porque si se destapaba la trama, la responsable legal sería mi madre. —Se reclinó en la camilla y miró al techo. Había un mix de odio y tristeza en sus ojos ambarinos—. Intenté forzarle a que dejara los

negocios turbios, pero estaba amasando una buena fortuna que gastaba alegremente con... una elemental, así que no solo no conseguí que atendiera a razones, sino que me animó —hizo el signo de las comillas con los dedos— a que me uniera a él. Después de todo, necesitaba a alguien que falsificara la autenticidad de las obras que vendía como verdaderas.

—Pero tú lo hiciste para proteger a tu madre.

—Claro —confirmó sin necesidad y con un encogimiento de hombros encantador—. El negocio pasó a estar a mi nombre, por lo que tanto mi madre como mi hermana se quedaron al margen y totalmente a salvo de cualquier incidencia. —Hizo una pausa y yo tragué saliva. Sabía que lo peor venía ahora—. Debo decir que al principio no fue así, que me negué a participar en sus trapicheos, pero entonces descubrí dos cosas importantes: el negocio sufría de pérdidas, porque todo se gestionaba en B y esa parte se la agenciaba mi padre y mi madre enfermó de esclerosis.

Llegado a este punto Pedro estuvo a punto de quebrarse, por lo que le cogí de la mano y no permití que continuara, sino que lo hice yo.

—Y como en la Seguridad Social no os dieron ninguna garantía, recurríste a un médico privado. —Pedro me miró con lágrimas en sus ojos. Asintió como pudo—. Por eso accediste, para poder pagar el tratamiento.

Creo que no hubo ninguna necesidad de seguir hablando, al menos en ese instante. Era el momento de abrazar, consolar, besar... El momento de estar ahí, de ofrecer mi hombro y de poner mi vida, mi alma, a su disposición.

Lloramos, un poco por todo; por nosotros, por su pasado, por el mío, por la necesidad de perdonar y pasar página... Lloramos, al fin y al cabo, para aligerar nuestras cargas.

Fue Pedro el primero en recomponerse, momento que aprovechó para deshacer el abrazo y mirarme a los ojos.

—Y ahora ¿qué hacemos, Elena?

Sonreí.

—Olvidar. Perdonar. Pero, sobre todo, empezar.

CAPÍTULO 20

Clara ganó el juicio.

Como ella dijo, con ese engreimiento que tanto la caracteriza, no podía ser de otra forma. Había demasiados atenuantes como para que no fuera así, de ese modo, dos meses después Pedro obtuvo la condicional.

A ver, no vamos a engañarnos, porque lo quisiéramos o no, hubiera extorsión moral mediante o no, Pedro falsificó y estafó, por lo tanto, en parte había sido culpable y por ello siempre tendría una mácula en su historial de penales. Pero, al mismo tiempo, su comportamiento ejemplar en la cárcel de Ocaña y la ayuda que brindó a la policía de Madrid cuando lo trasladaron a Meco ayudaron bastante a que lo soltaran. Con condiciones, pero ya era libre.

Y mío.

O lo hubiera sido, si el trabajo no le hubiera absorbido, porque siguió colaborando con la policía y porque comenzó a preparar la exposición.

Pedro no mintió cuando dijo que tenía muchos amigos, tantos que abrumaban, y no solo en Toledo, sino que a lo largo de su estancia en Madrid se había granjeado muchas amistades.

Sobre todo, femeninas.

—No seas celosona —se rio cuando se lo hice saber la mañana de la exposición.

Dejé de anudarle la corbata para poder mirarle a los ojos.

—Soy objetiva, no celosa. No es normal todo lo que han hecho por ti. Conseguirte la sala gratis, encargarse de la nota de prensa, invitar a celebridades... Eso no se hace sin pretender obtener algo a cambio.

—O quizá lo hagan por agradecimiento.

—¿Agradecimiento a qué? ¿Qué hiciste por ellas?

Sonrió con travesura y continuó él solo anudándose la corbata. Estaba espectacular con su traje de Armani, que tan galantemente le había ofrecido una de sus “amiguitas”.

—Pues no sé —respondió con un encogimiento de hombros—. A algunas les devolví la sonrisa —acabó por confesar y a la par que me guiñaba un ojo.

—¡Serás cretino! —protesté tirándole un cojín—. ¡Sabía que alguna de ellas, si no todas, había sido tu follamiga!

Pedro puso los ojos en blanco y me agarró por la cintura.

—Y yo te dije en su día que no me gusta mezclar. Algunas fueron mis amantes, cierto. Pero ahora son mis amigas. —Como iba a protestar, me agarró de la mano y tiró de mí—. Y vámonos ya, que vamos a llegar tarde.

Salimos de su apartamento, donde acabábamos de mudarnos, con todo el dolor de mi corazón por haber dejado sola a Clarita, pero con la ilusión de quien empieza una nueva vida llena de promesas.

—Vale, lo dejo, pero que sepas que me ha sentado fatal que no me hayas dejado ver el cuadro estrella.

—Ya te lo dije: es una sorpresa.

—No, dijiste que el nombre de la exposición sería una sorpresa. Del cuadro estrella no dijiste nada.

—Claro. Porque es una sorpresa —replicó como si yo fuera tonta.

No pude evitarlo; tuve que pellizcarlo.

Él ni protestó. Creo que se estaba acostumbrando a mis “tics”, como él los llamaba.

—Por cierto, ya que tienes tantos amigos, necesito que me hagas una lista de ellos.

—¿Para qué? —preguntó. Había un deje celoso que no le pegaba nada, pero lo achaqué a que lo pillé con la guardia baja por los nervios de la exposición.

—Para buscarle un novio a Clara. Me siento muy responsable de haberla dejado sola.

Pedro se rio en mi cara. Habíamos llegado a la calle, donde un taxi nos estaba esperando.

—¿En serio crees que Clara necesita de tu ayuda para conseguir novio?

—De mi asesoramiento, que es diferente. Puede ligarse a quien quiera, pero de ahí a hacerlo con criterio hay una diferencia.

—A mí no me ligó —dijo abrazándome. En esos momentos yo me moría de amor, pero como el taxista nos miró por el retrovisor me desembaracé de sus brazos y le amonesté con la mirada al tiempo que alisaba una arruga imaginaria de mi vestido azulón.

Sí, había metido algo de color a mi vestuario, pero no había sido tan atrevida como para meter colores más llamativos, como, por poner un ejemplo, el rosa fucsia que vestía ese día Clarita, que nos esperaba en la puerta con una sonrisa angelical.

La mía era lobuna.

—Ay, la que le espera a la pobre —susurré a Pedro mientras bajaba del

coche—. La voy a acribillar citas.

—Y vas a disfrutar enormemente, ¿cierto?

—Claro. Yo te conocí por su culpa.

Pedro se detuvo en la puerta del Palacio de Bellas Artes. Había desconcierto en sus ojos. Y un poquito de pánico.

—¿Y eso es malo?

—No. Eso es estupendo. Pero es una muy buena excusa para fastidiarla un poquito.

Nada más entrar en la sala me quitaron a Pedro, como era de esperar, pero me fastidió muchísimo que su mecenas, una cuarentona adinerada que vete tú a saber dónde se habían conocido, se colgara de su brazo como si fuera de su propiedad.

A Clara también me la quitaron, como era habitual, pues varios hombres pugnaron por su atención, así no que me quedó otra más que vagar por la exposición para ver si encontraba el cuadro estrella.

Cuando creí encontrarlo, se me cortó la respiración.

—¿Te gusta? —preguntó Pedro, a quien no había oído llegar y cuyo susurro en mi oreja me produjo un escalofrío de placer.

Pero, estoy segura, no fue eso lo que mis ojos mostraron cuando me di la vuelta para encararlo: era emoción en estado puro.

Y todo el amor que sentía por él.

Pedro me agarró de la cintura y juntó su frente con la mía.

—No mentí cuando dije que te había visto en mis sueños, Elena. Fue la noche antes, cuando, en la cama, solo, sin esperanzas y durante demasiado tiempo abandonado al hastío, recé. Recé para que la cita con Clara diera sus frutos. Por encontrar por fin a una persona que me sacara de una vida anodina. Una persona que me trajera calma y pasión a partes iguales. Alguien que mirara desafiante al mundo, dispuesta a luchar contra las adversidades del pasado y del futuro. Recé porque, por una vez, la vida me sonriera. Recé, pese a saber que era inútil, que hacía mucho tiempo que estaba desahuciado. Esa misma noche soñé con la chica Vermeer, como si ella tuviera todas las respuestas. Y así acudí a la cita de Clara, con una sensación extraña y poniéndole riendas a una ilusión nada justificable. Pero no fue Clara quien me abrió la puerta; fuiste tú. —Me pasó el pulgar por el labio, que había empezado a temblar, y susurró con esa dulzura tan típica en él—. Mi chica Vermeer particular. Mi Premio Gordo. Mi puja más alta. Y sí, Elena, te quise follar, en ese mismo instante, ahí, en medio del salón. Pero quería mucho más,

unas ganas locas de abrazarte y no soltarte jamás. —Sonrió de medio lado—. Ya te dije que las voces, por una vez, se pusieron de acuerdo, pues a mi cuerpo le gustaste, y a mi mente también. Y mi corazón... Joder, Elena, tenías que haber visto cómo bombeaba cada vez que nuestras miradas se cruzaban, cómo mi respiración se entrecortaba cada vez que sonreías. Tan concentrada estabas en la lectura que ni siquiera te dabas cuenta de los suspiros que me arrancabas... Y te quise. Juro por Dios que supe que me acababa de enamorar, y créeme... No supe cómo lidiar con eso. Solo supe que no tenía más remedio que abandonarme a los caprichos de Cupido.

—Esa flecha no era para mí —intervine con lágrimas en los ojos—. Era Clara la que debía abrir la puerta.

—Pues me alegro por la equivocación.

—Yo también, Pedro, porque, ¿sabes qué? Yo también lo supe. Yo también lo sentí. Yo también... me enamoré de ti —confesé en un susurro.

Pedro agrandó los ojos antes de besarme como lo que era: un loco enamorado.

Alguien carraspeó a nuestro lado, por lo que detuvimos el beso y miramos al frente, donde un retrato mío, de perfil y en blanco y negro, miraba con melancolía a la nada. Mi cabello, esparcido al viento, mostraba una ciudad costera, un cuadro que, me enteré después, mi madre compró por la friolera de veinte mil euros. Y que había titulado *Elena y su mundo en blanco y negro*.

Pero no era ese el cuadro estrella, sino el cuadro de al lado, un cuadro donde sobre un fondo negro y blanco dos siluetas irisadas se abrazaban. Un hombre y una mujer que estaban creando algo más grande que ellos mismo: un mundo en color.

BIOGRAFÍA Y BIBLIOGRAFÍA

Pues soy una persona corriente, nadie excepcional, salvo por esas indigentes que viven en mi cabeza y que no paran de dar berridos, también conocidas como Musas. Un día me retaron, y gracias a ello descubrí mi verdadera vocación.

Suelo trabajar como administrativa comercial, y aunque me encanta mi trabajo, ahora sé que me equivoqué de carrera: lo mío es la Historia.

Estoy casada, y enamorada como el primer día. Todavía vivo en esa nube de color rosa preñada de ilusión, quizá por ello me guste tanto leer romántica y escribirla.

Sí, reconozco que dejo un poquito de mi alma en mis novelas.

Me gusta la sencillez, la frescura, el humor, los pequeños detalles, cosa que inevitablemente se refleja en mis novelas.

Soy, en definitiva, una persona normal que suele soñar despierta y a la que le gusta plasmar esos sueños en papel.

Vosotros habéis hecho que muchos de esos sueños salgan adelante.

Por ello...

¡GRACIAS!

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA:

Clarita y su mundo de Yupi (Amazon).

Y llenarte el muro de flores (Zafiro)

Al otro lado de la pared (eTerciopelo)

Anima Nigrum (Amazon)

Entre dos bandos (Amazon)

Highlander tenías que ser (Amazon)

El dictado de mi corazón. II Premio novela Leer y Leer (Vestales)

Mi Custodio. Los Ocultos I (Phoebe)

Mi Bestia. Los Ocultos II (Phoebe)

Mi Druida. Los Ocultos III (Amazon)

